
Antonio Alatorre

Estampas



EL COLEGIO DE MÉXICO

ESTAMPAS

ANTONIO ALATORRE

Estampas

Colección Testimonios



EL COLEGIO DE MÉXICO

M864.4

A323e

Alatorre, Antonio, 1922-1910.

Estampas / Antonio Alatorre. -- 1a ed. -- México, D.F. :
El Colegio de México, 2012.

138 p. ; 21 cm. -- (Colección Testimonios)

ISBN 978-607-462-396-3

“Se reúnen aquí doce testimonios escritos por Antonio
Alatorre; algunos se publicaron, otros aparecen por primera vez.”
-- Nota editorial

1. Ensayos mexicanos -- Siglo XX. 2. Intelectuales -- América
Latina -- Siglo XX. 3. Autores mexicanos -- Siglo XX. I. t. II. Serie.

Primera edición, 2012

D.R. © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-396-3

Impreso en México

ÍNDICE

NOTA EDITORIAL	9
UNA IMAGEN DE DON DANIEL COSÍO VILLEGAS	11
DANIEL COSÍO VILLEGAS	17
EL HUMANISMO DE MARÍA ROSA LIDA	21
ALFONSO REYES: PEQUEÑA CRÓNICA DESMITIFICANTE	31
SOBRE RAIMUNDO LIDA	41
MIS “FORTUNAS Y ADVERSIDADES” EN EL COLEGIO DE MÉXICO, DE 1947 A 1962	47
EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO (1919-1990)	71
LA <i>PERSONA</i> DE JUAN RULFO	77
JUAN JOSÉ ARREOLA	99
OCTAVIO PAZ Y “POESÍA EN VOZ ALTA”	109
OCTAVIO PAZ Y YO	117
LA ALEGRÍA Y LA LUZ	127
NOTICIA BIBLIOGRÁFICA	137

NOTA EDITORIAL

Se reúnen aquí doce testimonios escritos por Antonio Alatorre; algunos se publicaron, otros aparecen por primera vez. En uno de los dedicados a Octavio Paz, cita a Voltaire: “On doit des égards aux vivants; on ne doit, aux morts, que la vérité”. Y es ése, precisamente, el homenaje que aquí rinde a las figuras de Daniel Cosío Villegas, María Rosa Lida, Alfonso Reyes, Raimundo Lida, Emma Susana Speratti, Juan Rulfo, Octavio Paz y Tomás Segovia (el orden corresponde al año de escritura del testimonio). Hay aquí también una entrañable y vívida semblanza de aquel “Centro de Estudios Filológicos” (1947-1962). Con sensibilidad e inteligencia, Alatorre brinda un sentido del espesor y complejidad de las personalidades de estos hombres y mujeres y de su trabajo, sin eludir sus gestos cotidianos, sus vanidades y sus contradicciones; y lo hace con la sinceridad, la generosidad y la honestidad del que ajusta cuentas con mentores y colegas, al mismo tiempo que las ajusta con él mismo.

MARTHA LILIA TENORIO

UNA IMAGEN DE DON DANIEL COSÍO VILLEGAS

Conocí a don Daniel hace veinticinco años. He aquí cómo. A principios de 1946 dejé mi tierra y me vine —payo y provinciano y encogido a más no poder— a “probar fortuna”, a “abrirme paso” en la capital. No existía aún en el Colegio de México el centro de estudios lingüísticos y literarios que año y medio más tarde iba a fundar Raimundo Lida. Acudí entonces a la Universidad Nacional Autónoma y me matriculé no sólo en Filosofía y Letras, sino también en Leyes, porque de esta carrera llevaba ya dos años cursados en Guadalajara. Así, durante un corto tiempo, me encontré asistiendo (al igual que una compañera llamada Rosario Castellanos) a Leyes, en la calle de Justo Sierra, por las mañanas, y a Filosofía, en el edificio de Mascarones, por las tardes. Pero al cabo de unas semanas sentí que el camino en que me había metido tenía algo de absurdo. No porque fuera cosa del otro mundo hacer simultáneamente las dos carreras. Más bien, debo haber percibido que aquello no era ningún “abrirse paso” en nada, sino un marchar de sequedad en sequedad, de aburrimiento en aburrimiento. Y esto no sólo (como algunos podrán imaginar) por lo que se refería a la Facultad de Derecho. Es claro que no había en Mascarones ninguna clase que compitiera en monumental aridez con la que Salvador Azuela nos daba en Leyes, pero también hay que reconocer que algunos de los profesores que me enseñaban letras españolas eran, para decirlo suavemente, muy poco estimulantes. En medio, pues, de esta sensación de absurdo tuve la ocurrencia de ir al Colegio de México para exponerle mi caso al grande y admirado y reverenciado Alfonso Reyes: quizá él pudiera pronunciar la palabra salvadora,

quizá él, con su sabiduría y su bondad, dictaminaría sobre mi caso, me daría una orientación que me sacara de mi despiste. Y ocurrió que mientras yo hablaba con él, acertó a pasar don Daniel Cosío, y que don Alfonso lo llamó, me presentó a él (“¡Mucho gusto!”, debo haber dicho, tartamudeando un poco) y lo puso, sucintamente, al tanto de mi problema. “No veo yo aquí ningún problema —dijo entonces Cosío—: es incuestionable que si el muchacho se interesa por la literatura, no tiene por qué seguir embruteciéndose con el derecho administrativo”. Don Alfonso trató de suavizar las cosas. Había que proceder con prudencia: un título es un título, y el de abogado es siempre útil en la vida, se trata de una carrera “segura”, y, después de todo, yo estaba cursando ya el tercer año... Don Daniel lo oyó con circunspección y cortesía, para salir, inesperadamente, con esto: “Mire, Alfonso: usted y yo tenemos título de abogados, y ¿quiere decirme para qué carajo nos ha servido?” Así, literalmente. Porque la frase se me quedó hondamente grabada en la memoria.

Para mí, la característica más saliente de esa primera entrevista fue su eficacia. En un sentido, aquel *carajo* decidió mi destino. Desde luego, es un hecho que al día siguiente no me presenté en la tediosa Facultad de Derecho ni nunca más. La brusquedad, y aun grosería, de las palabras de don Daniel tuvo una capacidad, de estímulo de la cual carecieron, en ese caso, las de don Alfonso, tan llenas de prudencia, de cordura, de afán de equilibrarlo todo, de armonizarlo todo. Y no es que trate de insinuar que estas últimas virtudes no sirven. Sólo quiero decir que para mí, en ese momento, *illic et tunc*, no fueron operantes. Cuento todo esto no sin segunda intención: al contrario, con una clara intención segunda, que de tan segunda quiere ya hacerse primera. Véase por qué. No una vez, sino varias, he oído y aun leído a gentes que con-

traponen la brusquedad de Cosío a la sonrisa sin aristas de Alfonso Reyes. La contraposición siempre me ha parecido tramposa, por la sencilla razón de que don Alfonso y don Daniel son dos figuras literalmente in-comparables. Mi testimonio personal dice: a don Alfonso y a don Daniel les debo mucho, pero las cosas que le debo al uno son muy distintas de las que le debo al otro. ¿Y no es verdad, por ejemplo, que el Colegio de México es lo que es gracias, por igual, a lo que hicieron sus dos fundadores por mucho que sus personalidades sean distintas?

La capacidad de estímulo de don Daniel, manifestada a veces, en efecto, a través de esa vía rápida y recta que quienes lo malconocen (y en consecuencia lo malquieren) llaman “brusquedad”, tiene una raíz muy perceptible: su claridad de pensamiento. En esa primera entrevista, lo que ocurrió fue simplemente que él entendió con claridad diáfana el problema del payo provinciano que era yo. Y la tajante, contundente respuesta, el *carajo* famoso, no fue sino el fruto de su clarividencia. Dicho de otro modo: en él, la claridad de pensamiento no se da sola, sino que aspira a una meta e invita a alcanzarla. “Si la razón nos dice que algo es disparatado, es insensato persistir”: tal fue, tal parece ser siempre su enseñanza. Viene aquí a cuento una anécdota de mis días del Fondo de Cultura Económica. Cierta persona le llevo un día su traducción, completita, de un libro sobre contabilidad pública que en inglés se llamaba, naturalmente, *Public Accounts*. Las cuartillas de la traducción yacían en el escritorio, y don Daniel se disponía a ver cómo estaba hecha. En la primera hoja vio el título, traducido así al español: *El público cuenta*. No se asomó siquiera a la página dos: sin más averiguaciones, tomó el fólder todo de cuartillas y lo dejó caer —¡plaf!— en el cesto de papeles. No me consta que el hecho sea cien por ciento histórico, *ma se non è vero, è ben trovato*.

Está allí el hombre que piensa bien, o sea con imaginación (¿qué enormidades no cometería quien había sido capaz de traducir así el título del libro?), y que a continuación, sin pérdida de tiempo, pone eficaz y limpiamente en obra el pensamiento.

Al hablar de mis días del Fondo de Cultura Económica, me vienen a la cabeza otros recuerdos. (No, no tema el lector: no voy ahora a endilgar toda mi autobiografía.) Allí, en el Fondo, ocurrió en mis relaciones con don Daniel algo muy importante: me enseñó a quererlo. El Fondo, en esos días de 1946 y 1947, era un lugar en que se vivía a gusto. Sí, claro, estaban los compañeros de trabajo: Joaquín Díez-Canedo, Ímaz, Medina Echavarría, don Sindulfo, Julián Calvo, el señor Alaminos, Juan José Arreola; pero estaba sobre todo el ámbito de cordialidad humana que don Daniel sabía crear en torno suyo. Dicho de la manera más simple posible: era grato tenerlo de jefe. Todos lo respetábamos, por supuesto, y muchos lo temíamos también un poco, sentíamos algún temblorcillo cuando nos llamaba a su oficina. Pero lo que verdaderamente contaba era que lo queríamos.

Y veo ahora que quienes queremos a don Daniel, amigos o discípulos, lo queremos sin complicaciones. La razón está, creo, en lo que antes dije de la eficacia y de la claridad de pensamiento. Con don Daniel las cosas son siempre bien claras. No hay marañas. No hay “guardados” perniciosos. Con él, positivamente, la gente puede entenderse, y por la vía más recta y más rápida, llamada también —y es seguramente su nombre justo— la vía cordial.

Mi testimonio, la imagen de don Daniel Cosío Villegas que aquí he trazado, es muy parcial, muy provisional y modesto. No sólo he partido de mis experiencias personales, sino que de estas experiencias mismas no he evocado más que unas cuantas. Pero de tan mínimo repaso he sacado en limpio tres de las razones de

mi admiración, de mi agradecimiento y de mi cariño por don Daniel. Y sé que mis razones son, con variantes, las mismas de otros muchos. Lo menos que puede decir la Historia, esa diosa imparcial, de un hombre que ha hecho lo que a cualquiera le consta en el Fondo de Cultura Económica, en el Colegio de México y en el campo de la historia moderna de México, es que está ampliamente provisto de la virtud de la eficacia. Y en cuanto a la claridad y honradez de pensamiento, ¿no es lo que admiramos todos, por ejemplo, en el comentarista político de los últimos tiempos, en el autor de esos artículos de *Excelsior* que saben ver y plantear los problemas, en el escritor enemigo de la retórica y de la frase hueca, en el fustigador de los léxicos rebuscados o torpes y de las sintaxis enrevesadas, que encubren casi siempre una básica flojedad o nebulosidad de pensamiento? Y está, por último, la cordialidad, la humanidad. Don Daniel es un hombre que se interesa profundamente por los demás. Desde aquel ya lejano día de 1946 hasta hoy, son muchas las veces en que lo he visto interesarse por los jóvenes, estimularlos y apoyarlos, seguir con cariño, y a veces con admiración y aun con cierto orgullo, los progresos que hacen en su carrera. Es un hombre que practica con sencillez, sin aparato, como sin darle importancia a la cosa, el arte maravilloso de ayudar a los otros.

DANIEL COSÍO VILLEGAS¹

En actos como el presente, llevados a cabo en una esfera “oficial”, suele usarse un tono *sui generis*, con tendencia a lo oratorio y aun a lo pomposo, un tono que podríamos llamar “cívico”. Pero sería ésta la primera vez que yo lo ensayara, y de seguro me saldría mal: se me enredaría la toga en los pies. Hablaré, pues, de don Daniel Cosío Villegas —o del licenciado Cosío, o de Cosío simplemente, como lo llamábamos sus muchos amigos— en el tono familiar de la charla.

Cosío era muy bromista. Un día, no sé por qué, le pregunté en qué año y en qué lugar había nacido. Me sorprendió que a lo primero contestara con evasivas, como si quisiera ocultar su edad; y en cuanto a lo segundo, me dijo que había nacido en Manzanillo, Colima. Tiempo después supe que esto era mentira; que Cosío había nacido aquí, en esta habitación (debajo de la cual, según sé, había una clásica pulquería), pero que a él no le gustaba sentirse chilango. Hasta me pregunto si no se avergonzaría de serlo, en una época en que se usaba que todo el mundo naciera en Nuevo León, en Coahuila, en Jalisco, en Oaxaca o en Michoacán, desde Reyes y Torri hasta Arreola, desde Vasconcelos hasta Luis González y González. En todo caso, mal hubiera podido imaginar yo, ese día en que Cosío me dijo su mentira, que hoy hablaría en el solemne acto de develación de la placa puesta en el auténtico y preciso y bien averiguado lugar en que se meció su cuna y se oyeron sus primeros vagidos.

¹ Discurso leído en el acto de develación de la placa que se puso en su casa natal (“Casa de la Acequia”, calle Isabel la Católica número 97), por iniciativa de Manuel Camacho, “regente” de la ciudad de México, el 18 de octubre de 1989.

En 1971 escribí unas páginas sobre él como introducción a *Extremos de México*,² el libro-homenaje que le dedicaron sus discípulos y algunos amigos. El libro se le entregó a Cosío en el Colegio de México, y hubo fiesta y jaiboles y todo. A no sé quién, en medio del jolgorio, se le ocurrió pedir silencio para que yo leyera en voz alta esas páginas, simple expresión —breve, pero fundada en razones muy concretas— de lo que sentía por Cosío, y que no era sino lo que sentían todos los allí presentes: admiración, gratitud, cariño. Fue una experiencia terrible, porque Cosío se dedicó sistemáticamente a sabotear mi actuación. Estuvo interrumpiéndome todo el tiempo. Cada reconocimiento de sus cualidades, cada elogio, me lo aplastaba él, sin misericordia, con choteos y comentarios que nos hacían reír a todos. Pero yo aguanté, y leí hasta el final. ¡Qué esperanzas —pienso ahora— que Alfonso Reyes hubiera hecho algo semejante! En un acto así, don Alfonso habría guardado una sonriente compostura. Cosío tenía esa dosis extra de humor que hace falta para no tomarse uno excesivamente en serio.

La brevedad de este discurso mío (vean ustedes: sólo dos hojas y media) se debe no sólo al vívido recuerdo del incidente que acabo de contar —pues mucho me temo que el espíritu de Cosío esté rondando por aquí—, sino también al hecho de que todos ustedes saben quién fue él. Me pregunto cuántas placas como la que ahora va a develarse existen en la ciudad de México, particularmente en este Centro histórico, tan agobiado de historia. Me pregunto también cuántos de los nombres inscritos en las placas le siguen diciendo algo al hombre de la calle, al mexicano común y corriente. Pero estoy seguro de que cualquier

² Véanse, en este mismo volumen, las pp. 11-15.

ciudadano más o menos despierto sabe algo por lo menos acerca de Cosío. Si mi auditorio estuviera constituido por cuarentones, por gentes que en 1968 eran estudiantes (y estudiantes de cualquier institución, y de cualquier ciudad de la República), sería difícil que desconocieran al Cosío que comenzó a escribir de manera regular en *Excélsior* a partir justamente de agosto de 1968, en pleno enfrentamiento de la juventud contra la maquinaria gubernativa, cuando su voz era una de las pocas que gozaba de plena aceptación entre los jóvenes (lo cual me consta porque yo, aunque no joven, marché y dialogué con ellos en el 68). Es seguro que todos estos adultos de hoy conocen al autor de *El estilo personal de gobernar* y de *El sistema político mexicano*. Pero no me extrañaría que las noticias de esos ciudadanos sobre el Cosío historiador del Porfiriato, sobre el Cosío creador del Fondo de Cultura Económica, sobre el Cosío fundador, con Alfonso Reyes (y ampliador y modernizador, sin él), del Colegio de México, fueran escasas, o vagas, o nulas. Si mi alocución estuviera dirigida a ellos, tendría materia para muchas cuartillas. Tratándose de ustedes, lo que me correspondería sería ahondar en lo sabido por todos. Pero para eso están aquí Enrique Krauze y Lorenzo Meyer, que pueden hacerlo a las mil maravillas.

Mi limitaré a ampliar una reflexión que hago en esa introducción a *Extremos de México* acerca de la famosa “brusquedad” de Cosío, brusquedad de que dio pruebas durante mi lectura en voz alta. La brusquedad, en esa ocasión, se ejerció sobre lo adjetivo, pues obviamente Cosío quería evitar que el ambiente de fiesta se volviera solemne o —peor— sentimental. Pero muy a menudo se ejerció sobre cosas sustantivas. Cosío fue implacable enemigo de la mediocridad, de la estupidez, de la politiquería, de los lenguajes rebuscados o nebulosos. Opuso siempre un *no*

categorico y sin explicaciones a todas esas formas de vaciedad y de pérdida de tiempo. En él se daban la mano la claridad de pensamiento y el sentido de la eficacia. Su lema podría haber sido “Ir al grano”. Sin esa bendita brusquedad no habría hecho las cosas que se propuso hacer.

Ahora bien, es natural que un innovador como él provoque sacudimientos en los intereses creados. Yo fui testigo de un caso así. Al tomar las riendas del Colegio, muerto ya don Alfonso, se encontró Cosío con que una porción no desdeñable de los dineros se iba en becas que no tenían ya la razón de ser que en algún momento habían tenido, pues los beneficiados gozaban de situaciones estables, por ejemplo en la Universidad, y las suprimió de una plumada. Esta brusquedad sustantiva provocó resentimientos, como es natural, y uno de los resentidos, hablando por la boca de la herida, publicó en vida de Cosío una semblanza suya grotescamente burlona y rebosante de bilis. Condenar a la hoguera esa diatriba estaría mal hecho, pues la libertad de expresión es sagrada; además, está bien que las generaciones venideras se enteren de todo y saquen sus consecuencias.

EL HUMANISMO DE MARÍA ROSA LIDA
(EN EL DÉCIMO ANIVERSARIO DE SU MUERTE)¹

Este testimonio mío, este breve discurso dedicado a la Memoria de María Rosa Lida humanista, va a tener un acento personal quizá excesivo. Pero he pensado que el tono personal viene aquí más a cuento que el elogio global, el de la fórmula en que todos están (en que todos estamos) de acuerdo. He comprobado que lo que pienso y siento de María Rosa Lida ha cambiado con el pasar de los años, y no me cabe duda de que otro tanto ha ocurrido con todos cuantos leímos y luego hemos releído sus escritos. Por supuesto, cada uno de nosotros habrá cambiado en una dirección distinta. La mía, sin embargo, tal vez pueda confluir con otras, o provocar otras, y en tal caso el resultado será bueno, porque habremos contribuido, un poco, a hacer que la influencia de esa admirable mujer siga siendo operante.

Hace tres años leí en el Colegio de México unas páginas algo tímidas, pero animadas por el mismo espíritu en que escribo éstas, para conmemorar a Alfonso Reyes en el décimo aniversario de su muerte. María Rosa Lida y Alfonso Reyes, llamado “el humanista de América”, fueron en verdad mis dos maestros hispanoamericanos de humanismo. O, precisando más (porque no se trata aquí de humanismo en sentido lato), mis dos maestros de humanismo clásico, de humanismo helénico.

Leí la *Introducción al teatro de Sófocles* hacia 1950, años después de haber visto en la revista *Sur*, siendo yo muy joven, una reseña de ese libro, escrita por un tal Amado Alonso. Alonso expli-

¹ Discurso leído en Princeton, el 18 de octubre de 1972.

caba que la autora, hispanoamericana, era una erudita que colaboraba en revistas muy especializadas, y concluía: “Ésta es la primera vez que se presenta al gran público culto, y por cierto lo ha hecho con una pequeña obra maestra”. “Obra maestra”, en efecto, me dije cuando después leí el libro. Y: “Obra maestra”, me digo ahora que lo he releído, como preparación para escribir estas cuartillas.

Es un libro lleno de ciencia y de sabiduría, de erudición y de cultura, de agudeza y de sensibilidad. Es una introducción, una divulgación, pero hecha con qué seguridad, con qué penetración, con qué vida. El libro consiste fundamentalmente en la presentación de tres de las tragedias de Sófocles. Se puede decir que María Rosa se las resume y se las explica a ese “gran público culto” de que hablaba Amado Alonso. Sí, pero pocos resúmenes hay que huelan menos a resumen. Antígona, Filoctetes, Neoptólemo, Edipo, tienen cuerpo, se mueven con vida en estas páginas hermosas. No son esquema, no son resumen. No es resumen la línea de la acción, sino recreación, llevada a cabo en un lenguaje cristalino, y con entradas constantes de la historia griega, de la historia del pensamiento, de reflexiones sobre el sentido de la cultura y del arte y de la moral, de todo aquello que es indispensable para poner de relieve *lo que está* en Sófocles, lo que Sófocles *es*. Además, a cada momento María Rosa obsequia al lector, colmo de la generosidad, de su generosidad de humanista, con grandes fragmentos traducidos por ella del griego. Y fragmentos, no sólo de las tres tragedias a que está dedicado su libro, sino otros más, entre ellos uno (y uno de los más conmovedores, uno también de los más hermosamente traducidos) del *Edipo en Colono*. Iba a decir que no hay traducciones del griego al español tan bellas como éstas. Pero sé que no lo puedo decir, porque no soy juez universal. Lo que sí puedo decir, y lo digo con enorme agradecimiento a María Rosa,

es que nunca me ha sonado tan bellamente, que nunca me ha sonado tan persuasivamente Sófocles como a través de sus versiones. (Aclaro: mi griego, que nunca fue muy macizo, está hecho hoy un árbol de invierno.) No he agotado —ni pretendo hacerlo— todas las otras maravillas, todas las otras zonas de vida, de afán de búsqueda que tiene este libro: sus análisis, por ejemplo, de los movimientos escénicos, de la interrelación teatral de los personajes, o de la estilización del idioma en la tragedia, la distancia que hay entre él y el griego normal o cotidiano, su interpretación cuasi-estructuralista del *oxymoron*, precioso augurio, todo esto, de muchas de las páginas de su gran libro sobre *La Celestina*. ¿Qué más? A mí, personalmente, me sigue fascinando la gran crítica militante, la implacable vapuleadora de humanistas hebenes y chirles que fue María Rosa. Lo que dice en su libro, por ejemplo, de las traducciones de Alemany Bolufer y del P. Errandonea, es un palo discreto, pero lo sigo encontrando tan bien dado y tan regocijante como la primera vez que lo leí.

Obra maestra, sí. Todo sigue allí, lo sigo encontrando. Ahora, sin embargo, leo la *Introducción al teatro de Sófocles* con mucha menos seguridad que hace veintidós años. Con la misma menos-seguridad (o con una menos-seguridad parecida) con que leo ahora las obras más permanentes de Alfonso Reyes, aunque las razones a que esto se debe son distintas en cada caso. No sólo distintas, sino tal vez contrarias. Alfonso Reyes me parece ahora menos seguro de lo que antes me pareció. A María Rosa, en cambio, la encuentro ahora demasiado segura; a veces, incluso, demasiado dogmática. En algún momento, durante mi relectura, llegué a decirme: “Quizá este exceso de afirmación, de definición, de seguridad, sea un resultado normal del estudio de las literaturas clásicas”, pensando, por ejemplo, en la famosa superseguridad horaciana de

Menéndez Pelayo. Pero no. No creo que sea un resultado “normal”, sino más bien circunstancial. Tal vez sea un fenómeno de nuestro tiempo, que, olvidado de la cultura de tiempos que ya no existen —los tiempos en que gobernaron unos hombres llamados Pericles y Augusto—, necesita de verdaderos apóstoles, convencidos y ardientes, que se la recuerden. María Rosa, que *es* indudablemente uno de esos apóstoles, se afirma en los ideales helénicos haciendo suyas las palabras mismas de los hombres helénicos. El epigrama funerario de Eurípides, atribuido a Tucídides, dice así: “Su patria fue Atenas, Grecia de Grecia”. María Rosa, hablando por cuenta propia, dice no menos epigramáticamente: “Atenas, escuela de Grecia, escuela del mundo”. Claro que cuando ella dice Atenas, piensa fundamentalmente en la Atenas de Sófocles —mejor, en *la obra* de Sófocles. En cierto momento identifica clasicismo con “esencialidad” y con “eternidad”, pero se refiere claramente al clasicismo de Sófocles. Con lo cual erige, ya no sólo la literatura griega en maestra del mundo, sino la tragedia de Sófocles en paradigma de la literatura griega. Demasiada seguridad, me digo. Claro que esta seguridad le viene a María Rosa de lo bien que ha apresado su materia, de lo íntima, cordialmente suya que la ha hecho. Pero al elegir eso, ¿no ha sacrificado demasiado todo lo demás? Hay en el libro una página espléndida sobre el paisaje en el *Filoctetes*. Pero ¿hacía falta, para exaltar este rasgo del gran trágico, desdeñar las descripciones no clásicas de paisajes? Dice María Rosa que las no clásicas, las que ven el paisaje por el paisaje mismo, son “pura descripción, pura contemplación estética de lo inanimado e inhumano”, y que, en comparación con estas formas de arte, “el arte griego es eminentemente humano”. ¿El arte no clásico, así de globalmente, menos humano que el clásico? Yo, me digo, no soporto ahora tamaña seguridad.

Comentando estas palabras de Antígona en el momento de aceptar su muerte: “No me han cabido en suerte bodas, / no me ha celebrado ningún canto nupcial: / con el Aqueronte me desposaré”, dice María Rosa, enemiga *a priori* de todo romanticismo, que no son sino expresión de la “franqueza de Sófocles, nada sentimental”. Yo me digo que, después de todo, las palabras de Antígona *sí* son sentimentales, y que, aun si se demuestra que no lo son, tampoco acepto ahora esa seguridad de que lo sentimental está en pugna con el gran arte.

¿Hay por ventura un retroceso general de la humanidad desde que murió Sófocles? Después de Sófocles, dice María Rosa, “circunstancias políticas, nuevas etapas de pensamiento, introducen en el espíritu múltiple de Grecia la nota ascética que culmina en Platón, en su impaciencia por librarse del cuerpo y de los sentidos para ver claro y llegar al puro entender”. Pero, me digo, aun admitiendo que la posición de Sófocles sea admirable, y eminentemente saludable su realismo, yo no considero menos humanos a Platón y a san Pablo y a san Juan de la Cruz.

Leo en otro lugar: “Antes de ser estructurado por los clásicos, el mito de Antígona o el mito de Prometeo es más informe que el cuentecito folklórico de Sansón, comparado con el majestuoso y helénico *Samson Agonistes*”. Y me quedo pensando, ponderando estas palabras, que yo aceptaba del todo, sin titubeos, cuando era joven, y que ahora suscitan en mí toda una vaharada polémica. ¿Por qué habían de ser “informes” los mitos antes de ser estructurados por un escritor —más aún, por un escritor clásico, puesto que la historia de Sansón está ciertamente estructurada en un libro no clásico? Y luego, ¿por qué esa despectiva calificación: “cuentecito folklórico”? ¿Y si, por otra parte, lo propio de los grandes mitos, como el de Prometeo, su grandeza y su eternidad, consistiera pre-

cisamente en una oscuridad que las concreciones escritas desvirtúan de alguna manera, en un misterio que, en todo caso, no queda agotado a través de esas varias concreciones? ¿Y esos epítetos del poema de Milton, “majestuoso y helénico”? Majestuoso porque helénico, se entiende. Pienso de nuevo en don Marcelino, que, poseído de su seguridad horaciana, con la misma pluma con que elogia a los imitadores de Horacio desdeña los suspirillos germánicos y las delicuescencias baudelerianas. Porque también María Rosa, llevada de su propia concepción del humanismo, desdeña a hombres como Gide, como O’Neill y como Edmund Wilson.

Sí, toda una vaharada polémica. Pero también me digo: si viviera María Rosa, ¿sería yo capaz de polemizar con ella? O más bien: ¿sería yo verdadero rival suyo? Evidentemente, no. Soy sincero cuando digo que admiro esa seguridad suya. Sólo que ya no la comparto. O no la comparto del todo, por la sencilla razón de que no me siento seguro, anclado como ella en una moral y en una estética. Dice en otro lugar María Rosa que la figura de Tiresias pertenece al ciclo épico (o sea a la gran literatura), pero “también, según parece, a la vena popular, como héroe de algún relato de escasa dignidad literaria”. ¿Por qué “según parece”? Porque probablemente cree María Rosa que fue de la vena popular de donde pasó a las *Metamorfosis* de Ovidio. ¿Y por qué relato “de escasa seguridad literaria”? Porque, evidentemente, María Rosa no le concede dignidad literaria a Ovidio, a quien ni siquiera nombra (más adelante, a otro propósito, sí lo nombra y, encastillada en su moralismo, lo califica de “malsano”). La “vena popular”, que abunda en oscuridad y misterio, habla de un Tiresias que fue también mujer y acumuló en sí mismo la experiencia de la mujer y la del hombre, una y otra plenamente —relato que, como se sabe,

reaparece en un memorable poema de T. S. Eliot, que probablemente no llegó a gustarle a María Rosa.

Sigo pensando, sin embargo, y me digo que cuando esgrimo palabras como “oscuridad” y “misterio” no he dado alimento a una polémica verdadera, sino que simplemente he afirmado mi fe en lo oscuro y en lo informe, cuando precisamente tengo delante de mis ojos, en esa *Introducción al teatro de Sófocles*, una fe admirable en la claridad y en la estructura, o sea en los ideales clásicos. Y me digo algo más: que, para mi personal y no muy original polémica, he entresacado ciertos pasajes del libro de María Rosa, silenciando muchos otros en los que ella se asoma con tan gallarda competencia a otras literaturas, augurio, nuevamente, de no pocos trabajos suyos posteriores. Y aún me digo otra cosa: que, bien visto, hay en ella una conmovedora ambigüedad, una muy personal ambivalencia en sus ideas sobre el clasicismo helénico. Dice en un lugar: “Del sentimiento patriótico de su época... Sófocles toma lo esencial: la unidad de la cultura, que en Grecia y en Judea, más que en ningún otro pueblo, es la base de la nacionalidad”. ¡Con qué amor —pienso— habrá puesto María Rosa esos dos nombres juntos: Grecia y Judea! Pero, como es natural, no siempre puede ponerlos juntos. Y cuando no puede hacerlo, y sin embargo se siente obligada a trazar jerarquías, no es siempre Grecia la más exaltada por esta helenista. Habla, por ejemplo, de “la Tora, la más perfecta de las leyes escritas”: así, sin matiz alguno, y con el orgullo con que habría dicho, si hubiese podido, que la Biblia es el libro de los libros.

Años después, en su magistral reseña del libro de Gilbert Highet sobre la tradición clásica, María Rosa discute apasionadamente la afirmación de que ciertas modalidades eróticas, el amor griego, el amor sáfico, son en la literatura griega importación de

tierras menos europeas, más decadentes, más *orientales*; y entonces ella abruma a Highet con textos de Teognis, de Píndaro, de Platón, le arroja a la cara “los estados de Grecia en que el amor griego era una institución honrosa”, y cierra su refutación diciendo que en el Levítico, en el *oriental* Levítico, esas cosas se castigan “limpiamente con la pena de muerte”. Creo que aquí María Rosa se dejó llevar demasiado del viento de la polémica, porque ciertamente no hacía falta, en apoyo de una visión moral que considera sucio el amor griego, sostener que es limpio matar a los seres humanos que lo practican. Y la prueba de que, en efecto, se dejó llevar más allá de su verdadero pensamiento es que a propósito de Sófocles, y en un contexto claramente enaltecedor de la cultura helénica, había dicho ella misma: “No hay en Grecia el rigorismo de una Escritura y de un dogma”, donde la palabra *rigorismo* tiene un obvio matiz condenatorio, que le quita un poco al Levítico y a la Tora la dignidad de “la más perfecta de las leyes escritas”.

Hay otros pasajes que me llaman la atención. Dice uno de ellos: “El sentimiento de la gloria personal es un virus que los griegos introducen en el mundo, lo más opuesto al sentimiento del Salmista”, el cual no quiere la gloria para el hombre sino para Dios. Aquí, por una parte, está María Rosa con los griegos, está con Sófocles, el hombre que se labró a sí mismo una estatua más perenne que el bronce, y no está con el Salmista (ni, añadido yo, con la espiritualidad cristiana). Pero, por otra parte, María Rosa no se siente tan segura, cuando afirma que ese sentimiento es un *virus* introducido en el mundo, o sea un elemento contrario a la salud y en última instancia a la vida. (Y la ambigüedad aumenta cuando recordamos que al estudio de ese sentimiento durante la Edad Media dedicó ella uno de sus libros más sólidos.) En otro pasaje se pregunta: “La desgracia, ¿será herencia en un linaje, expiación

de un crimen previo, como exige la justicia ingenua de Esquilo y del Salmista?” Aquí María Rosa falla decididamente en contra de esa justicia ingenua, o sea primitiva, oscura, no clásica, en la que el primitivo e ingenuo Esquilo, no clásico, comulga con el Salmista (y también, añadido yo de nuevo, con el cristianismo).

María Rosa, en este su primer libro, no menciona nunca a Cristo ni escribe nunca la palabra “cristianismo”. ¿Por qué? Tal vez no sea yo el indicado para buscar una respuesta. Me limito a señalar esa ausencia, y a deplorarla. He llamado la atención sobre dos de sus silencios. Lo más conmovedor es ver cómo a veces María Rosa entreabre un poco el velo del silencio para mostrar, ¡con qué exquisito pudor!, una alusión a ese territorio que ella se ha vedado. Así cuando habla de cierto “*evangélico* testimonio de Sófocles en favor de los pobres de espíritu”. Así, sobre todo, cuando dice que Edipo, en el drama de Sófocles, “es todavía el buen daimon que padece por el bien de su comunidad” (y dice *todavía* como excusando al dramaturgo clásico por ese vestigio de pensamiento oscuro y primitivo). Tras lo cual añade: “Lo fecundo de este tipo de divinidad se descubrió el día que se atribuyó a la víctima expiatoria amor a los hombres a quienes rescata con su muerte”. Frase conmovedora por su torpeza misma, frase en que la alusión a la sangre de Cristo queda patéticamente sofocada por un concentradísimo esfuerzo de elisión.

¿Hubiera sido el humanismo de María Rosa Lida más fecundo si en lugar de ser tan concentrado hubiese sido más abierto? Yo, que no soy ni judío ni cristiano, así lo creo. Pero reconozco también que si puedo expresar esta opinión es, en buena medida, porque mi propia limitación (mi escaso dominio del griego, por ejemplo) me impidió concentrarme como ella, ser un humanista cabal en el sentido en que ella supo serlo. Por lo demás, me he

ceñido casi exclusivamente a un libro que, si no se puede llamar juvenil en sentido estricto, sí lo es por el espíritu que lo anima. Y otra cosa: apenas he aludido a los muchos estudios de literatura española en que el humanismo de María Rosa *servió*, en el sentido más objetivo, más ponderable, para situar y explicar muchos productos artísticos que en sí están a muchas leguas de distancia del clasicismo de Sófocles. Puede decirse que en este terreno María Rosa Lida no ha tenido rival capaz de medirse con ella. Es hermoso comprobar que nada de lo que ella escribió es trivial. Sus limitaciones, si así se llaman, no fueron una desgracia. La única verdadera desgracia, y ésta sí dolorosísima, es que no esté ella entre nosotros, con su sonrisa, su finura, su elegancia, para hablar con nosotros de nuestro amor común: la literatura, esa expresión de lo humano.

ALFONSO REYES: PEQUEÑA CRÓNICA DESMITIFICANTE¹

Es ésta la segunda vez que hablo sobre Alfonso Reyes en la sala de conferencias del Colegio de México. Igual que la primera vez, me siento avergonzado por el recuerdo de una deuda: en varias ocasiones he prometido (peor: *me* he prometido) escribir sobre Alfonso Reyes: escribir de veras, partiendo de la imagen personal que de él tengo y no de algo exterior a mí —y exterior a mí es, por ejemplo, la imagen estereotipada de un Alfonso Reyes excelso patricio de las letras nacionales, honra y prez del humanismo mexicano, etc. No pienso pasar ratos ante el mascarón monumental que tenemos a la entrada de la Biblioteca, para inspirarme; ni tampoco me voy a poner a leer los diecinueve o veinte tomos de obras completas que hasta la fecha han aparecido. Desde luego reconozco que esta imagen mía va a ser *muy* parcial. Tengo mucho que decir sobre don Alfonso (hace unos meses, César Fernández Moreno me decía que, con lo que yo le había contado sobre él en una conversación de un par de horas, tenía para un libro: y es verdad); sin embargo, habiendo sido Alfonso Reyes un hombre extraordinario en tantos innegables sentidos, a mí me ha dado por verlo más bien como caso humano, como hombre común y corriente y aun como escritor común y corriente, y se me ocurre que no hay, en esa caso, razones válidas para ocultar nada, ni siquiera lo demasiado humano.

¹ Presentación de la película *Landrú*, realizada por Juan José Gurrola sobre un texto de Alfonso Reyes y estrenada en el Colegio de México.

No sé por qué me ha venido esa idea. A veces creo que es por lo mucho que me revientan los tópicos del “preclaro polígrafo” y del “consumado estilista”, y en esos casos me digo que será mejor callarme la boca, porque no sería justo saltar desde el mal humor para escribir acerca de un hombre que fue tan simpático. Sin embargo, justamente de eso se trata. Yo no le deseo a Alfonso Reyes la suerte de José Enrique Rodó, ese otro preclaro estilista que tuvo una vida muy melancólica y cuyos libros hemos dejado de leer los jóvenes. Es indudable que el conocer mejor sus aspectos de hombre común y corriente tendría la virtud de bajar de su pedestal a don Alfonso y de acercarlo a nosotros. Y de hecho, si a pesar de mi vergüenza acepté ahora la invitación de Jorge Lozoya —que es quien ha meneado todo esto y quien nos tiene aquí reunidos—, fue porque él me dijo que se trataba de hablar, no del sabio ultra-estratosférico que escribió *El deslinde* y *La crítica en la edad ateniense* (libros que tal vez nunca releeré), sino del hombre común y corriente que escribió *Landrú*. “Yo no conocí a don Alfonso —me dijo Jorge—: cuando él murió yo era un chamaquito. Pero acabo de ver la película de Gurrola y creo que valdría la pena que nos dijeras algo sobre el hombre que escribió un texto tan divertido como el de *Landrú*. A don Alfonso lo conozco en fotografías: ¿cómo era en mangas de camisa, cuando no lo rondaban los fotógrafos?”

No voy a dar ahora la respuesta, porque eso se llevaría mucho tiempo. Desde luego declaro que a don Alfonso lo vi muchas veces en bata, pero nunca en mangas de camisa. En el Colegio se quitaba a veces el saco, pero debajo llevaba un suéter de mangas largas. Sí, yo lo traté bastante. Desde 1952 hasta poco antes de su muerte hubo semanas en que, durante ratos más o menos largos, hablé con él sobre toda clase de asuntos día tras día, de lunes a viernes.

No voy, pues, a saldar en esta ocasión mi vieja deuda, pero algún día lo haré. Por ahora basten unas cuantas palabras.

En el actual Colegio de México parece ser una regla el que no nos conozcamos los unos a los otros: ¡somos tantos! ¡y nos dedicamos a ondas tan distintas! Jorge Lozoya y yo, por ejemplo, nunca habíamos platicado hasta esa vez que me invitó a hablar aquí. En el Colegio antiguo, el de aquellos años, todo el mundo se conocía: ¡éramos tan pocos! Entrecierro los ojos y evoco una escena que puede situarse, digamos, en 1955. Estamos en Durango número 93. En medio del silencio resuena el reloj de la Sagrada Familia. Son las once de la mañana. La razón principal del silencio es que no llegamos a diez las personas que estamos en el edificio: don Alfonso, Juanito Arellano y Teresita, la mecanógrafa, tres; en la biblioteca Susana Uribe, y en la sala de lectura dos seres extraños y levemente maniáticos, Morris Swadesh, lingüista genial, y don Pedro Urbano González de la Calle, español de tiempos del Greco: van seis; pongamos a Juan, que regresa de un mandado, y a don Luis Martínez, el conserje, que sufre de los juanetes y sabe preparar un excelente café de olla, con su canelita: van ocho. Y yo: nueve. No exagero. Estoy seguro de que muchas veces, a media mañana, no llegábamos ni a diez. (Durante temporadas no hubo estudiantes propiamente dichos, y los historiadores trabajaban en no sé qué guaridas.) Son, pues, las once. Don Alfonso me ha mandado llamar a su oficina. Está de pie ante el balcón que da a la plaza Río de Janeiro, todo gordito y apacible, con las manos en la espalda, obviamente satisfecho porque la jornada de trabajo ha llegado a su fin: ha firmado algunos papeles, ha dictado un par de cartas y ya no hay más que hacer; ahora quiere platicar, con cualquiera, y sobre cualquier cosa; si me ha llamado a mí, es porque yo estoy allí nomás, en el otro extremo del corredor.

Lo primero que decía don Alfonso en estas ocasiones solía tener la virtud de dejarme muy sorprendido. Es como si, mientras me esperaba, hubiera dedicado unos momentos a redondear la primera frase de su charla. Por ejemplo, un día en que me lo encontré de pie ante el balcón, me mostró del otro lado de la plaza un presuntuoso caserón que ya no existe, y me dijo: “¿Se ha fijado qué casita se mandó hacer ese cabrón de José Rubén Romero?” (Yo era entonces muy tímido; no sabía cómo responder a cosas así, y lo siento mucho, porque el tesoro de anécdotas picantes, de alta y sabrosa maledicencia, tanto del lado literario como del lado humano, era inagotable en don Alfonso.) O bien, me decía: “Síntese”, y yo obedecía y me quedaba viéndolo, en espera de algo; él, después de un breve *suspense*, me espetaba a quemarropa: “¿Qué le parece este verso?”, y me recitaba con voz profunda y cadenciosa, brillándole los ojitos en la cara, uno de los más cacofónicos versos de Díaz Mirón, un verso elegido, se hubiera dicho, con la más maliciosa intención de hundir para siempre al infeliz vate veracruzano. O bien, después de poner en mis manos el último número de *Les Nouvelles Littéraires*, que él ya no coleccionaba, se ponía a hablarme de Paul Morand y de Valéry Larbaud, o de algo relacionado con los mundillos literarios de París y de Madrid anteriores a 1936, o de la gran elegancia y la gran pedantería de determinada escritora sudamericana. Hablábamos de todo lo posible, de manera que renuncio a dar más ejemplos. Y eran conversaciones absolutamente libres, gratuitas, descansadas, que duraban a veces más de una hora. (Yo solía quejarme con Margit en broma, y a lo mejor no tan en broma: “¡Otra vez me quitó el tiempo don Alfonso esta mañana!”.)

Unos años antes, en cambio, cuando fui secretario del Colegio, de diciembre de 1948 a comienzos de 1949, hubo conversa-

ciones tensas entre don Alfonso y yo, como aquella famosa vez que me dio a entender sin grandes ambigüedades que la compra de un cartón entero de papel de excusado, con ¡veinticuatro rollos! —compra autorizada por mí—, era demasiado fantasiosa o extravagante. Y en cuanto a las conversaciones que tuve con él en la celeberrima capilla alfonsina, nunca me supieron tan bien como esas de media mañana en el Colegio. En su biblioteca, rodeado de sus libros, don Alfonso estaba en su trabajo, y allí nunca me sentí totalmente a gusto. Otra cosa era cuando Margit y yo comíamos en su casa. Era una alegría estar con don Alfonso en la mesa. Le gustaba la comida; le gustaban los vinos; le gustaba hablar de comida y de vinos; le encantaba la conversación, la mundana, la literaria, y sobre todo la que reunía las dos. Mientras todo el mundo se reía a carcajadas, a él le salían chispas de aquellos ojillos traviosos que tenía. Recuerdo una vez que habíamos comido con él y con Manuelita en casa de los Orfila. Estábamos en la banquetta, como a las cinco de la tarde, esperando al rayo del sol un taxi, cuando de repente se acordó don Alfonso de un poema increíble de Manuel Carpio, y se puso no ya a recitarlo, sino a cantarlo y a bailarlo, a bailarlo a saltos, como un niño contento: “En un tiempo infeliz los caldeos, / hombres fuertes, de ceño sombrío / arrancaron al pueblo judío / de su patria, la hermosa Canaán”. Y a cada irresistible acento de la estrofa correspondía un irresistible salto o pase de baile de aquel señor gordito, no sin estupefacción de los transeúntes. Nos moríamos de la risa, pero a la vez estábamos alarmados: don Alfonso iba ya en su tercer infarto.

El episodio de los rollos de excusado me dio la oportunidad de redactar, por primera (y hasta ahora última) vez en la vida, una renuncia. Me sentí herido en mi dignidad. Comprendí que don Alfonso me había aceptado como secretario sólo porque el

licenciado Cosío Villegas, siempre desmedido, me había dejado su puesto, pero que no tenía mucha confianza en mis dotes administrativas, y entonces, solemnemente, puse en sus manos mi carta: “Muy estimado don Alfonso, por medio de la presente, etc.”. Don Alfonso la medió, y luego, con una ancha sonrisa: “Muy bien hecho, Antonio —me dijo—: Dios no lo ha llamado para estas cosas”. Total, una historia feliz, porque quedamos felices los dos.

Además, esas semanas en que fungí como secretario del Colegio, aunque fueron una experiencia algo marciana, me dieron la primera oportunidad de tratar de cerca a don Alfonso. Era un gran administrador. Gobernaba muy de cerca las cosas del Colegio, y sin embargo dejaba grandes márgenes de libertad. Se ocupaba de todo. Por esos días fue a Monterrey a recibir un doctorado honoris causa, y desde allá me mandó una larga carta, en verso, preguntándome por todos cuantos estaban entonces en la nómina del Colegio, sin olvidar a don Luis, el que hacía el café de olla, y mencionando los principales “problemas” pendientes. (Si algún día publico ese poema,² deberé acompañarlo de un gran aparato de notas de pie de página, para aclarar las alusiones, que don Alfonso, por cierto, no siempre hacía de muy buena leche.) Él administraba directamente los dineros del Colegio. Recuerdo cómo, poco antes de la navidad de 1948, me dijo que del ejercicio del año habían sobrado como seis o siete mil pesos, y me preguntó (retóricamente) qué me parecía si, para no atomizar demasiado esa suma, nos la repartíamos a prorrata, como

² Se publicó: “Un momento en la vida de Alfonso Reyes (y una poesía suya inédita)”, en *Voces para un retrato. Ensayos sobre Alfonso Reyes*, ed. V. Díaz Arciniega, Fondo de Cultura Económica, México, 1990, pp. 11-24.

aguinaldo, entre los miembros de la administración. Y recuerdo, sobre todo, con qué maestría y con qué gracia me ayudaba cuando yo no sabía cómo contestar una carta difícil. Él sonreía, llamaba a Juan Arellano, y paseándose, gordito y apacible, las manos en la espalda, dictaba dos o tres mentiras estupendas y salvadoras, encubiertas en frases muy bien torneadas (y después de cada una de ellas se me quedaba viendo, con un guiño en los ojitos).

Vuelvo a los años últimos, de 1952 en adelante. Lo que muchas veces me veo obligado a decir es que a mí don Alfonso nunca me dio la impresión de ser un “sabio” en el sentido en que suele entenderse esta palabra. Fue un *amateur*: un hombre siempre ganoso de saber; aficionado a la sabiduría; no un *sophós*, sino un *philósophos*, para decirlo en griego. Y al decirlo así, se me ocurre que a don Alfonso le hubiera gustado oírlo. No porque él supiera griego, sino por todo lo contrario. Don Alfonso sabía el griego como yo el ruso: leía las letras y entendía ciertas palabras aisladas, pero hasta allí. El editor de sus *Obras completas* cree demostrar que don Alfonso era un consumado helenista porque se conserva su libreta (¡autógrafo!) de la clase de etimologías griegas en la Preparatoria. Un helenista jamás hubiera recibido de mí lecciones elementales de prosodia comparada del griego y del latín, ni hubiera tenido problemas con el acento de *Dionysos* o de *Katharsis*, ni me hubiera hecho preguntas sobre la transcripción de los nombres propios. Y, por lo demás, él siempre confesó que su traducción de Homero era traducción de traducciones francesas e inglesas. No hay por qué levantar otros diez centímetros el pedestal, sobre todo cuando son centímetros de aire.

En ese periodo, de 1952 a 1959, publicó don Alfonso una cantidad pasmosa de libros, entre primeras ediciones, reediciones,

refundiciones, recolecciones de trabajos sueltos y, naturalmente, los primeros tomos de sus *Obras completas*. Recuerdo que me pidió que leyera libros como *El suicida* y *El plano oblicuo* antes de reeditarlos. Y cuando decidió publicar los pasatiempos literarios que había escrito en otras épocas y que habían permanecido inéditos, me los dio a leer también, como se los habrá dado a leer a otros, porque temía que esas cosas hubieran envejecido. Contra lo que hubiera podido esperarse, don Alfonso no era un hombre muy seguro de sí mismo, lo cual era, para mí, un rasgo tan simpático como el de su amateurismo. Fue así como leí los originales de *Árbol de pólvora*, de *Los tres tesoros* y de algo más. No leí *Landrú*, en cambio, hasta que se publicó en la *Revista de la Universidad*. Y cuando vi su puesta en escena en la Casa del Lago, dirigida con tanta gracia por Gurrola, con la espléndida música de Elizondo, la aplaudí hasta rabiarse.

A don Alfonso le gustaba vivir bien, sin líos innecesarios; le gustaba la buena literatura y el buen arte (aunque, ahora que lo pienso, no solía hablar de música); le gustaban los buenos ratos. No le gustaban las cenas aburridas ni las ceremonias pomposas. Margit y yo llegamos a ir a recepciones como representantes suyos. Él se excusaba, con aquella cortesía tan suya, diciendo que el doctor Ignacio Chávez le había prohibido salir de noche. Pretextos. No habrá ido a cosas aburridas, pero bien que fue una noche, ¿no es verdad, Juan José Gurrola?, a aquel espectáculo de teatro llamado “Poesía en Voz Alta”, en el que tú tenías un papel de niño muerto, y yo, con Margit y mis hermanos, cantaba canciones del tiempo de los Reyes Católicos. Se me ocurre que si el Colegio hubiera invitado a don Alfonso a la develación de su mascarón monumental, él se habría excusado muy gentilmente; y que en cambio habría aceptado, encantado de la vida, una invitación para

esta noche. Y mira, Juan José: estoy seguro de que después de ver la película que has hecho con su *Landrú*, don Alfonso te daría un abrazo que todos aplaudiríamos.

SOBRE RAIMUNDO LIDA

Hace unas semanas me comunicó la directora del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios su idea de ponerle a esta sala el nombre de Raimundo Lida y me invitó, además, a decir unas palabras en la ceremonia del bautizo. Mi reacción a los primero fue: “Ya era hora”; y a lo segundo: “Preferiría ser un simple asistente”. Me parecía muy justa la idea, y, hasta cierto punto, encontraba natural que la directora planeara algo de ruido y quisiera hacer del bautizo la ceremonia oficial, la función de gala que en estos momentos presenciamos: hay abundancia de testigos (las autoridades del Colegio, representantes de los distintos centros y departamentos, invitados de fuera), y después de los discursos habrá cocteles. Son cosas que se hacen. Pero, como yo nunca he conseguido tomar en serio las ceremonias oficiales, la invitación a ser uno de los “oficiantes” me resultaba una especie de contradicción, algo que le hacía perder “naturalidad” al bautizo. Además, ¿qué quería la directora? ¿Que yo, con una serie de considerandos, justificara la colocación de esta placa? ¿Que demostrara que Raimundo Lida, en cuanto creador del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios y fundador de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, es uno de los beneméritos de este Colegio de México, y que el nombre de la “sala Raimundo Lida” va a estar irreprochablemente en serie con la “sala Alfonso Reyes”, la “sala José Gaos” y la “biblioteca Daniel Cosío Villegas”? Pero, ¿qué falta hace demostrar y justificar lo obvio?

Nada de eso dije. Si lo hubiera dicho, seguramente ella me hubiera hecho observar que hay en este Colegio quienes ignoran quién fue Raimundo Lida. Pero entonces yo le habría replica-

do que en beneficio de esos “ignorantes” podría hacerse algo mejor que una ceremonia, y muchísimo más sencillo: invitarlos a apartar treinta, cuarenta minutos de su tiempo —y de su tiempo de aquí, de este Colegio de México— para leer tranquilamente, en la paz estudiantil de sus cubículos, algo que les dijera quién fue Raimundo Lida. Oír discursos no es lo mismo que leer. La mejor lectura sería, por supuesto, no la de unos párrafos míos, sino la de algún escrito del propio Raimundo Lida, digamos un ensayo que se llama “Cartas de Quevedo”. Con la misma naturalidad con que yo, a veces, me doy tiempo para leer cosas sobre economía y demografía, sobre problemas internacionales, sobre los mundos de Asia y África, y hasta sobre el terrible invento de las computadoras, y puedo, en ciertos casos, admirar la manera como se me están diciendo las cosas (la habilidad, la solidez, la claridad de exposición indistinguible de la claridad de pensamiento), con esa misma naturalidad —pienso yo— mis colegas de todos los centros de esta institución podrían darse tiempo para leer un ensayo como el que sugiero. De ninguna manera me espantaría (pues soy consciente de mis propias ignorancias) si alguien ignorara quién fue Quevedo: esa lectura le diría ya muchísimo; lo sacaría, de golpe, de su ignorancia. Los menos “ignorantes” se entregarían simplemente a la aventura que allí se le propone al lector: el descubrimiento de cierta vertiente del humor quevedesco y la admiración por un puñado de joyas de nuestro idioma. Y, desde luego, unos y otros conocerían así a Raimundo Lida.

Tampoco le dije a la directora otra cosa que se me ocurrió, y es que esta sala es muy chiquita para llamarse Raimundo Lida. Hace unos días nos reunimos en ella quienes constituimos el personal del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, y, aunque hubo por lo menos dos ausentes, la verdad es que apenas cabía-

mos. Si además de nosotros hubieran estado los estudiantes, parte tan entrañable del Centro (y por qué no añadir: las secretarías tan buenas que tenemos), la salita esta se habría parecido al camarote de los hermanos Marx en una escena de película que, por cierto, según supe un día, se le había quedado grabada a Raimundo Lida igual que a mí. Conste que no estoy lamentando el estado de cosas, sino sólo observando que las cosas son así. Dentro de ese mismo espíritu digo que la sala no sólo es chiquita, sino que está mal situada, desconectada de las otras partes vitales del Centro, ni siquiera a medio camino entre los salones de clase y los cubículos de los profesores-investigadores. En tiempos de Raimundo Lida estas diversas partes del Centro, ahora *disiecta membra*, eran una sola cosa, un cuerpo. Cabíamos todos en las tres estancias (una grande y dos chicas) del tercero y último piso de Nápoles número cinco. Si Raimundo Lida hubiera muerto en 1951, cumplida ya su tarea de fundador del Centro y creador de la *Nueva Revista de Filología Hispánica* —que es lo que se trata de evocar—, no habría habido problema: la estancia grande de ese tercer piso de Nápoles cinco se habría llamado “sala Raimundo Lida” por la fuerza de las cosas, sin ceremonia alguna, y todo habría sido perfecto.

En este punto una voz me dice, en primer lugar, que lo de la placa no es sino un símbolo, y que tan símbolo de Grecia puede ser el Partenón como una sola de sus columnas, y, en segundo lugar, que me expongo a ser tenido por un nostálgico, un saudoso, un *laudator temporis acti*. Necesito entonces explicarme. Acepto que esto de hoy sea un símbolo, pero niego que mi postura sea nostálgica. Lo que pasa es que yo, que conté con la cantidad de apoyos magisteriales que normalmente se requiere para la formación interior, no tuve sino un solo Maestro con mayúscula, y ése fue Raimundo Lida. Si alguien me enseñó lo que son los símbo-

los fue él (jamás olvidaré sus lecturas comentadas del *Fedón* y del *Banquete* de Platón y de la *Poética* de Aristóteles); y si alguien me enseñó a no ser nostálgico, a no lamentar lo que no pudo hacerse ayer o lo que no se está pudiendo hacer hoy, y emplear el tiempo del lamento en cosas más jugosas, o sea en lo que sí puede hacerse hoy y tal vez mañana, fue él también. Él, por ejemplo, desde que llegó a esta ciudad (no: seguramente desde que allá, en Buenos Aires, aceptó la aventura de México como la nueva etapa de su vida), tuvo la idea de establecer contacto entre la filología hispánica y el campo seductor de las lenguas indígenas. Que esto no se haya logrado, o que no se haya logrado entonces, es historia aparte. Lo que trato de subrayar es que, en cuanto ente profesional, en cuanto investigador de cosas de lengua y de literatura, en cuanto miembro de una institución docente —y también, mucho, en cuanto simple ser humano—, mi paradigma es Raimundo Lida. No me cabe duda de que él, hoy y aquí, sin cerrar los ojos a lo menos favorable, los tendría abiertos sobre todo a lo más placentero, a las posibilidades actuales de trabajo. (Recuerdo la vez que nos explicó en clase cómo la palabra *trabajo*, que significa algo tan noble, tan grato, tan dignificador del hombre libre, procede de *tripalium*, que era, en el Imperio romano, un instrumento de tortura para esclavos.) Las posibilidades de trabajo se le dan al moderno Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios en grande; al Centro de Estudios Filológicos de 1950 o de 1960 se le daban muy en pequeño (este Colegio de México era franciscanamente pobre). Pero no es truco retórico decir que las posibilidades son exactamente las mismas, hechas como están de la misma materia.

Doy un pequeño paso más y digo que no sólo aplaudo la idea de la placa, sino que soy el primero en exaltar su carácter de símbolo. Cuanto más me sumerja en lo simbólico, tanto mejor

habré expresado mi fe en este camino iniciado entre nosotros por Raimundo Lida, y que continúa y está llamado a continuar, y tanto más lejos habré estado de vivir este mediodía, este trozo de tiempo laborable, como mera ceremonia oficial, como rito litúrgico en honor de un puñado de cenizas. Y añadiré algo más, otra cosa que pensé cuando la directora me invitó a tomar la palabra y me enseñó la plaquita (que por cierto necesitaba todavía no sé qué compostura). Y es ésta: ¿por qué ponerle el nombre de Raimundo Lida a una sola salita? ¿Por qué no llamar así a todo el Centro? Es cosa que suele hacerse. Sin salir de nuestro mundo geográfico y de nuestro campo de estudio, tenemos en Caracas un Instituto Andrés Bello, en Bogotá un Instituto Caro y Cuervo, en Buenos Aires un Instituto Amado Alonso, como partes de organismos más amplios: ¿Por qué no podría haber aquí un Centro Raimundo Lida como parte del Colegio de México? Sería un nombre no sólo más breve, más cómodo, más eufónico que Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, sino también más elocuente, más expresivo. Tampoco esto lo dije, tal vez por pensar que la idea adolece de irrealidad. Además, es muchísimo mejor *ser* Centro Raimundo Lida que sólo llamarse así. Y para serlo, basta amar nuestro trabajo como Raimundo Lida amaba el suyo, basta tener su dedicación, su concentración, su habilidad para encontrar lo jugoso, su tino para evitar, no ya lo efímero y lo falso, sino hasta lo mediano, lo no tan sólido. Así de simple. Muy bien, pues, la plaquita, con tal de que nunca se lea en ella: “Aquí yace Raimundo Lida; detente un segundo, oh caminante, y deséale buen descanso”, sino siempre, siempre: “Aquí sigue vivo Raimundo Lida”.

MIS “FORTUNAS Y ADVERSIDADES” EN EL COLEGIO DE MÉXICO, DE 1947 A 1962

Debe haber sido por abril o mayo de 1947 cuando don Daniel Cosío Villegas me dijo en el Fondo de Cultura Económica:¹ “Le tengo una buena noticia: eso que el Colegio de México no le pudo dar a usted cuando se vino de Guadalajara, ahora va a poder dárselo”. Así me anunció la venida de Raimundo Lida. Yo tenía una idea altísima del Instituto de Filología de Buenos Aires (algunas de sus publicaciones las conocí en Guadalajara, gracias a Juan José Arreola); pero esa idea era también muy vaga: no podía ni imaginar qué clase de cosas se hacen en un Instituto de Filología. Había leído el libro de Amado Alonso sobre Neruda, pero no había leído nada de Raimundo Lida. Lo que contaba, en esas palabras que Cosío me dijo en el Fondo, por abril o mayo

¹ Adonde me había llevado el propio Cosío a comienzos de 1946, después de haberme convencido de que era insensato continuar con la carrera de Leyes, que no me interesaba (cf. mi prólogo al libro homenaje *Extremos de México*). De hecho, durante 1946 y comienzos de 1947 fui alumno no muy regular de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; pero, desde el punto de vista de mi educación, fue muchísimo más valioso mi trabajo en el Fondo. La enseñanza de lengua y literatura en Filosofía y Letras era muy mortecina. En el Fondo, en cambio, todo era novedad y entusiasmo. ¡Esos españoles! Eugenio Ímaz, Joaquín Díez-Canedo, don Sindulfo de la Fuente, Julián Calvo, Luis Alaminos... En el Fondo bebí verdadera cultura. El Fondo fue mi verdadera preparación para lo que vino después, incluyendo la experiencia editorial y tipográfica. Cosío tenía buen ojo: sabía que yo sería un buen elemento en el “departamento técnico” del Fondo (y lo fui; fui por cierto el primer mexicano; el segundo sería Juan José Arreola); sabía que yo le sería útil a la empresa; pero también sabía que la empresa me sería útil a mí. Él, además, llevaba la voz cantante en el Colegio de México. Había una notable simbiosis entre el Colegio y el Fondo, un continuo flujo y reflujo.

de 1947, era que ese centro de actividad intelectual se trasladaba de Buenos Aires a México. Creo que Raimundo Lida llegó a México en junio de 1947. Y vale la pena explicar esta “creencia”. Mi primera actividad en el Centro de Estudios Filológicos² tiene que ver con la *NRFH*. Es seguro que Lida había traído de Buenos Aires la mayor parte de los materiales del número 1 (julio-sept.). Cuando me hizo ese encargo, seguramente el número 1 estaba ya en la imprenta. Lida fue el eslabón (de oro) entre el Instituto de Buenos Aires y el Colegio de México. Y su primera actividad fue la *continuación* de la *RFH* como *NRFH*. El último número de la *RFH* es de enero-junio de 1946. Siempre me ha parecido pasmoso el hecho de que entre éste y el primero de la *NRFH* no haya transcurrido sino un año. Y un año de mucho sacudimiento: Henríquez Ureña muerto, el Instituto suprimido, correspondencia entre México y Buenos Aires, planeación... Amado Alonso seguía siendo “director” de la *NRFH*, pero quien la *hacía* era Lida. Su primera tarea, como “eslabón”, no fue la pedagógica, sino la editorial. (Claro que Lida siempre era maestro. A sus primeros discípulos, en esos primeros meses, nos enseñó a hacer *esa* revista. Ejemplo: cuando le llevé mi traducción del artículo de Bertoldi, la leyó en mi presencia, pluma en mano, y me explicó cada detallito que se iba presentando; terminología, significado de las comillas simples, abreviaturas...) Lida tenía el don de *hacer trabajar a la gente*. Y, puesto que en enero de 1948, cuando comenzaron las clases, éramos ya diez o doce los alumnos, esto quiere decir que en los meses anteriores también se ocupaba Lida de cuestiones

² Estoy seguro de que este rótulo no comenzó a usarse sino tardíamente. Nunca hubo un papel membretado que dijera así. Éramos simplemente estudiantes del Colegio de México; si había necesidad de precisar, éramos “los filólogos”, o “los de Lida”.

de reclutamiento. Los dos primeros reclutas³ fueron Ernesto Mejía Sánchez (nicaragüense) y José Durand (peruano). Me hice amigo de ellos, naturalmente. Tema de conversación número uno: Raimundo Lida. Ellos, que lo trataban cotidianamente, me contaban cosas: sus respuestas inesperadas a ciertas preguntas, sus comentarios epigramáticos (comentarios que hace quien está *muy* seguro de lo que dice). El enorme saber de Raimundo Lida está íntimamente trabado con sus "peculiaridades" personales, con su idiosincrasia. (Cuando se reúnen dos personas que en alguna época tuvieron a Lida de maestro, inmediatamente comienzan las anécdotas.) Así, pues, cuando en enero de 1948 comencé a tratar asiduamente a Lida, ya hacía meses que lo conocía por su *fama*. Mejía Sánchez y Durand "se quejaban" (un poco en broma, claro) de lo mucho que tenían que hacer: cosas de la *NRFH*. Trabajaban los tres (ellos y Lida) en el estrechísimo local del Centro: el garage de la casa de Sevilla 30, donde estuvo el Colegio hasta fines de año. Había una mesa llena de papeles, y el escritorio de Lida, lleno también de papeles. Mejía tenía a su cargo las tarjetas de suscripción de la revista: las que había traído Lida de Buenos Aires y las que iban agregándose. Lida le encargó a Durand, para la sección de "Revista de Revistas", el resumen de varios artículos

³ Después de mí, por supuesto. Pero yo no estuve *en* el Colegio durante esos primeros meses: en el Fondo se me había encomendado la delicadísima tarea de preparar para la imprenta los originales de la segunda ed. de la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* de García Icazbalceta (que saldría a la luz en 1954). El benemérito y encantador Agustín Millares Carlo no era precisamente refinado en la presentación de sus originales. Hubiera sido un pequeño desastre pasarle a otro esa tarea, y Cosío mismo me pidió que me quedara en el Fondo hasta fin de año. (Mejor dicho: *dispuso* que así se hicieran las cosas.) De allí arranca el notable, efusivísimo cariño que siempre me tuvo Millares. (Dicho sea de paso, al tratar a Millares en el Fondo, ya estaba tratando a alguien del Colegio de México.)

del *Journal of the History of Ideas* (lo recuerdo bien porque Durand, cuyo inglés era muy elemental, me pidió ayuda). Hay que imaginar toda una serie de actividades análogas para entender cómo en esos seis meses, de julio a diciembre, salieron a la luz y se distribuyeron los dos primeros números de la *NRFH*. Yo no era aún becario (como lo eran Mejía y Durand), pero me alegro de haber contribuido ya con mi traducción de Bertoldi. Esos dos primeros números de la *NRFH* son una belleza: el papel es muy bueno, y la tipografía excelente. (Lo primero que tuvo que hacer Lida fue averiguar dónde había una imprenta capaz de hacer lo que hacía la de Buenos Aires; la que encontró fue la que tenía en Cuernavaca el Instituto Lingüístico de Verano.) No fue ésta la primera revista de filología que se hizo en México. Pocos años antes, Mariano Silva y Aceves había publicado varios volúmenes de *Investigaciones Lingüísticas*, revista de colaboración internacional (colaboradores suyos como Leo Spitzer y Helmut Hatzfeld, lo fueron asimismo de la *NRFH*). Pero ¡qué enorme diferencia en la presentación y en la tipografía! *Investigaciones Lingüísticas* es la típica revista de un país subdesarrollado. Los números iniciales de la *NRFH* son de categoría altísima: no tienen señales de torpeza ni de improvisación. Y no porque México se hubiera hecho entre tanto un país desarrollado, sino simplemente porque Lida fue un transplantador maravilloso. Ésas fueron las primeras señales que el Centro de Estudios Filológicos dio de su existencia. Vale la pena leer, en la última página del número 1, la primera de las “Noticias”: no se deplora allí la disolución del Instituto de Buenos Aires, sino que se dice: “Aquí estamos; no ha pasado nada”. Esos dos primeros números de la *NRFH*, hechos cuando aún no había clases en el Centro (aunque el número 2 puede haber salido de la imprenta a comienzos de 1948), son todo un símbolo. El

99% de la actividad del Centro entre julio y diciembre de 1947 fue actividad de Raimundo Lida.

Amado Alonso, por quien Lida tenía profundo respeto, estuvo unos días en México, seguramente a fines de agosto o principios de septiembre de ese año 1947 (antes de que comenzaran las clases en Harvard, su nuevo hogar) para "supervisar" las cosas. Recuerdo que dio una conferencia muy bonita sobre *El castigo sin venganza* de Lope de Vega. Por lo demás, me consta que la correspondencia entre Lida y Alonso era muy activa. (Alonso fue, hasta su muerte, el "director" de la *NRFH*, y Lida el "secretario". Claro que era Lida quien hacía las cosas, pero el título que ostentaba Alonso no era de adorno. En cambio, Alfonso Reyes sí fue director de adorno.) Amado Alonso hizo un segundo viaje a México, quizá en 1949. Creo que ya sabíamos (y él sabía) que le quedaba poco tiempo de vida: había no sé qué de gravedad y solemnidad en la manera como habló con nosotros, los estudiantes, uno por uno, informándose de nuestras investigaciones, de nuestros intereses, aconsejándonos, etc. Nos dio otra bonita conferencia, sobre la oda "A la música" de fray Luis de León. (Me llamó mucho la atención su honda fe religiosa, cosa que yo sentía, y siento, tan ajena a la "ciencia".) (Dedico este párrafo a Amado Alonso porque como la figura de Lida es tan gigantesca, desde el punto de vista del Centro de Filología, hay el peligro de olvidar el interés que él tuvo en su nacimiento y en sus primeros años de vida.)

En enero de 1948 ocurrió la gran novedad: las clases. Hablaré de los tres años (1948, 1949, 1950) en bloque. Es evidente que, al iniciarse los cursos, Lida tenía ya bastante hecho el "plan de estudios". Así como había averiguado dónde podía imprimirse la *NRFH*, así debe haber averiguado qué elementos humanos había en México para encargarles ciertos cursos. Pero debe haber

sido un plan completamente flexible, muy distinto de los que se usaban en Filosofía y Letras (primer año, primer semestre: Español I, Fonética, Latín I, Literatura medieval; segundo semestre: Español II..., etc.) o de los que se usaron posteriormente en el Centro.⁴ “Puesto que estamos en México, es bueno que haya cursos de literatura mexicana y cursos de lingüística mexicana (náhuatl, etc.). Para entender bien la historia de nuestra lengua y de nuestra literatura será conveniente un curso de historia medieval de España. Para la gramática histórica hace falta latín. ¡Y qué útil le es a un filólogo de estos tiempos saber alemán!” Cosas así debe haber pensado Lida. Y, en efecto, latín, alemán e historia medieval de España fueron de los primeros cursos que hubo. Pero los cursos de literatura mexicana no se dieron en un momento determinado, “cuando les tocaba”, sino cuando se pudo. No tenía importancia alguna si el curso de José Luis Martínez sobre literatura del siglo XIX se daba antes que el de Gabriel Méndez Plancarte sobre humanistas novohispanos. Para la mayor parte de los cursos, cualquier tiempo era bueno. A menudo intervenía la casualidad: puesto que Mariano Picón Salas vivía desterrado en México, era bueno invitarlo a que nos diera un curso sobre las cosas que eran de su competencia (o sea, no un curso estructurado, que se llamara “Literatura iberoamericana I”, sino algo nada técnico, y muy suelto); puesto que en 1950 estaba aquí Jorge Guillén —acompañando a su yerno Stephen Gilman en un semestre sabático—, había que pedirle un cursillo de poesía (y Guillén nos hizo lecturas muy hermosas de poetas del Siglo de

⁴ Los nuevos planes de estudio se hicieron en 1962, cuando el Colegio quedó facultado para impartir grados académicos. Los presentes apuntes no se refieren a esa época.

Oro); puesto que don Pedro Urbano González de la Calle había publicado estudios sobre el Brocense, había que aprovecharlo, y pedirle un curso sobre humanistas españoles.⁵

Algunos de los cursos fueron muy comunes y corrientes. No merecen ser destacados. Quiero decir que *a mí* no me dejaron gran cosa. Así el de historia medieval de España, con su rosario de nombres: Recesvinto y Wamba, y muchos Sanchos, Alfonsos y Fernandos. Lo único que recuerdo de este curso es la desmembración del califato en multitud de reinos de taifas (primera vez que oía esto). Siento que para cosas así lo mejor es tener a la mano un modesto manual de historia de España. Si ese curso lo hubiera dado Américo Castro, otro gallo nos cantara. Pero el Colegio era muy pobre, y no podía darse el lujo de traer profesores visitantes como Castro (o como Sánchez Albornoz). Se hacía lo que se podía. Pero otros cursos estuvieron muy por encima del nivel común y corriente, porque quienes los dieron eran entusiastas. Un entusiasta: Millares Carlo, que dio clases de latín y de paleografía. Yo no asistí a las primeras (porque ya sabía latín), pero me consta que eran tan animadas como las de paleografía; aprender paleografía con Millares era una aventura emocionante, un viaje de descubrimientos. Otro entusiasta: Eugenio Ímaz. En su curso de alemán, a la quinta o sexta clase, en lugar de estar practicando pronunciación o

⁵ Este curso fue "libre". Los asistentes fuimos poquísimos (entre ellos, Lida y yo). Don Pedro era muy difuso, y terriblemente aburrido. Fue el último de los refugiados españoles que formó parte del Colegio de México. Había estado antes en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, pero, descontento de lo que allí había, acudió al Colegio de México, donde fue acogido (era hombre de edad avanzada). En época posterior, a partir más o menos de 1954, don Pedro Urbano dio en el Centro, durante no pocos años, un curso de sánscrito al cual asistieron, con notable constancia, dos o tres aficionados de fuera del Colegio.

aprendiendo declinaciones, estábamos traduciendo a Hölderlin. Y otro: Wigberto Jiménez Moreno, que logró dar en su curso una idea clara de lo que es el náhuatl, y no sólo el náhuatl, sino también el otomí y el tarasco, ¡como de pilón!⁶ Pero todo lo anterior palidece frente a lo que fueron los cursos de Lida. La venida de Raimundo Lida al Colegio de México fue una bendición del cielo. (Hace tiempo leí una semblanza de Wittgenstein por alguien que fue alumno suyo: en un centenar de páginas dice cómo eran sus clases, cuenta anécdotas que expresan lo que él pensaba, y cómo lo pensaba. Yo podría hacer algo parecido con Lida. Lo que en estos apuntes digo va a estar comprimido hasta el máximo, para ajustarlo al ritmo del resto. Pero no podré evitar el énfasis.) No tuvimos —¡benditos sean los dioses!— un curso de fonética y fonología, otro de gramática histórica (morfología y sintaxis), otro de lingüística general, otro de filosofía del lenguaje, otro sobre el pensamiento de Platón, otro sobre mester de clerecía y mester

⁶ Esto me hace pensar en Morris Swadesh (o Mauricio Swadesh, como se hizo llamar en México). Si hubiera estado en México hacia 1948-1950 este notable discípulo de Sapir, no me cabe duda de que Lida le habría pedido un curso. (Lida era gran admirador de Sapir. Y, como asesor que fue del FCE durante mucho tiempo en materias de lengua y literatura, fue él quien sugirió la traducción de *Language*, obra maestra de Sapir; traducción que hicimos entre Margit Frenk y yo.) (Obsérvese, de paso, la relación Colegio-Fondo.) Swadesh vino a México huyendo de la persecución maccarthista. Alcanzó a ser, aquí, interlocutor de Lida en 1952-1953, antes de que Lida se fuera a Harvard. Fue entonces cuando lo conocí. (En años posteriores, Swadesh, asiduo visitante de la biblioteca del Colegio, solía platicar conmigo de sus cosas.) Y, ya que estoy en esto, hablaré de una idea de Lida que no pudo realizarse (probablemente hubo otras así): él “soñaba” una investigación conjunta de hispanistas (nosotros) e indigenistas (la gente del INAH sobre todo) acerca de “la realidad lingüística de México”, para decirlo pomposamente: claro que a esa “realidad” se llegaría después de mucho tiempo; lo importante era comenzar, lo importante era instaurar la colaboración. Esto nunca pudo hacerse.

de juglaría, otro sobre Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez. Fue todo esto *un solo curso*, dado a lo largo de tres años. Y el catedrático único de ese curso fue Raimundo Lida.⁷ “Estudiar en sus clases la historia de la lengua en los siglos XII y XIII era lo mismo que enseñarse a amar el *Cantar de mio Cid* y los poemas de Gonzalo de Berceo”, digo en *Los 1,001 años de la lengua española*. Lengua y pensamiento, lengua y expresión: tal era el núcleo de su magisterio. Nos hizo unas inolvidables lecturas comentadas de varios *Diálogos* de Platón (sobre todo el *Fedro* y el *Banquete*); nos introdujo a Herder y a Wilhelm von Humboldt, a Saussure y a Bally, a Bergson y a Santayana, a Croce y a Vossler; nos habló de las doctrinas elaboradas en los grandes “círculos lingüísticos” europeos y, traduciendo a libro abierto *Das literarische Kunstwerk* de Roman Ingarden, nos leyó los pasajes más representativos de sus ideas.

En mi discursito “Sobre Raimundo Lida”, impreso en un anexo al tomo 33 de la *NRFH* (1984),⁸ metí una reflexión sobre la amplitud y complejidad del moderno CELL, que ocupa muchos metros cuadrados del edificio del Colegio: aquí la dirección, la secretaría, la coordinación del Centro, más allá las oficinas de la *NRFH*, por otro lado los cubículos, por otro lado los salones de clase, etc. Pues bien: en “tiempos de Raimundo Lida estas diversas partes del Centro, ahora *disiecta membra*, eran una sola cosa, un cuerpo. Cabíamos todos en las tres estancias (una grande y dos chicas) del

⁷ Por deferencia a don Alfonso Reyes, Lida quiso que él nos diera un curso de teoría literaria. Me consta que lo presionó, y al fin don Alfonso accedió, pero fue evidente que dio ese curso (breve) de muy mala gana, leyendo cosas de *El deslinde*. Donde yo aprendí teoría literaria fue en ese curso único y unitario de Lida: la teoría literaria era uno de sus muchos “ingredientes”.

⁸ Reproducido aquí, pp. 41-45.

tercero y último piso de Nápoles número cinco”.⁹ Calculo que serían en total unos 60 metros cuadrados. Una de las estancias chicas era la oficina de Lida, separada de la grande por una pared de cartón, cuya puerta estaba siempre abierta. La otra estancia chica era la oficina de la *NRFH*. Todas las actividades del Centro tenían lugar en la estancia grande: allí teníamos clases, allí leíamos, allí trabajábamos en nuestras investigaciones. Y Lida estaba siempre presente, aunque lo viéramos, por la puerta, absorto en sus cosas. Lo que me dicen mis recuerdos es que *todos* los días, a lo largo de *todos* estos tres años, se sentó Lida, con nosotros, en una de las sillas que había en torno a la mesa; tengo la impresión de que siempre tuvimos o clase o seminario con él. Si me equivoco, es a causa de esa *convivencia* que he tratado de describir, y que es, para mí, el hecho más importante de esos primeros tres años de vida del CELL. ¡Qué generosidad de Lida! ¡Qué manera de entregarnos su tiempo! Lo que tuvimos los “filólogos” en esos tres años fue un *ambiente* privilegiado. Lida nunca perdió su fama de exigente, de severo (nunca se callaba cuando se topaba con la estupidez o con la improvisación), pero lo que reinaba era un espíritu de cordialidad, de alegría, de entusiasmo. Había buen humor. Éramos una familia muy activa y muy feliz.¹⁰

⁹ El traslado de la casa anterior (Sevilla 30) a Nápoles 5 debe haberse hecho en diciembre de 1947. En una historia anecdótica del CELL no puede faltar el episodio de la llegada del becario peruano Javier Sologuren a Sevilla 30 cuando hacía apenas unos cuantos días que el Colegio ya no estaba allí. Lo que había en su lugar era ¡un burdel!

¹⁰ Otra cosa que pertenece a la historia de estos años iniciales del Centro: las excursiones, a veces de un día (Tenayuca, Teotihuacán), a veces de varios (Puebla y Oaxaca, con Yanhuitlán y Tonantzintla; Guadalajara y el Bajío). Maravillosa idea de Cosío. Porque nos acompañaba un experto (Armillas en Teotihuacán, Gonzalo Obregón en Puebla, etc.): eran excursiones instructivas, además de placenteras. ¡Y cómo las gozaba Lida! (El Colegio pagaba hoteles y comidas.)

Ya he contado el aplaudido chiste que hizo Joaquín Díez-Canedo: nos aplicó el título del libro de José Moreno Villa sobre "locos, enanos y niños palacios". (Obsérvese lo mucho que este chiste dice acerca de la relación entre el Colegio y el Fondo.) Más bobo, por obvio, era el chiste de que parecíamos Cristo y sus apóstoles. En efecto, éramos doce los discípulos de Lida: seis mexicanos y seis latinoamericanos. (Obsérvese la proporción.)¹¹ Había dos argentinos (Sonia Henríquez Ureña y Roy Bartholomew), dos peruanos (José Durand y Javier Sologuren) y dos centroamericanos (Ernesto Mejía Sánchez, de Nicaragua, y Addy Salas, de Costa Rica). Los mexicanos éramos Víctor Adib, Berta Espinosa, Ricardo Garibay, Jorge Hernández Campos, Carlos Villegas y yo. A los doce se agregó Margit Frenk a comienzos de 1949, pero no como estudiante, pues acababa de obtener su maestría en Berkeley, sino como investigadora, y no asistía a las clases, pero sí a los seminarios. Hubo algunos seminarios "menores", como el de Bibliografía, dirigido por Millares Carlo,¹² pero sobre todo dos seminarios

¹¹ Este capítulo pertenece a la historia general del Colegio. El Colegio no sólo tenía abierta la puerta a los estudiantes latinoamericanos, sino que se las ingeniaba para notificar que esa puerta estaba abierta. Este latinoamericanismo es uno de los rasgos más distintivos del Colegio en sus primeros tiempos. (Limitándome a los filólogos, es interesante la comparación con el Instituto de Filología de Buenos Aires: fuera de Marcos Morínigo, paraguayo, creo que allí todos eran argentinos.) Ése era el espíritu. En tiempos posteriores, el Colegio destinó sus becas exclusivamente a estudiantes mexicanos, siendo yo director del CELL, los solicitantes latinoamericanos tenían que tratar de conseguir, por su cuenta, una beca de la OEA. En 1948-50 no había ninguna discriminación.

¹² La meta era compilar una bibliografía de y sobre fray Bartolomé de las Casas. Los materiales (libros y artículos) los llevaba Millares, y los estudiantes los "despojábamos" y meticulosamente hacíamos fichas. El seminario duró quizá un año. La bibliografía quedó incompleta (espero que lo que hicimos le haya sido útil a Millares), pero el adiestramiento fue de primer orden.

“mayores”, que se prolongaron por mucho tiempo, dirigidos los dos por Lida: uno de materia lingüística y otro de materia literaria. Cada uno de nosotros, por turno, daba cuenta, en esos seminarios, del estado de la investigación que había emprendido. Pondré como ejemplo mis dos investigaciones, para dar una idea del asunto. Lida conversó conmigo acerca de mis intereses: ¿qué tema lingüístico y qué tema literario me gustaría estudiar? El primero fue el más fácil de encontrar: el habla de Autlán, Jalisco (donde yo nací). La elección del otro se debió al azar: yo acababa de hacer mi traducción de las *Heroidas* de Ovidio, en cuyo prólogo menciono a Alfonso el Sabio. Lida debe haberme dicho: “¿Por qué no estudia usted a Alfonso el Sabio como traductor de los clásicos latinos?” El caso es que trabajé sobre la *General estoria* atendiendo sobre todo a la forma española que Alfonso el Sabio dio a los nombres propios latinos. De manera parecida eligieron mis compañeros, cada uno, sus dos temas. Javier Sologuren, por ejemplo, trabajó sobre lenguaje peruano (designaciones del negro, del cholo, etc., y fórmulas de tratamiento). Recuerdo más los temas literarios: místicos españoles (Ricardo Garibay), el Inca Garcilaso (José Durand), fray Miguel de Guevara (Víctor Adib), Sarmiento (Sonia Henríquez Ureña), Rubén Darío (Ernesto Mejía Sánchez).

En una forma o en otra, todos teníamos que ver con la *NRFH*. He dicho que una de las estancias chicas de nuestro local era “oficina” de la *NRFH*. Allí había una mesita y dos sillas, donde corregíamos, entre dos, las pruebas de imprenta de la *NRFH* (experiencia que nos tocó a todos). Allí estaba el tarjetero de las suscripciones, y allí se etiquetaban los números de la *NRFH* que iban saliendo. O sea que el departamento de distribución éramos nosotros mismos. Y lo más interesante es que varios de los estudiantes fuimos *colaboradores* de la revista. Veo los volúmenes I a IV (1947-1950) y

encuentro: A) "Revista de Revistas": Méjía Sánchez I:2, Durand I:2, Adib II:4, Carlos Villegas II:4 y Margit Frenk IV:2; B) Reseñas de libros: Durand II:2, IV:1 y V:3, Adib III:1, IV:1 y IV:4, Jorge Hernández Campos III:2, Bartholomew III:2, Mejía Sánchez III:2, Margit Frenk IV:2, y Addy Salas IV:2; C) Artículos y notas: Durand II:3, III:3 y IV:3, Mejía Sánchez II:4, y yo III:2. A lo anterior hay que añadir dos artículos, frutos del seminario de lingüística de estos años, que se publicaron más tarde: el de Margit Frenk sobre "designaciones de rasgos físicos en el habla de la ciudad de México", VII:2 (1953), y el de Javier Sologuren sobre "Fórmulas de tratamiento en el Perú", VIII:3 (1954). (En cambio mi investigación sobre "El habla de Autlán" y mi investigación sobre "Fuentes clásicas de la *General estoria*" no cuajaron en nada.)

¿Y qué fue de esos doce (o de esos trece, contando a Margit Frenk)? Para contestar esta pregunta hay que tener en cuenta dos cosas. La primera es ésta: el subsidio de la Fundación Rockefeller se terminó en 1952. Fue un subsidio que se dio para el "lanzamiento" del Centro (y de la *NRFH*). Se entendía que a partir de 1952 el Colegio se haría cargo de todo. Pero el Colegio era muy pobre. En el Centro actual, cada tres años entra una nueva generación de estudiantes. En el de entonces no ocurrió así. En 1951 no comenzó su ciclo de tres años ninguna nueva docena de estudiantes. El Colegio no tenía dinero. Esto habría que investigarlo con más cuidado, pero yo creo que si lo de 1948-1950 no volvió a repetirse, fue por la "ausencia" de Cosío Villegas.¹³ La

¹³ En 1949-50, cuando hubiera debido hacerse la lucha para conseguir fondos nuevos, Cosío dedicaba todas sus energías a su *Historia de México*. (En 1948-1949 Cosío se reunió varias veces con nosotros para saber cómo iba la cosa, qué sentíamos de la carrera que estábamos emprendiendo, etc. Como si hubiera querido, antes de desentenderse de la administración del Colegio, asegurarse de que el Centro de

segunda cosa que hay que tener en cuenta es que el Colegio no daba grados académicos. No había exámenes generales. No había tesis. Después de los tres años de clases, no había ya ninguna “liga” con el Colegio. Cada cual se fue por su lado. La mayoría abandonó la carrera filológica y se dedicó a otras cosas. Después de su brillante iniciación en la *NRFH*, Adib se hizo funcionario de la OEA, y Hernández Campos funcionario de la FAO. (Pero hace años, hablando con Hernández Campos y con Ricardo Garibay, me dijeron los dos, muy enfáticamente, que el magisterio de Lida los había dejado marcados.) Sologuren se fue a la Universidad de Lund como “lector”, y estuvo allí no pocos años antes de volver a Lima; Durand regresó al Perú: seguramente fue profesor

Filología marchaba bien.) Don Alfonso era un hombre ya cansado, y el secretario del Colegio, Manuel Calvillo, no era de temperamento activo. El hecho es que cuando Cosío, años después, sucedió a don Alfonso como presidente del Colegio, volvió a haber fondos. La generación que siguió a la de 1948-1950 fue la de 1963-1966. Alguna actividad hubo entre tanto, como luego se verá, pero muy exígua en comparación con la de los tres primeros años. La *NRFH* estuvo en peligro de muerte: le resultaba muy cara al Colegio. Seis volúmenes (del III al VIII) llevan doble pie editorial: El Colegio de México y Harvard University, no sólo porque en Harvard estaba el director, Amado Alonso, sino también porque Alonso había creado en Harvard un fondo de ayuda económica (fondo privado: Harvard en cuanto institución no dio ni un centavo). Este reconocimiento a Harvard se siguió dando después de la muerte de Alonso, y cuando hacía tiempo que se había acabado ese fondo. En los vols. XII-XV (1958-61) aparece la Universidad de Texas en vez de Harvard: señal del interés de los profesores del Departamento de Lenguas Romances de Austin por la *NRFH*, y de su buena voluntad de contribuir a su sostenimiento; pero la buena voluntad nunca se tradujo en hechos (dificultades administrativas). Finalmente, los vols. XVI-XVIII tienen este doble pie editorial: Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, El Colegio de México (fue cuando el Centro estrenó este nombre) y Facultad de Humanidades, Universidad Central de Venezuela: señal del interés y buena voluntad de Ángel Rosenblat (colega de Lida en Buenos Aires); historia igual a la de Texas: nunca recibimos un centavo.

en San Marcos antes de serlo en Francia y luego en los Estados Unidos; Mejía consiguió una beca de Cultura Hispánica y estuvo un año o más en Madrid; después fue profesor en la UNAM. Los únicos que mantuvimos una "liga" con el Colegio fuimos Margit Frenk y yo. En noviembre de 1950, con la beca que el Colegio nos ofreció, nos fuimos a Europa, no para hacer estudios de "posgrado", naturalmente, sino para continuar, en verdaderas bibliotecas, nuestras respectivas investigaciones: ella sobre la lírica popular de los Siglos de Oro, y yo sobre las influencias clásicas en las literaturas hispánicas.¹⁴

Este viaje a Europa, que duró cerca de dos años, sirve de transición perfecta para la segunda parte de mi relato. Mis lazos con el Colegio eran las cartas de Lida y los números de la *NRFH* que me iban llegando. Las cartas de Lida fueron siempre muy concisas (epigramáticas casi). Nunca supe qué cosas sucedían en el Centro. En el último número de 1951 (V:4) vi una reseña de Carlos Blanco Aguinaga: primera noticia que tuve de él. A decir verdad, tampoco me preocupé por saber el estado de cosas. Me hundí en la lectura y me dediqué a tomar apuntes de infinidad de libros.

El viaje duró menos de lo previsto. Se nos había dicho que la beca de estudios en Europa duraría, en principio, dos años (y se entendía que, si al cabo de los dos años había necesidad de una prolongación, no habría problema). Pero hacia mayo de 1952 me llegó una carta en que Lida me decía, muy apenado,

¹⁴ Estuvimos en París y en Madrid. En París asistimos a los cursos de Marcel Bataillon en el Collège de France, y yo asistí en la Sorbona al curso de Raymond Lebègue sobre influencias clásicas en la literatura francesa. Pero el grueso del tiempo lo pasamos en las bibliotecas. También, en viajes rápidos, vimos manuscritos españoles en bibliotecas de Nápoles, de Florencia y de Viena.

que yo tenía que regresar a México porque el Colegio me necesitaba.¹⁵

Regresamos Margit Frenk y yo a México en agosto de 1952. Lo primero que ocurrió fue la “transmisión” de la *NRFH*: en adelante, el encargado de *hacerla* sería yo. Lo segundo, o sea la “transmisión” de la dirección del Centro de Estudios Filológicos, ocurrió insensiblemente. Al marcharse Lida (a mediados de 1953), quedé convertido en director. Director ¿de qué? De hecho, no había ya tal Centro. No había cursos ni seminarios. No había estudiantes. Lida daba un curso en la Facultad de Filosofía y Letras. Uno de sus alumnos era Carlos Blanco, que tenía una beca del Colegio de México. También tenía beca Tomás Segovia. También Alejandro Rossi y Tomás Acosta (peruano). Blanco, Segovia y Rossi frecuentaban el Colegio y disfrutaban el magisterio de Lida en la misma forma en que yo lo había disfrutado y seguía disfrutando. Muchos otros acudían al Colegio a hablar con Lida. Recuerdo a Morris Swadesh, recuerdo a Elí de Gortari. Pero no puede decirse que aquello fuera un “centro de estudios”. De hecho, Lida se fue de México con la idea de que en cualquier momento podrían desaparecer, por falta de

¹⁵ A la carta de Lida se añadió, por los mismos días, otra de Cosío Villegas en que me decía lo mismo. Supongo que Harvard invitó a Lida inmediatamente después de la muerte de Amado Alonso (era su sucesor obligado). Supongo que Lida no vaciló ni un momento. Y supongo que habló con don Alfonso, y que los dos creyeron que era bueno que yo me ocupara del Centro y de la *NRFH*, y que Cosío lo supo, y, como acababa de iniciar la publicación de la revista *Historia Mexicana* y quería ponerla en manos de alguien con buena experiencia editorial (como yo), aprovechó la coyuntura para apresurar mi regreso. (Yo me encargué de la edición de *Historia Mexicana* desde oct.-dic. de 1952 hasta oct.-dic. de 1959. Mi nombre no figura, ni tenía por qué figurar: era un trabajo que yo hacía como particular, no pagado por el Colegio, sino por Cosío.)

dinero, el Centro y la *NRFH*. El hilo de vida era muy delgado. En una de sus primeras cartas de Harvard, preocupado por mi futuro, y convencido de que yo tendría que dar con mis huesos —como él— en una universidad norteamericana, me dijo memorablemente: "Doctórese pronto y mal". Para ese futuro me hacía falta el doctorado.¹⁶

A primera vista, la vida del Centro a partir de 1953 (cuando quedé hecho director) fue la misma que había tenido en 1951-52, los años de transición sin "salón de clase" y sin programa. Había un Centro de Filología que publicaba una revista de filología. Había algunos investigadores y todo el tiempo hubo unos pocos becarios. Lo que fueron Blanco, Segovia y Rossi en esos años, lo fueron después Estrella Cortichs, Huberto Batis, Arturo Cantú, Emmanuel Carballo, Tomás Acosta, Paloma Castro Leal, Jacobo Chencinsky, Yvette Jiménez, Eugenia Miquel, Beatriz Molina, Augusto Monterroso, Angelina Muñiz, Concepción Murillo de Dávalos, Paciencia Ontañón de Lope, José Pascual Buxó, Heidi Pereña Gili, Estela Ruiz Milán de Villoro, Carlos Valdés, Humberto Valdés: gente deseosa de hacer algo en el campo de la investigación lingüística y de la investigación literaria. Sí, pero yo no fui lo que fue Lida. Digo esto muy objetivamente. Se trata de un hecho. Y este hecho es *capital* para entender históricamente los *diez* años de vida del Centro que van de 1953 a 1962.

¹⁶ A muchos jóvenes les he aconsejado que se doctoren "pronto y mal"; o sea: que se sometan a esa lata sin tomarla muy en serio; los trabajos valiosos, si es que va a haberlos, vendrán después, tranquilamente, sin presiones. De hecho, yo traté de hacerle caso a Lida. Pedí que el Colegio mandara a la UNAM el certificado de mis estudios y solicitara mi revalidación, y entre mis papeles conservo, como curiosidad, la revalidación acordada por la Comisión de Revalidación de la UNAM el 16 de marzo de 1954. Pero no pasó de allí la cosa. Yo ejerzo sin título.

En 1953 se incorporaron al Centro dos activísimos investigadores: Juan M. Lope Blanch y Emma Susana Speratti Piñero.¹⁷ Lope Blanch, español, discípulo de Rafael Lapesa, había venido a México a recoger materiales para su tesis de la Universidad de Madrid, pero echó raíces aquí, y aquí se quedó; aunque no miembro del Colegio de México, trabajó incansablemente para el Centro. Emma Speratti, argentina, discípula de Amado Alonso, vino a México para quedarse; su entusiasmo y su humor fueron una gran inyección de vida; desgraciadamente se nos fue (primero a San Luis Potosí, después a Hermosillo y finalmente a los Estados Unidos).

En las tardes de los miércoles nos reuníamos todos, “profesores” y “estudiantes”, para dar cuenta de los avances que hubiera en la redacción de trabajos destinados a la *NRFH*. Emma Speratti, por ejemplo, nos leía una reseña que acababa de escribir, y los demás le hacíamos observaciones: “Tal cosa no queda muy clara”, “En tal lugar hay dos adverbios en *-mente* muy seguidos”, etc. O bien, Carlos Valdés leía lo hecho para la sección “Revista de Revistas” (resúmenes de artículos), y nosotros lo criticábamos: “Ese resumen está bien, pero se puede abreviar”, etc. Todo cuanto profesores y estudiantes publicamos en la *NRFH* —y en otros lugares a veces— fue leído y pulido previamente en esas juntas de los miércoles, el par de horas en que cada semana daba el Centro una muestra visible de su existencia. La costumbre se mantuvo durante algunos años después de 1962. Por cierto que a veces había miércoles en que nadie llevaba nada que leer.¹⁸

¹⁷ Véase la semblanza de esta última aquí mismo, pp. 71-75.

¹⁸ A partir de 1956, uno de los asistentes —no muy asiduo— fue Ernesto Mejía Sánchez. Yo pensé que si acudía a nuestras juntas era “por amor al arte” (para ayudar a mantener el espíritu de Lida). Pero en 1961 me vine a enterar de que figuraba, con

En verdad, durante esos años la niña de mis ojos fue la *NRFH*. Puedo asegurar que le dediqué más atención que el propio Lida. Decir esto suena muy positivo, pero no lo es. Esa atención puede calificarse, muy objetivamente, de enfermiza. Lida supo delegar muchas cosas. Yo no delegué ninguna. Dejaba a veces que la corrección de galeras la hicieran los becarios, para que se enseñaran, y pacientemente les señalaba las erratas que se les habían escapado, para que fueran aprendiendo; pero luego leía yo esas mismas galeras, y las primeras pruebas, y las segundas y terceras. Corregía el estilo de los originales que llegaban; traducía los que no venían en español; mantenía correspondencia (jamás tuve secretaria) con los autores para preguntarles unas cosas, para sugerirles otras. ¡Y esa Bibliografía, que Millares Carlo ponía por las nubes, llamándola "Metabibliografía"! En su delicado proceso no interveníamos sino dos personas: la que recibía los materiales marcados y hacía a máquina las fichas, y yo, que me ocupaba de la ordenación y lo demás.

Nunca he tenido madera de organizador, de administrador, de "ejecutivo". Tal vez no esté muy equivocado si digo que el Centro funcionaba, básicamente, por la fuerza de la inercia. Siempre me sentí un "encargado provisional", colocado como director por pura casualidad. Lo que hizo Lida en 1947-50 fue "improvisar" (las cosas que aquí emprendió eran muy distintas de las que había hecho en Buenos Aires, y más complejas). Pero yo, que me beneficié de su magisterio, nunca inventé nada. "Si yo pude, usted

una cantidad respetable, en la nómina del Colegio, y que Cosío Villegas, sucesor de don Alfonso, le había retirado esa especie de sinecura en vista de que, desde años atrás, era profesor de tiempo completo en la UNAM. Así acabó la relación de Mejía con el Centro —y conmigo. (Hoy sería imposible que alguien apareciera como miembro del Colegio sin que lo supiera el director del Centro respectivo.)

podrá”, me dijo él al irse a Harvard en 1953. La verdad monda y lironda es que estuve muy lejos de poder lo que él pudo.

Siempre tuve —eso sí— conciencia de mis límites. Y en tres ocasiones vi, con gran alegría, la posibilidad de ser sustituido por un verdadero director.

Primera ocasión: el gran lingüista Antonio Tovar le escribe a Millares Carlo: quiere dejar Salamanca y venirse a México, y pregunta si habrá lugar para él en el Centro. Le doy el notición a Lida, y Lida me contesta: “¡Pero cómo! ¿Tovar en el Colegio de México? ¿Ese fascista que sirvió de intérprete en una entrevista de Hitler con Franco?” (Yo no sabía nada de esto.)

Segunda ocasión: el Dr. Arnald Steiger, romanista suizo de prestigio internacional (y especializado en Alfonso el Sabio y otros temas medievales españoles), me escribe: quiere venirse a México. No hay objeción de Lida, y durante largos meses me ocupo del asunto y mantengo una activa correspondencia con Steiger a propósito de mil cuestiones suscitadas por él, comenzando con su situación migratoria y su seguro social, pues quiere venir para quedarse, y traerá consigo su biblioteca. Las autoridades del Colegio prometen darle el mejor sueldo posible; pero, al cabo de no mucho tiempo, Steiger se murió. (Después supe, con alivio, que nos libramos de un personaje muy conflictivo. Si Steiger quiso venir a México fue porque se hizo *persona non grata* en el mundo académico de Suiza. No supe por qué eligió a México y no a España.)

Tercera ocasión: me escribe Alonso Zamora Vicente, activo filólogo español, autor de estudios lingüísticos y de estudios literarios, desde Buenos Aires (donde ha sucedido a Amado Alonso): quiere venirse a México, etc. A Lida le parece bien. ¡Y esta vez sí sucedió! Zamora Vicente y su mujer, la lingüista María Josefa Cancellada, fueron miembros del Colegio desde fines de 1959 hasta

finis de 1960. En este año de 1960 tuve yo la beca Guggenheim. ¡Con qué sensación de alivio me fui a los Estados Unidos, a "trabajar" sobre todo en la biblioteca de la Hispanic Society (Nueva York), en la de Harvard y en la de Boston, poseedora de la Ticknor Collection!

En 1959 se había recibido un nuevo subsidio de la fundación Rockefeller (gracias al cual se les pagó el viaje a los Zamora Vicente). Ingresaron algunos nuevos becarios, y los cursos se hicieron más o menos normales. Durante 1960, desde Nueva York y Boston, no me ocupé más que de la *NRFH* (revisión de originales, corrección de pruebas, etc., todo por correo). El Centro, según yo, quedaba navegando viento en popa. ¡Ay, cómo me engañaba! A mi regreso, a fines del año, la situación era desoladora. Nunca traté de averiguar qué fue, exactamente, el origen del conflicto. Hubiera tenido que meterme en el terreno de los dimes y diretes, cosa que aborrezco. Dejo que eso se aclare el Día del Juicio. Hay que tener en cuenta que a Zamora Vicente le ofrecieron, en el curso del año, no sé qué puesto académico en España; esto puede explicar su —digamos— no mucho interés por la vida del Centro. El caso es que yo tuve que seguir doce años más como director.

En 1962, cuando el presidente López Mateos facultó al Colegio para otorgar grados universitarios, se inició en el Centro la "formalización" que prevalece hasta el día de hoy: entre Margit, Lope Blanch y yo elaboramos unos miríficos planes de estudio para *un* señor doctorado en literatura y lingüística —planes que posteriormente hubo que "rebajar" en virtud de las lecciones de realismo que suele dar la práctica. Y por fin, en 1972, el presidente del Colegio aceptó que me sustituyera Margit Frenk, la cual le dio al Centro la clase de atención que, por angas o por mangas,

yo no le di. Pero esto se sale ya del límite de 1962 que tiene el presente relato.

Tres cosas para terminar. Primera, los libros editados por el Colegio de México como “publicaciones de la *NRFH*”. (Estos libros iban a llamarse “anejos”, nombre heredado de los anejos de la *RFE* y de los anejos de la *RFH*; a don Alfonso no le gustó ese nombre: hizo un chiste sobre anexo-anejo y conexo-conejo.) La primera gran “publicación” de la *NRFH* fue el libro de María Rosa Lida sobre Juan de Mena (yo hice la corrección final de las pruebas). Siguieron el de Stephen Gilman sobre Cervantes y Avellaneda, el de Vicente Llorens sobre liberales y románticos, el de Carlos Blanco sobre el Unamuno contemplativo, el de Emma Speratti sobre Valle-Inclán (estos últimos se publicaron en mis tiempos).

La segunda cosa se refiere también a libros, pero es diferente. En el caso de las “publicaciones de la *NRFH*”, se trataba de iniciativas del Centro. La historia de los otros libros es muy distinta. Lo explicaré con un caso típico. Cierta profesor norteamericano me dice que ha hecho una edición de las *Metamorfosis a lo moderno* de Francisco de Castro, y que si nosotros queremos publicársela, su Universidad paga todo; se lo digo a don Alfonso, y él acepta. (Las *Metamorfosis a lo moderno*, cuya única edición era de 1641, son una simple curiosidad filológica; el prólogo del editor, cuyo nombre olvido,¹⁹ no dice gran cosa porque no hay mucho que decir; yo lo retoqué y lo corregí, porque era bastante torpe. El librito salió bien. ¿Se habrá agotado la edición?) De esta manera se publicaron no sé cuántos libros. Creo que el primero que se

¹⁹ De todos los libros aquí mencionados, el único que poseo es el de María Rosa Lida sobre Juan de Mena. Curioso despego o desinterés mío: nunca he hecho la lucha por conseguirlos, a pesar de que en todos, o casi, empleé pedazos de mi vida (corrigiendo las pruebas por ejemplo).

hizo en esas condiciones (en tiempos de Lida) fue la colección de artículos periodísticos de Valle-Inclán editada por William Fichter, de Brown University. Recuerdo éstos: el de Domingo Ricart sobre la influencia religiosa de Juan de Valdés (buen libro), los documentos gongorinos publicados por Eunice Joiner Gates (obra importante) y, sobre todo, los de José F. Montesinos sobre Lope de Vega, sobre Pereda y sobre Fernán Caballero. La Universidad norteamericana respectiva pagaba todo el costo y recibía el 50% de los ejemplares; el otro 50%, limpio de polvo y paja, se quedaba en el Colegio. (¿Quedarán ejemplares en la bodega del Colegio?) Se puede plantear la cuestión de si esos libros fueron publicados por el Centro de Estudios Filológicos. En realidad fueron publicados por el Colegio de México. Pero el Colegio no va a protestar si el CELL actual se los apropia y los pone en la lista de "sus" publicaciones (y tampoco protestará si en esa lista se ponen todos los libros de tema literario publicados por el Colegio desde que era Casa de España en México, incluyendo el *Cancionero de Upsala*). La cuestióncita terminológica o taxonómica no tiene importancia.²⁰

La tercera cosa se refiere a las conferencias. Los inicios de esta costumbre, en tiempos de Lida, fueron brillantes. He hablado de las conferencias de Amado Alonso. Añado las de Dámaso Alonso, Marcel Bataillon y María Rosa Lida. Las de mis tiempos no fueron muchas ni muy brillantes. De todas maneras, eran una especie de señal de vida del Centro.

²⁰ Recuerdo de última hora: la *Ortografía* de Mateo Alemán publicada por José Rojas Garcidueñas, obra importante (que tampoco poseo); pertenece a la época de Lida. Espero que mis olvidos, en este terreno, sean fáciles de remediar.

EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO
(1919-1990)

Emma Speratti, nacida en Buenos Aires, hizo su formación en la Escuela Normal de Profesores y se dedicó en un principio a la enseñanza secundaria, pero muy pronto se dio maña para sumarse al brillante grupo de estudiosos que capitaneaba Amado Alonso en el Instituto de Filología, donde fue discípula de Pedro Henríquez Ureña y de Raimundo y María Rosa Lida. Mi amistad con ella se inició en enero de 1952, en Madrid, donde los dos estábamos entregados en cuerpo y alma a la investigación. Era una mujer de armazón sólida, muy trabajadora y entusiasta, y de muy buen humor.¹ Allí, en Madrid, me comunicó su deseo de venir a México: por una parte, sentía que el mundo se le cerraba en Buenos Aires (casi todos sus maestros y colegas habían emigrado); por otra, quería conocer este país donde don Ramón del Valle-Inclán, objeto de sus estudiosos afanes, había estado en dos ocasiones. Y muy pronto se le cumplió su deseo. El Colegio de México le ofreció una beca (muy modesta), y Emma abandonó para siempre su patria. En 1953 se trasladó a México con sólo dos maletas: en

¹ Era algo “morocha”, como dicen los argentinos. Julio Cortázar, amigo suyo, le decía “la Negra de Flores” (por el barrio de Buenos Aires en que vivía). Yo también le hacía bromas. Recordando que María Rosa Lida se ufanaba de que su nombre de casada, “María Rosa Lida *de Malkiel*”, era un perfecto endecasílabo agudo —de acentuación análoga a la de “Amor, Amor, un hábito vesti”—, le decía a Emma que el suyo, “Emma Susana Speratti Piñero”, era un perfecto endecasílabo de gaita gallega —análogo a “Tanto bailé con el ama del cura”—, y le proponía que se añadiera un tercer apellido para formar un perfectísimo hexámetro dactílico: “Émma Susána Sperátti Piñéro y *Beláusteguigóitia*” = “Ínclitas rázas ubérrimas, sángre de Hispánia fecúnda”. Ella gozaba con esas bromas.

una su ropa y sus cosas, y en la otra, la más panzuda, sus libros y papeles.

Los doce años de México (1953-1965) fueron notablemente fecundos: de los 78 números que comprende la lista de sus publicaciones, 55 corresponden a la etapa mexicana. En 1955 obtuvo en la Universidad Nacional Autónoma, *summa cum laude*, el título de Doctora en Letras con una tesis que luego se convirtió en el libro de 1957, *La elaboración artística en "Tirano Bandejas"*. Aparte de las tareas que realizaba en el Colegio de México, tuvo muchos otros quehaceres: fue profesora de literatura en el Mexico City College, ahora Universidad de las Américas; tradujo, *pro pane lucrando*, seis libros del inglés y del francés, comenzando con *Los rollos del Mar Muerto* de Edmund Wilson. Alternaba sus estudios eruditos —por ejemplo las “crono-bibliografías” de Horacio Quiroga y de Pedro Henríquez Ureña— con notas críticas de palpitante actualidad. Se interesó mucho en la literatura femenina (Rosario Castellanos, Concha Urquiza, Ángela Figuera, Josefina Vicens, Elena Garro). Su “Carta abierta a Carlos Fuentes”, publicada en abril de 1958, fue la primera reseña que tuvo *La región más transparente*.² Y en una época en que nadie se acor-

² Voy a citar frases de esa reseña para dar idea de la seguridad y el desparpajo con que hablaba Emma Speratti. Los cuentos de *Los días enmascarados* —el primer libro de Fuentes— le habían gustado, pero los “anticipos” de *La región más transparente*, aparecidos en revistas y en suplementos literarios, la decepcionaron: “Testigos hay de todo lo que dije para desfogar lo que se iba convirtiendo en franca desilusión”. Pues bien, ahora, “al leer por fin tu libro, veo, compruebo, que me había equivocado. Y me alegro”. Tras lo cual vienen los reparos críticos. Condena Emma “el procedimiento reiterativo” (“Hacia la mitad del libro ya sabemos qué va a ocurrir cuando Ixca Cienfuegos se presenta ante un personaje o golpea a su puerta”) y el excesivo afán por lograr imágenes (“A veces aciertas...; otras [imágenes] son francamente innecesarias; en otras, por fin, se te va la mano”); critica también ciertas

daba de Cortázar, autodesterrado y silencioso en París, fue ella quien movió los hilos necesarios para que Juan José Arreola editara en la colección “Los Presentes” su segundo libro de cuentos, *Final del juego*. La sensibilidad estética de Emma estaba afinada preponderantemente con lo moderno, y no sólo en el ámbito de la literatura, sino también en el del teatro y del cine, en el de la ópera (por ejemplo Gian Carlo Menotti), la música (por ejemplo Karlheinz Stockhausen) y la pintura (por ejemplo Remedios Varo). En 1958-59, cuando Tomás Segovia y yo hacíamos la *Revista Mexicana de Literatura*, fue ella uno de nuestros más asiduos colaboradores.³

Deseosa de nuevas aventuras, en 1959 se trasladó Emma a la Universidad Autónoma de San Luis Potosí como profesora “de tiempo completo”, y puede decirse que durante algunos años la Facultad de Letras de esa Universidad fue *ella*. Además de dar sus clases y de seguir escribiendo —diez de sus trabajos llevan un sello de imprenta potosino—, organizó y dirigió un grupo estudiantil de teatro. (No recuerdo qué obras puso en escena, pero sí que una era de García Lorca, quizá *La casa de Bernarda Alba*.) Desgra-

inseguridades lingüísticas de Fuentes (por ejemplo, su manera de usar el *che* porteño suscitará en el lector argentino “un convulsivo ataque de risa”) y lo pone en guardia contra el peligro de los “pasajes *casi* tiernos” (“Cuidado, también. Esa ternura o esa emoción estuvieron muy cerca del despeñadero”). Y concluye: “Fuera de lo señalado, tu novela me parece buena. Siquiera *es una novela*, y no un guión cinematográfico. Y sobrepasará cómodamente las fronteras de México... Con esto acaban mis elogios. Otros te echarán el incienso. Ojalá no te maree”.

³ La *Revista Mexicana de Literatura* tenía una sección de “palos” anónimos, llamada “La Pajarera”. Algunos de ellos proceden de la cáustica pluma de Emma, como este comentario sobre cierta novela llamada *Las ganas de creer*: “Las ganas de creer —en milagros literarios— son las que se le van esfumando al lector cuando tropieza con novelas como la de...” (y aquí el nombre del apaleado).

ciadamente para San Luis Potosí, Emma no se quedó allí tanto tiempo como hubiera sido deseable. En 1964 pasó, siempre como profesora “de tiempo completo”, a la muy joven Universidad de Sonora (en Hermosillo), donde puso los cimientos de la Facultad de Letras.

En 1961-62 y en 1963 había estado como “visiting professor” en dos universidades norteamericanas —The Ohio State University y Middlebury College, respectivamente—, y en 1965 se trasladó a Wheaton College (en Norton, Massachusetts), donde permaneció hasta su muerte. En 1973 recibió un diploma de “Outstanding Educator of America”, y con toda razón, pues ella dedicó siempre mucha atención a sus clases. Una beca de la fundación Ford (1969-70) y otra de la fundación Guggenheim (1971-72) le permitieron intensificar sus labores de investigación, de las cuales son fruto sus últimas publicaciones, en particular el segundo y el tercer libro sobre Valle-Inclán y los artículos y el libro sobre Alejo Carpentier. Su estudio sobre “Los brujos en Valle-Inclán” (*Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1972), resultado de varios años de inmersión en lecturas a menudo esotéricas,⁴ la dejó bien dispuesta para meterse luego en el mundo de “creencias afroantillanas” de Carpentier (*Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1980). En los últimos años se dedicó a ver cine en la pantalla chica

⁴ La noche del 31 de octubre de 1969 hizo en su casita de Norton una gran fiesta para celebrar con los ritos de *Halloween* su quincuagésimo cumpleaños, y reunió a buen número de amigos (yo entre ellos). La sala y el estudio, hundidos en medrosa penumbra roja, se adornaban con toda clase de *paraphernalia* de brujería, y en la mesa del comedor había una verdadera exposición bibliográfica de nigromancia y ocultismo. Algunos de los amigos decían en broma —y hasta un poco en serio!— que Emma estaba estudiando para bruja. La ocurrencia no era, por supuesto, sino una sonriente prueba de cuán en serio tomaba ella sus investigaciones.

de su casa. Reunió una personalísima filmoteca, hecha de películas de todos los tiempos y lugares, cuidadosamente escogidas. Pero este hedonismo no era pasivo: Emma *necesitaba* el ejercicio crítico y mantenía una constante comunicación telefónica con Denah Lida (en Cambridge), con Carlos Blanco Aguinaga (en San Diego) y conmigo (en México). (La desgracia era que muchas de las películas que ella comentaba me eran desconocidas.) De esa inmersión en el océano del cine le brotó la idea de una serie de estudios sobre la relación cine-literatura. Escribió sólo el dedicado a Horacio Quiroga (*Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1988). Al morir preparaba otro sobre Julio Cortázar.

No cabe duda de que muchas de las publicaciones de Emma Speratti están destinadas a permanecer.⁵

⁵ Sigue la lista de las 78 publicaciones, que aquí se omite.

LA PERSONA DE JUAN RULFO¹

A Juan lo conocí en Guadalajara, a fines de 1944. Me lo presentó Juan José Arreola. En 1945 Arreola y yo le publicamos en *Pan*, la revistita que hacíamos, dos de sus primeros cuentos: “Nos han dado la tierra” y “Macario”. Después, a partir de 1946, cuando me trasladé a la ciudad de México, mi trato con él no fue sino esporádico, aunque siempre afectuoso. Pero en esa época de Guadalajara, en que platicué mucho con él, jamás me contó nada de su familia, de su infancia, de su primera juventud. Los datos que voy a exponer y comentar se basan en el esbozo biográfico publicado por Federico Munguía un año después de la muerte de Juan (*Antecedentes y datos biográficos de Juan Rulfo*, Guadalajara, 1987). Es un libro pequeño pero jugoso. Munguía conoce bien los datos autobiográficos que Juan esparció en no pocas entrevistas, pero parece haber sido el primero que acudió a otras fuentes, en particular documentos de archivo y conversaciones con hermanos de Juan y con personas que lo conocieron de niño.² Comienzo, pues, con un breve resumen.

¹ Ensayo leído (sin las notas) el 31 de octubre de 1996 durante el “Seminario Internacional Juan Rulfo” organizado por el departamento hispánico de la Universidad de Ottawa. Se ha publicado —pero en forma mutilada— en la *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 22 (1998), núm. 2, pp. 1-13.

² El hermoso libro de Fabiola Ruiz, *Por el camino de Juan*, Zapopan, Jal., 1995, basado asimismo en documentos de archivo y en entrevistas, supera al de Munguía en número de datos, pero su utilización se dificulta porque no tiene formato “técnico”, sino que está escrito a manera de “glosa” poética o imaginativa. Complemento valioso de este libro es el álbum fotográfico reunido y presentado por la misma autora: *Por el camino de Juan (Iconografía)*, Universidad de Guadalajara, 1996.

Juan Nepomuceno Pérez Rulfo, el padre de Juan, poseía una regular hacienda en la región de Sayula.³ María Vizcaíno, la madre, venía de una familia aún más rica. A fines del siglo XIX su padre, Carlos Vizcaíno, había fundado en la jurisdicción de Tuxcacuesco, no lejos de San Gabriel, la hacienda de Apulco, invirtiendo en ello mucho dinero. La hacienda, naturalmente, ya no existe, pero queda el templo, con su “airosa figura” y su altar de mármol (Munguía, p. 15), testimonio de una riqueza considerable. En ese templo de hacienda porfiriana se celebró, en enero de 1914, la boda de María Vizcaíno y Juan Nepomuceno Pérez Rulfo, y allí, a fines del mismo año 1914, fue bautizado el primero de los vástagos, Severiano Pérez Vizcaíno.

Juan habría nacido también en Apulco y habría sido bautizado en ese bonito templo de no haber sobrevenido “la bola”, o sea, en el caso del sur de Jalisco, las fechorías del bandolero Pedro Zamora, que “asolaba, robaba, plagiaba, quemaba haciendas y pueblos, violaba mujeres y mataba sin compasión” (Munguía, p. 31), y también, poco después, “la revolución cristera con su cauda de fusilamientos, ahorcados y demás hechos violentos” (*ibid.*, p. 32). Los Pérez Vizcaíno tuvieron que refugiarse en Sayula, donde nacieron los dos siguientes vástagos: en 1916 María de los Ángeles (que vivió pocos días), y en 1917 Juan. En busca de mayor seguridad, la familia se trasladó a Guadalajara, donde nació el siguiente hijo, Francisco, en 1919. A fines de este año abandonó Pedro Zamora su teatro de operaciones, no sin dejar negríssimos recuerdos (que aún perduran, debidamente folklorizados). Los Pé-

³ ¿Habrá un mapa en que figure esta hacienda? El nombre que le da Munguía es San Pedro Toxín; parece más convincente el que le da Fabiola Ruiz: San Pedro *Totzín*.

rez Vizcaíno regresaron entonces, no a Apulco ni a Sayula, sino a San Gabriel, donde vivieron en una casa alquilada. Allí, en 1921, nació el último vástago, Eva, y allí, en una escuelita de monjas, comenzaron Severiano y Juan su educación primaria. En 1923, cuando Juan acababa de cumplir seis años, fue asesinado el padre “por motivos sin importancia” (Munguía, p. 22). La madre se quedó en San Gabriel con los cuatro niños, pero en 1927, obviamente al borde del colapso, mandó a Severiano y a Juan, como internos, al instituto Luis Silva de Guadalajara, que era orfanatorio y escuela. Esta separación fue el último adiós, pues la madre murió a fines de ese mismo año, a los treinta de su edad. Terminados los estudios primarios en el orfanatorio, Juan ingresó en 1932 en el seminario de la arquidiócesis de Guadalajara, de donde salió en 1934. Regresó a San Gabriel y vivió algún tiempo en Apulco, donde “se amanecía tomando café y leyendo a la luz de una vela, pues en la hacienda no había luz eléctrica” (Munguía, p. 27). Poco después, a fines de 1935, Juan y sus dos hermanos menores, Francisco y Eva, fueron llevados a la ciudad de México, a casa del tío paterno David Pérez Rulfo, militar y político. Juan dirá en 1980: “Me sentí más solo que nadie cuando llegué a la ciudad de México y nadie hablaba conmigo, y desde entonces la soledad no me ha abandonado”.⁴ (Lo cual pide una pequeña apostilla: la soledad ya estaba con él desde mucho antes.)

En enero de 1936, pocas semanas después de llegar a México, Juan se incorporó a la burocracia federal como empleado de la Secretaría de Gobernación, y allí siguió hasta mediados de 1947. A quienes se interesen por esta larga, oscura y melancólica etapa

⁴ Elena Poniatowska, *¡Ay vida, no me mereces!: Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Juan Rulfo, la literatura de la onda*, México, 1985, p. 151.

de su vida —de los 18 a los 30 años—, les recomiendo mi artículo “Cuitas del joven Rulfo, burócrata”, porque se basa en el expediente mismo de Gobernación.⁵ Entresaco de allí unos cuantos hechos. Quien promovió la entrada de Juan en la burocracia fue su tío David, hombre muy allegado al general Manuel Ávila Camacho, a cuyas órdenes había peleado en 1928 contra los cristeros de la zona de Zapotlán el Grande; Ávila Camacho, a la sazón secretario de Guerra en el gabinete de Cárdenas, es quien firma la solicitud de empleo para “el joven Juan Pérez Vizcaíno, elemento sin vicios, trabajador, y de una conducta intachable”.

En los papeles del expediente el nombre es siempre Juan Pérez Vizcaíno. Durante todos estos años está Juan en los escalones ínfimos de la pirámide burocrática: en 1936 es “oficial quinto”, con sueldo mensual de \$128; en 1937 “taquígrafo de tercera”, con sueldo aún menor: \$114; en 1938 “archivista de cuarta”, otra vez con sueldo de \$128. Etcétera. Y muy a menudo le descuentan algunos pesos por sus faltas de puntualidad. En efecto, constantemente se presenta en la oficina con media hora, una hora, una hora y media de retraso. Constantemente también se reporta enfermo, y al punto acude a su casa el médico-inspector de la Secretaría, para ver si es cierto. A lo largo de los años hay informes médicos en que figuran las palabras “gripe”, “enteritis”, “gastritis”, “intoxicación”, “apendicitis”, “conmoción”, “choque nervioso”, y que además hacen saber en cuánto tiempo podrá el empleado renovar

⁵ Se publicó en la revista *Umbral* de Guadalajara, núm. 2 (primavera de 1992), pp. 58-71. El documento final del expediente es copia de una “Constancia de servicios prestados a la Secretaría de Gobernación por el C. Juan Pérez Vizcaíno”, expedida en septiembre 1978 “a solicitud del interesado”. Me pregunto: ¿qué interés habrá tenido Juan, a tales alturas, rodeado de fama mundial, siete años antes de su muerte, por esa constancia de servicios burocráticos? Misterio.

sus labores: a veces una mañana, a veces un día entero, tres días a lo sumo...⁶

De octubre de 1939 a enero de 1940 huyó Juan de este mezquino infierno gracias a una licencia sin goce de sueldo. Fue seguramente en esos cuatro meses, que pasó en Guadalajara, cuando trabajó en su primera novela, cuyo título provisional parece haber sido *El hijo del desconsuelo*.⁷ A mediados de 1941 consiguió su traslado a Guadalajara. Fue entonces —en 1945— cuando lo traté de cerca. Y fue entonces cuando publicó sus primeros cuentos, firmados ya con el nombre con que el mundo lo conoce: Juan Rulfo.

Suele decirse que este cambio de nombre le fue sugerido por su tío David Pérez Rulfo (Munguía, p. 40). Yo no lo creo. Yo creo que las razones del cambio son menos simples, más profundas. Juan tuvo siempre el hábito de la mentira. Empleo la palabra *mentira* sin ninguna carga moral, en el sentido desnudamente objetivo de ‘falta de verdad’. Juan rodeó su persona y su obra

⁶ Cosa notable: el 23 de marzo de 1937 el empleado Juan Pérez Vizcaíno se hace merecedor de una reprimenda por haber cortado —y “ante la presencia del policía”— una rosa en el jardincito que hay en la entrada principal de la Secretaría.

⁷ Veinte años después nos dio a Tomás Segovia y a mí un fragmento de esa novela, intitulado “Un pedazo de noche”, y nosotros nos apresuramos a publicarlo en la *Revista Mexicana de Literatura* (septiembre de 1959). Está fechado en “Enero, 1940”. Iba a ser una novela de ambientación urbana. A ella se refiere Arreola en una charla de 1988, pero, evidentemente, equivocando la cronología: “Cuando Juan Rulfo comenzaba a escribir los cuentos de *El llano en llamas*, tenía la nostalgia de una literatura ciudadana...; a mí, no una vez, varias veces, me dice: «Ya me estoy cansando de escribir estos cuentos de la tierra, de personajes rancheros...; voy a hacer una novela ciudadana». Y empezó a escribir una novela que se iba a desarrollar en Santa María la Ribera; hasta me leyó algunas cosas del principio de esa novela” (*Homenaje a Juan Rulfo*, recopilación de textos y notas de Dante Medina, Guadalajara, 1989, pp. 206-207).

de toda clase de mentiras, o digamos ocultaciones, ficciones, inventos, medias verdades, silencio. Más aún: de ese modo *hizo* su persona, y por eso el presente ensayo se llama “La *persona* de Juan Rulfo”. Bien visto, se trata de un fenómeno humano general: todos ocultamos, todos fingimos, todos representamos un papel en el gran teatro del mundo. (En latín, como se sabe, *persona* es “máscara”, “papel teatral”, “personaje”.) Pero en Juan Rulfo este fenómeno estaba como exacerbado. El cariñoso retrato que Arreola hizo de él⁸ me parece perfecto: Juan era “huraño, cazarro, ladino”. Había en él “como una fuerza oblicua, al sesgo. No había una recta en su pensamiento, sino un «diagonalismo», un espíritu de alfil”. (Y añade: “En ocasiones, cuando conversaba con él, tenía la impresión de que los dos mentíamos pero estábamos de acuerdo en hacerlo”.)

He aquí, para comenzar, una mentira pequeña, pero difícil de explicar. En un documento del expediente de Gobernación, de fines de 1936, declara Juan que con él, aunque no dependiendo de él, viven sus dos hermanos menores. Pero ¿por qué dice que Francisco tiene 14 años y Eva 12, cuando en realidad tienen, respectivamente, 17 y 13? Me parece normal que alguien no sepa la edad de primos que viven en otra ciudad, pero aquí se trata no sólo de hermanos, sino de hermanos que viven en la misma casa. Parece una mentira muy gratuita, muy rara, totalmente desnuda de intención. Pero quizá no sea propiamente mentira, sino más bien un no prestar atención a la realidad, un no darse cuenta.

He aquí otra mentirilla. Del apellido materno, *Vizcaíno*, dijo Juan en 1980: “Nadie, ningún español se llama Vizcaíno. Ese ape-

⁸ Fernando del Paso (ed.), *Memoria y olvido: vida de Juan José Arreola (1920-1947)*, México, 1994, p. 119.

llido no existe. Por lo tanto, lo inventaron en México” (Poniatowska, p. 43). Puede tratarse de simple falta de información: el apellido *Vizcaíno* es tan normal en España como los apellidos *Catalán*, *Gallego*, *Castellano*, etc. Pero creo que se puede ahondar un poco. Rulfo fue gran lector de libros de historia, sobre todo de los que tratan de los lugares en que él nació y se crió, el sur de Jalisco, región que en el siglo XVI fue otorgada en encomienda a un tal Alonso de Ávalos y que durante la Colonia se llamó “Provincia de Ávalos”.⁹ Por esas historias supo Juan que algunos de los primeros pobladores de la zona fueron vizcaínos, gente venida del país vasco, y concluyó, sin más, que los descendientes de algunos de esos pobladores acabaron por apellidarse *Vizcaíno*. Puro invento. Pero creo que lo que hay en el fondo de esta mentira es la curiosidad de Juan por sus propios orígenes, por sus raíces.

⁹ Juan fue lector fanático de libros de historia. En el seminario anduvo mal en varias materias, sobre todo en latín, pero “significativamente obtuvo examen de honor con diploma de primera clase en historia patria” (Munguía, p. 35). Se me quedó grabado algo que un día me dijo en Guadalajara: en un viaje a Tuxcacuesco tuvo la grata sorpresa de ver que el archivo (no sé si el municipal o el parroquial) estaba intacto, a pesar de “la bola”. Hacia 1980, una vez que coincidimos en la librería El Ágora, casi me forzó a comprar los *Procesos inquisitoriales y militar seguidos a D. Miguel Hidalgo y Costilla* (México, 1960). Me puso el libro en las narices, diciéndome: “¡Cómpralo ahorita mismo, porque está agotado!” (Y se lo agradezco: el libro vale la pena). Consta que leyó a los cronistas de la Colonia, y en 1963 escribió un prólogo para la reedición facsimilar de las *Noticias históricas* del conquistador de Jalisco, Nuño de Guzmán. Dice Munguía que su relación con Juan se inició con motivo de un libro suyo sobre el sur de Jalisco. Juan tuvo noticias de él, lo alentó a publicarlo (“Es importante porque existe un vacío sobre esa zona en la historia de Jalisco, ya que hasta la fecha nada se ha escrito sobre ella”) y le sugirió intitularlo *La Provincia de Ávalos* (Munguía, p. 36). También se interesó por la historia de Colima, porción del mismo mundo geográfico. Véase la “Presentación del libro *¿Dónde quedó nuestra historia?*”, última conferencia de Juan Rulfo” (con intervenciones de Gonzalo Villa Chávez, Antonio Alatorre y Emmanuel Carballo), en *Homenaje*, pp. 249-261.

La que sigue es una mentira bastante más compleja. Según Juan, uno de sus tatarabuelos, Juan Manuel Rulfo, peleó contra los franceses durante la Intervención y el Imperio (Munguía, p. 39). Ahora bien, ese tatarabuelo, nacido en Querétaro en 1784, peleó, sí, pero naturalmente no en la guerra de Intervención, sino en la de Independencia, y no del lado de Hidalgo o Morelos, sino del lado de los realistas. He aquí lo que dice Munguía con base en la *Historia de México* de Niceto de Zamacois: “[Juan Manuel Rulfo] se desempeñó con gran rigor fusilando buen número de insurgentes. En 1813 es mencionado como capitán de la «Compañía de Indios Patriotas», cuerpos del ejército formados en las poblaciones para luchar contra los insurgentes si se presentaran, y en el propio año consta desempeñaba el puesto de «cuarto elector» del ayuntamiento [de Zapotlán el Grande]” (Munguía, p. 10).¹⁰ En 1821, al triunfar los insurgentes, ese tatarabuelo huyó a Tepic, regresó al sur de Jalisco en 1825 y murió en Sayula en 1834, treinta años antes de la Intervención francesa. Quien sí vivió entonces fue el hijo, o sea el bisabuelo de Juan, llamado José María Rulfo. Pero tampoco éste peleó contra los franceses. Al contrario: en 1866, bajo Maximiliano, “aparece encuadrado en el gobierno imperialista, como secretario del subprefecto de Sayula”, y se las arregló, al triunfar Juárez, para conservar el puesto de escribano público, heredado de su padre (Munguía, p. 11). Así, pues, ésta es una mentira de dos cabezas. Por una parte tenemos la fusión de

¹⁰ Naturalmente, los insurgentes tuvieron un odio muy especial por los mexicanos que en 1810-1821 pelearon del lado de los españoles. A fines de 1810 circulaba una hoja volante, hecha en “imprentilla de mano”, contra esas “almas negras, mercenarias, tan infames y viles como la de los perversos gachupines” (Antonio Alatorre, “Historia de la palabra *gachupín*”, *Scripta philologica in honorem Juan M. Lope Blanch*, ed. E. Luna Traill, México, 1992, t. 2, p. 299).

dos antepasados en uno solo, y por otra parte una transmutación y purificación de la historia. No creo que sea una mentira calculada, tramposa. Propongo esta hipótesis: a Juan se le quedó en la cabeza que un antepasado se había distinguido en acciones de guerra, y que un antepasado había vivido en tiempos de Maximiliano, y entonces, olvidando lo demás, o sea que tatarabuelo y bisabuelo habían estado en el lado “malo” de la historia de México, hizo de los dos personajes uno solo y, poniendo a éste en el lado “bueno”, los dejó limpios a los dos.¹¹ Fusión, trasmutación y purificación: las operaciones de la alquimia.

La operación alquímica es más simple en el cuento de Juan sobre su abuelo materno, Carlos Vizcaíno. Aquí los materiales son, primero, que Carlos Vizcaíno, el creador de la hacienda de Apulco, era muy rico, y segundo, que Pedro Zamora no se andaba con miramientos cuando extorsionaba a los ricachones: los torturaba; se contaba que los mantenía durante un buen rato colgados de los pulgares. Y eso, según Juan, fue lo que hizo Zamora con Carlos Vizcaíno para hacerlo soltar 50 000 pesos, de tal manera que el infeliz perdió los dos pulgares. Munguía le preguntó a Severiano,

¹¹ En esos *Procesos* contra Hidalgo que Juan me hizo comprar en El Ágora encontré el dato de que en 1810, en Aguascalientes, “los indios de las inmediaciones” (como los de todas partes) se pusieron a degollar gachupines, y el cura Hidalgo nombró supervisor de la matanza a un “coronel Alatorre”, que bien puede haber sido lejano pariente mío. (Mi árbol genealógico comienza apenas, y borrosamente, con mis abuelos.) Pero yo no siento ni orgullo porque ese Alatorre estuvo del lado “bueno”, ni vergüenza porque participó, aunque fuera marginalmente, en tales atrocidades. Me limito a observar —¡ah, la historia de México!— que ese posible antepasado mío estuvo al mando de indios anti-gachupines, y Juan Manuel Rulfo al mando de indios anti-insurgentes. — Y puede añadirse otra reflexión: los *dos* padres de Rulfo eran hacendados, mientras que mi padre fue hijo de un típico “peón de hacienda”. (Tampoco a esto le doy importancia.)

el hermano mayor, si así había sucedido, y Severiano le contestó simplemente que era puro cuento. (En 1921, cuando murió ese abuelo, Severiano tenía siete años y Juan apenas cuatro.) Lo que aquí tenemos, según yo, es un simple caso de ficción, una dramática expansión “personal” de la leyenda del bandolero causante de la ruina de la familia Pérez Vizcaíno. Es un cuento de base folklórica.¹²

Paso a otras dos notorias mentiras de Juan: la del año y la del lugar de su nacimiento. Munguía publica en facsímil el acta de nacimiento, donde consta que Juan Nepomuceno Carlos Pérez Vizcaíno¹³ nació el 16 de mayo de 1917 en el pueblo de Sayula,

¹² Las vivencias, las experiencias reales de Juan, están, en su obra, entrañablemente amalgamadas con las cosas que contaba la gente. No sabemos, por ejemplo, si llegó a ver con sus ojos esas sartas de ahorcados, “monigotes con el rostro ennegrecido meciéndose al viento, con la soga al cuello” (Munguía, p. 32). Pero si las vio o no las vio da lo mismo. A propósito de “lo que contaba la gente”, es interesante lo que averiguó Munguía sobre el abuelo Carlos Vizcaíno y el bisabuelo Lucas Vizcaíno. De los dos se decía que tenían hecho pacto con el diablo: sólo así se explicaba su mucha riqueza. Estaban, pues —pienso yo—, perfectamente “folklorizados”. Munguía los pone al lado de José María Manzano, a quien el diablo “le había proporcionado un animalito de los llamados *cuyos*, que en vez de excremento le arrojaba pepitas de oro”. Este Manzano “de negra memoria”, señor de horca y cuchillo, que se apoderó de las tierras de Tolimán expulsando a los indios que las poseían, ha sido “señalado como una de las figuras de que tomó Rulfo caracteres para su personaje Pedro Páramo” (Munguía, pp. 14-15). Y, bien visto, tan “ficción” es Pedro Páramo como el abuelo colgado de los pulgares. En un sentido, *toda* la obra de Rulfo tiene “base folklórica”. He aquí un detalle significativo. En 1945, años antes de que aparecieran en *El llano en llamas* “los indios güeros de Zacoalco, zanconzotes y con caras como de requesón”, tuvimos Rulfo y yo un pequeño *differend* a causa de ese extraño grupo étnico: la gente decía que los indios de Zacoalco eran racialmente indios y sin embargo completamente rubios. Yo lo puse en duda, y Juan se irritó por mi escepticismo.

¹³ Así en el acta de nacimiento. En la de bautizo se invierte el orden de los nombres: Carlos Juan Nepomuceno. Tenemos aquí una muestra del tradicionalismo de la familia. Severiano se llamó así en memoria del padre de su padre, Severiano Pérez

por más señas en la calle Madero número 32 (Munguía, p. 20). Pero Juan decía que había nacido en 1918, y no en Sayula sino en San Gabriel, o, alternativamente, en Apulco. Lo del año ha sido explicado por Arreola: Juan declara haber nacido en 1918 “no por quitarse un año, sino por compañerismo”: para hacerles compañía al propio Arreola, y a Alí Chumacero, José Luis Martínez y Jorge González Durán, nacidos todos en 1918 (*Homenaje*, p. 149). Yo diría más bien: para que ellos le hicieran compañía a él, pues él, por lo visto, se sentía muy solo en la “generación 1917”.

A diferencia de la mentira sobre el año, surgida cuando Juan era ya un escritor reconocido, la mentira sobre el lugar de nacimiento es muy antigua. Y muy explicable también. La explicación está en *El Ánima de Sayula*, travieso producto de la Musa folklórica, cuyas bien rimadas cuartetas —“En un caserón ruinoso / de Sayula en el lugar / vive Apolonio Aguilar, / trapero de profesión...” —, etc.— no han caído en el olvido. El tema de esos versos es cierta proclividad *non sancta* de un compadre del tal Apolonio Aguilar, pero el pueblo, el *folk*, atribuyó la proclividad a *todos* los sayulenses. Cuando un inocente declaraba haber nacido en Sayula, desataba fatalmente un aluvión de risotadas y chocarrerías, y esto no sólo entre adultos, por ejemplo en una cantina, sino también —tal es la fuerza del folklore— entre los chamacos de una escuela, como lo demuestra el siguiente hecho: la lista de alumnos del instituto Luis Silva dice en 1929 que Juan nació en Sayula; pero la lista de 1930 dice ya que nació en San Gabriel. Seguramente a los doce o trece años comprendió Juan que haber nacido

Jiménez, y el nombre de Juan Nepomuceno le vino a Juan de su propio padre y del abuelo de su padre, Juan Nepomuceno Pérez Franco. El otro nombre, Carlos, era el del abuelo materno, Carlos Vizcaíno, que vivía aún en 1917.

en Sayula era una broma pesada del destino. Por fortuna tenía de donde escoger. En la hacienda de Apulco se habían casado sus padres y había nacido su hermano mayor. Pero San Gabriel, donde nació su hermana Eva, y donde su madre se despidió de él, era un lugar más sustancioso, más localizable en un mapa de Jalisco.

Estas dos mentiras —que a mí me producen una reacción de total simpatía— fueron tan repetidas por Juan, tan propaladas, que en todo esbozo biográfico, y aun en los diccionarios enciclopédicos, han venido a ser una especie de verdad averiguada y establecida. En cambio, la que ahora voy a mencionar —y que a mí me impresiona— es una mentira que Juan nunca dijo, una mentira *ex silentio*, o, digamos, una verdad tenazmente cancelada y enterrada. Las biografías al uso cubren el período que sigue al año 1932 de diversos modos, unas con datos borrosos, otras con datos precisos, pero extraños. Carlos Blanco, que no es un fantaseador, dice que “a los quince años, en 1933, se marcha [Juan] al Distrito Federal para estudiar Derecho”,¹⁴ lo cual sencillamente no puede ser: nadie estudia Derecho si no ha pasado antes por la secundaria y la preparatoria. Pero Blanco no tiene culpa: de algún lugar, no sé de dónde, debe de haberle llegado la noticia.

La verdad es ésta. Terminado en 1931 el sexto año de primaria en el Luis Silva, Juan hizo allí mismo lo que se llamaba “sexto año doble”, una como mini-escuela de comercio. (Supongo que entonces aprendió taquigrafía, ya que uno de sus puestos burocráticos fue el de “taquígrafo de tercera”.) Y, terminado el “sexto año doble” en 1932, Juan pasó en noviembre del mismo año al seminario arquidiocesano de Guadalajara, llamado Seminario de

¹⁴ Carlos Blanco Aguinaga, “Introducción”, *El llano en llamas*, Madrid, 1985, p. 16.

[sic] Señor San José. ¿Entró porque quería ser sacerdote de Cristo? ¿Cómo saberlo? El hecho es que entró: le aceptaron la solicitud que hizo. Pero no lo pusieron en primer año, seguramente porque los alumnos de primero, muchachos que han terminado la primaria, tienen unos doce años, y Juan, con sus quince y medio, resultaba, digamos, incómodo; el caso es que lo pusieron en segundo año; lo terminó mal que bien, pasó a tercero (año escolar 1933-1934), y en el examen final quedó reprobado en latín.¹⁵ Esto, en un seminario moderno, no tendría importancia, pues a partir del Concilio Vaticano II la Iglesia se ha desentendido del latín. Pero en los tiempos preconciliares el latín era la materia básica, la materia por excelencia en los cuatro años iniciales de la carrera sacerdotal (“seminario menor”). Para pasar a cuarto año Juan hubiera tenido que dedicar las vacaciones de verano de 1934 a estudiar y más estudiar latín, y presentar examen extraordinario. Si hubiera tenido deseos ardientes de ser cura, sin duda lo hubiera hecho. Pero no lo hizo. En agosto de 1934 acabó la etapa seminárística. Me pregunto qué habría pasado si en un principio hubiera entrado Juan, normalmente, a primer año. ¿No sería entonces posible que al final del tercer año su latín estuviera aceptable, y que hubiera pasado a cuarto, y luego a filosofía y teología y derecho canónico, hasta ordenarse cura?

Pero son especulaciones ociosas. El hecho es que Juan se las ingenió para convertir dos años de su vida en un vacío perfecto, en cero. La verdad acerca de esos dos años se conoció unos días después de su muerte gracias a Ricardo Serrano, uno de sus compañeros, el cual publicó un artículo ilustrado con varias fotografías,

¹⁵ Ricardo Serrano, “El seminarista Juan Rulfo. Verdadera raíz de su personalidad”, Suplemento dominical de *Excelsior*, 29 de enero de 1986, pp. 2-4.

una de ellas la del grupo de seminaristas, en la que aparecen, muy serios, Juan y el propio Serrano.

Si alguno de los asistentes al presente “Seminario Internacional Juan Rulfo” desconoce este episodio, no me sorprenderé. Nadie está obligado a saberlo todo. Además, un artículo de periódico es, por definición, cosa efímera. Yo me vine a enterar del de Serrano casi dos años después de que se publicó, y eso porque él me dio fotocopia. Probablemente me impresionó a mí más que a otros lectores por el hecho de que yo mismo estudié, no en un seminario, sino en una orden religiosa, experiencia muy importante, y que nunca he ocultado. ¿Por qué Juan ocultó la suya? La explicación de Munguía me parece muy convincente. Hay que tener en cuenta que, si bien la guerra cristera ya había concluido, el clero mexicano, muy especialmente el de Jalisco, seguía siendo cristero, y esto le constaba al gobierno de la república. Así, pues, el capitán David Pérez Rulfo, que había peleado contra los cristeros en 1928, observando en 1935 “la declarada hostilidad gubernamental a todo lo católico” —“resabio de aquella lucha”—, le hizo ver a su sobrino la necesidad de callarse la boca (Munguía, p. 27). Sin duda algo así debe de haber sucedido. Pero queda en el aire una pregunta, y lo mejor será dejarla así, flotando en el aire: ¿por qué Juan mantuvo este silencio cuando ya no era necesario, cuando el conocimiento de esa etapa hubiera sido quizá indiferente para algunos, pero para otros, como para mí, muy sugerente, muy invitador a la reflexión?

Voy a pasar a una mentira que parece muy trivial. En 1945, cuando Arreola y yo platicábamos con él, Juan “trabajaba” en una desolada y destartalada oficina, especie de sucursal tapatía del Departamento de Migración de la Secretaría de Gobernación. Qué hacía allí, no lo supimos. Ni él nos lo dijo, ni nosotros se lo pre-

guntamos. Leía novelas, eso sí, sobre todo norteamericanas y europeas en traducciones al español; pero de su “empleo” (con sueldo de \$ 152 en esos tiempos) nunca supimos nada. Estoy seguro de que no tenía mucho que hacer. Por eso me sorprendieron las siguientes declaraciones suyas: después de decir que su “misión” en Guadalajara era “pescar a los [extranjeros] que no tenían sus papeles en regla”, añade que a él “le enviaron la tripulación de petroleros alemanes e italianos detenidos en Tampico y Veracruz” cuando, en 1942, México declaró la guerra a las potencias del Eje. “Yo me encargué de vigilarlos —dice Juan—; tenían a Guadalajara como prisión; podían andar en la calle, pero no salir de la ciudad, y todos los días les pasaba yo lista” (Poniatowska, pp. 141-142). ¡Muy raro! Esos marineros alemanes e italianos, que más que extranjeros eran “enemigos”, no le fueron enviados a Juan, oscuro “oficial cuarto”, y ni siquiera fue la oficina de Migración de Guadalajara quien se ocupó de ellos, sino que fueron encerrados todos, hasta el final de la guerra, en el presidio de Perote. ¿Será posible —pienso— que Juan, ingenuamente, infantilmente, haya querido darse importancia en un terreno tan sin relación con su verdadera importancia? ¿Será posible que esa supuesta “misión” le haya parecido algo digno de formar parte de su *persona*?

He dicho que Juan era lector de novelas norteamericanas, y esto me da pie para hablar de una mentira mucho menos trivial. Inmediatamente después de publicado *Pedro Páramo* en 1955, hubo críticos que detectaron en la novela —así como en varios de los cuentos, por ejemplo “Macario”— la huella inconfundible de William Faulkner. El primero que lo dijo en letras de imprenta parece haber sido Mario Benedetti en un artículo publicado en *Marcha*, de Montevideo, en noviembre del propio año de 1955. Y en 1956 defendió James Irby su tesis sobre *La influencia*

de Faulkner en cuatro narradores hispanoamericanos, uno de ellos Juan Rulfo.¹⁶ No sé si Juan leyó esa tesis, pero sin duda supo de su existencia, pues la república literaria de México era pequeña en 1956. El caso es que el 15 de marzo de 1985, cuando se celebraban los treinta años de la primera edición de *Pedro Páramo*, Juan publicó en *Excélsior* unas declaraciones de tono solemne, especie de *last will and testament*, para dejar asentada la “verdad histórica” en cuanto al proceso de elaboración y las circunstancias de publicación de su aplaudida novela. No he vuelto a leerlas, pero tengo la impresión de que Juan las hizo sobre todo para negar, y muy categóricamente, cualquier huella faulkneriana en su obra: “Cuando escribí *Pedro Páramo* yo aún no leía a Faulkner”.

Como antes dije, yo estudié en una orden religiosa, y de allí salí a los 20 años hecho un perfecto imbécil en cuestión de literatura, sobre todo la moderna. Mi introductor a la de lengua española (García Lorca, Neruda, Gorostiza...) y a la francesa (Claudel, Cocteau, Duhamel...) fue Juan José Arreola. Y mi introductor a la norteamericana fue Juan Rulfo. Por él supe de la existencia de

¹⁶ James East Irby, *La influencia de William Faulkner en cuatro narradores hispanoamericanos*, tesis doctoral, UNAM, México, 1956, pp. 132-163. Los otros tres son Novás Calvo, Onetti y Revueltas. Mario Benedetti (citado por Irby, pp. 134, 158) había señalado sobre todo la huella de *Absalom! Absalom!*, y había visto en Comala “algo así como un Yoknapatawpha mexicano”. Yo, lector fiel de Juan Rulfo, no leo sino muy esporádicamente lo que sobre él se escribe. Es posible, pues, que después de la tesis de Irby haya habido cambios en este terreno de “literatura comparada”. Pero lo dudo: primero, porque las obras estudiadas por Irby son prácticamente las mismas que hoy conocemos (nada de sustancia añadió Juan después), y segundo, porque Irby muestra ya en esa tesis juvenil el instinto indagador, la solidez de razonamiento, la finura de análisis y el equilibrio crítico que brilla en sus trabajos posteriores. Feroz autocrítico por otra parte, Irby nunca quiso publicar su tesis. Valdría la pena arrancarle el permiso de darla a la imprenta, y tal cual, sin quitarle ni ponerle nada. (Entre otras cosas, su acuciosa bibliografía hace ver lo poco que en 1956 se había escrito sobre Rulfo.)

John Dos Passos, de Willa Cather, de John Steinbeck, de Hemingway. Estuve varias veces en su casa, casa de gente acomodada; Juan tenía un buen tocadiscos, y música clásica (lujo inalcanzable para Arreola y para mí);¹⁷ y tenía, limpiamente ordenados en la estantería, muchos libros, de los cuales recuerdo en especial las novelas norteamericanas, en traducciones impresas en Buenos Aires y Santiago de Chile. Él trataba de contagiarme su enorme afición a esas novelas, pero yo, la verdad, bastante quehacer tenía con los contagios de Arreola. Como para facilitarme la entrada en ese mundo nuevo, Juan me prestó una novela sencilla, *God's little acre* de Erskine Caldwell (*La chacrita de Dios*, en la traducción argentina). Y, sobre todo, me puso por las nubes las novelas de Faulkner, que él estaba dispuesto a prestarme. El resultado fue que inmediatamente me eché a leer una de ellas, *Santuario*.¹⁸

Si en 1985 mi trato con Juan hubiera sido como el que tuvimos cuarenta años antes (creo que la última vez que lo vi fue a fines de 1981),¹⁹ le habría dicho: “Juan, ¿por qué dices eso, si tú y

¹⁷ Clementina Trujillo, que conoció a los Pérez Vizcaino en San Gabriel, recuerda: “Casa de ricos: una de aquellas grafonolas de manivela...; tenían discos..., la voz de Caruso, arias de ópera, orquestas europeas... Pues ésa era otra diversión de Juan” (Munguía, p. 23). En 1935, en Apulco, no se dedicó sólo a leer maniáticamente; también hacía alpinismo, y “complet[aba] su tiempo escuchando música clásica” (Munguía, p. 27).

¹⁸ Pero no la leí en traducción, sino en el original, que compré en *paperback*, para así matar dos pájaros de un tiro, o sea: para leer a un novelista tan ponderado por Juan (y que, naturalmente, me impresionó mucho: ¡era tan distinto de Duhamel!) Y para ejercitarme en la lectura del inglés, lengua que aprendí a leer a lo bruto, o sea a lo autodidacto.

¹⁹ Fue durante el pseudo-coloquio que el candidato a la presidencia, Miguel de la Madrid, tuvo en Guadalajara con un grupo de intelectuales jaliscienses. Uno de éstos dijo que la lectura de novelas extranjeras estaba corrompiendo y “desmexicanizando” a la juventud, a lo cual repliqué yo que el mexicano Juan Rulfo, allí presente, había

yo y Arreola sabemos que no es verdad?” Pero es claro que el Rulfo de 1985 no era el de 1945. Era otro. Y me doy esta explicación: consciente —y orgulloso— de la originalidad de *Pedro Páramo*, tan subrayada además por la crítica, Juan tiene que haber sentido que quienes hablaban de lo faulkneriano estaban achicando esa originalidad. Los hombres famosos suelen volverse muy susceptibles. La responsabilidad de esa flagrante mentira no recae sobre Juan, sino sobre su gigantesca fama.²⁰

Y si en 1985 hubiera tenido un trato más o menos asiduo con él, también le habría dicho: “Puesto que el objeto de tus declaraciones es decir cómo se hizo *Pedro Páramo*, ¿por qué no mencionas la ayuda que te dio Arreola en un momento en que mucho la necesitabas?” En efecto, ésta es otra mentira *ex silentio*, como la del paso por el seminario. He aquí mi testimonio: Una vez, pocos meses antes de que saliera *Pedro Páramo* a la luz, me contó Arreola, en esencia, lo siguiente:

sido gran lector de novelas gringas. (Véase mi libro *Ensayos sobre crítica literaria*, México, 1993, pp. 163-164, 176-177.) Después del pseudo-coloquio hablé con Juan. Reproduzco lo que dije en una entrevista (“Mirada de la memoria”, entrevista con Roberto García Bonilla, *Los Universitarios*, núm. 87, septiembre de 1996, pp. 12-15): “[Juan] se veía agobiado. Ese mismo día había estado en Colima. Luego llega a Guadalajara y lo acomodan [durante la cena] a la derecha del candidato, para que luciera” (o sea, para que su presencia le comunicara un místico prestigio al candidato). “¡Ay, Antonio —me dijo—, estoy cansado, desesperado!” Yo, que estaba allí por pura curiosidad (pues nunca he creído en el diálogo de los intelectuales con los políticos), le dije: “¿Qué necesidad tienes de estar en este circo? Haz como Arreola” (porque Arreola, que estaba en Guadalajara, tuvo la cordura de no presentarse). Pero Juan me contestó: “¿Qué quieres que haga?” Él *no podía* negarse. (Estaba agarrado.)

²⁰ Poco después de publicadas las declaraciones de *Excelsior*, Emmanuel Carballo escribía: “En 1953 Rulfo y yo intercambiamos libros: yo le di un tomo, que él no poseía, de los *Anales* del Instituto de Investigaciones Estéticas, y él a cambio me cedió un ejemplar sudado y manchado por la lectura de *Las palmeras salvajes*” (citado por J. A. Ascencio en *Homenaje*, p. 66).

El otro día estuve en casa de Rulfo porque me pidió ayuda. Estaba en un atolladero, realmente angustiado por el plazo de entrega de su novela, y quería que le ayudara a hilvanar los pasajes que tenía escritos. Yo le dije: “Mira, tu novela es como es, hecha de fragmentos, y así funciona muy bien. El orden es lo de menos”. Entonces puse en la mesa del comedor los distintos montoncitos de cuartillas, y comenzamos a acomodarlos mientras yo le decía esto aquí, esto quizá después, esto mejor hacia el comienzo. Tardamos varias horas, pero al final Juan estaba ya tranquilizado.

Eso que me contó Arreola, y que resumo con la mayor honradez, se me quedó muy grabado por la sencilla razón de que yo tenía unas ganas enormes de leer la novela de Juan desde que me topé en la revista *Universidad de México*, en junio de 1954, con el maravilloso “Fragmento de la novela *Los murmullos*”.²¹

A fines de 1988, al recordar Arreola y yo este episodio en un diálogo público, durante el gran simposio rulfiano celebrado en la Feria Internacional del Libro en Guadalajara, él dijo (*Homenaje*, pp. 208-209) que fueron dos las sesiones, y añadió algo que yo no recordaba. Lo cito: “Mira, en realidad no nomás estaba hecho todo *Pedro Páramo*, sino que hubo *Pedro Páramo* de más, que no conocimos nunca. Cuando yo llegué, esa tarde, ya había un cesto con muchas cuartillas rotas y él estaba en trance de seguir rompiendo”. Arreola no lo dice expresamente, pero da a entender que él moderó esa furia destructora, tan de Rulfo. Y, como para quitarle trascendencia a su intervención, añade esto: “Yo creo que

²¹ En cambio —cosa rara— no leí sino muchos años después el “Fragmento de la novela en preparación *Una estrella junto a la luna*”, publicado en *Las Letras Patrias*, enero-marzo del mismo año 1954 (donde Comala era todavía Tuxcacuesco).

cualquiera que fuera el orden que se diera a los fragmentos, existiría *Pedro Páramo* igual, dejando sólo la parte final exacta como está”. (O sea que allí no hubo problema alguno: el final fue siempre el final.)²²

¿Por qué este espeso silencio de Rulfo? Seguramente, me digo yo, por la misma razón tan sin razón que lo llevó a negar la lectura

²² Pienso, por cierto, que Arreola adoptó el “fragmentarismo” de *Pedro Páramo* al escribir *La feria*. (Nunca se lo he preguntado, ni sé si en algún lugar se ha dicho algo al respecto.) Es también la “técnica” de *La colmena* de Camilo José Cela; pero haría falta saber si Cela había leído *Pedro Páramo*. — Sin duda existían (y existen) ciertas “leyendas” sobre la elaboración de *Pedro Páramo*. En 1980 Juan Manuel Galaviz (según Federico Campbell, cf. Armando Ponce, *Rulfo en llamas*, 2a. ed., Universidad de Guadalajara-Proceso, 1988, p. 125) recogió dos de esas “leyendas”: la que hablaba “de un voluminoso original mutilado contra la voluntad de Rulfo”, y la que decía “que el trabajo de corrección definitiva y organización de la novela [era] mérito sobre todo de Alí Chumacero y Antonio Alatorre”. La primera leyenda, basada desde luego en el hecho de que *Pedro Páramo* era originalmente más “voluminoso”, añade el toque novelesco de que la reducción se hizo ;contra la voluntad de Rulfo! (El mismo Campbell, *ibid.*, p. 124, cita esta declaración de Rulfo, publicada en 1979: “Quitó 150 páginas en las que había divagaciones, elucubraciones mías, intromisiones, explicaciones... Saqué todo eso”.) En cuanto a la segunda leyenda, es falsa, falsísima, en lo que a mí se refiere. Después de 1945, como ya dije, mis contactos con Rulfo fueron muy exigüos y muy esporádicos. Pero creo que algo tiene de verdad en lo que toca a Alí Chumacero. No me parece posible que entre junio de 1954 (cuando se publicó el fragmento de *Los murmullos*) y el 19 de marzo de 1955 (cuando “se acabó de imprimir” *Pedro Páramo*) haya tenido Rulfo la calma necesaria para introducir las muchas correcciones “de estilo” (debidas en buena medida a prurito gramatical) que presenta el texto definitivo frente al “fragmento”. Éste procede sin duda del original que estaba ya procesándose en el Fondo de Cultura Económica, y se publicó en *Universidad de México* como anticipo o “reclamo”. Tengo para mí que esas correcciones se deben a la mano de Alí Chumacero, que era corrector de pruebas en el Fondo: según el colofón, “cuidaron la edición José C. Vázquez y Alí Chumacero”. (Me parece, por cierto, muy significativo que las “leyendas” no mencionen la intervención de Arreola. Ésta ocurrió muy en privado; nunca tuvo publicidad.)

de Faulkner. ¡La fama, la maldita fama! Todos los que han escrito sobre *Pedro Páramo* habrán estudiado, quién más, quién menos, la disposición del texto, la secuencia narrativa, las rupturas..., en una palabra, la estructura novelística. Y ciertamente hay abundante material de análisis, abundantes oportunidades para que los rulfistas se luzcan, sobre todo si poseen un buen bagaje de doctrinas “narratológicas”. Pero no sería superfluo para los rulfistas saber que, más que obediencia a un exquisito plan artístico que se hubiera trazado Rulfo, la estructura del *Pedro Páramo* que conocemos no es sino el resultado de las horas que empleó Arreola en sacar del atolladero a su amigo.

JUAN JOSÉ ARREOLA

Tras el breve diálogo telefónico en que me comprometí a escribir este “Perfil”, lo primero que pensé fue: “Ah caray, la cosa no va a ser fácil”. Si se me pidiera un perfil de sor Juana, lo haría con la mano (izquierda) en la cintura: sin necesidad de releerla ni de documentarme, así nomás, de memoria, con lo que ya tengo en mí, me pondría a trazar en seis u ocho cuartillas algo bueno, preciso, con garantía absoluta de fidelidad. Mi visión de sor Juana es objetiva y es nítida. Puedo situarla, aun de manera inconsciente, en su lugar, en su mundo de hace trescientos años. Sor Juana se me ofrece bien delineada, con un perfil que sobresale bien del trasfondo. Entre ella y yo hay distancia, hay *perspectiva* (uno de los fenómenos de la percepción que a ella le interesaron). En el caso de Arreola no hay tal. El “Ah caray” quiere decir: “Mi vida ha estado de tal manera vinculada a la de Arreola durante 55 años, que no puedo hablar de él sin estar hablando de mí, y lo que se me pide es *un* perfil, no *dos*”.

Confieso este escrúpulo para que los lectores estén avisados. Perdonen si el retratista se mete en el retrato. Lo primero que escribí sobre Arreola, hacia 1960, fue la presentación de un disco suyo, en la serie “Voz viva de México”, y ése sí es un escrito “objetivo”, como de profesor de literatura. Todo lo demás que he dicho de él, en artículos y entrevistas, es descaradamente subjetivo. Alternan todo el tiempo los pronombre *él, yo y nosotros*. No puede ser de otra manera. A quienes se interesen por Arreola me permito recomendarles, en particular, mi “Presentación” de la reedición facsimilar de la revista *Pan* (a continuación de la reedición facsimilar de *Eos*, presentada por Arreola) en la serie

de “Revistas literarias mexicanas modernas” que dirigió José Luis Martínez.

Además, necesariamente he de repetir cosas ya dichas. La primera se refiere justamente a la revista *Pan*, de la cual digo, en esa “Presentación”, que no es para mí sino “un documento de mi relación con Arreola, recuerdo de un breve periodo (junio a noviembre de 1945) de nuestra amistad, algo tan personal, tan íntimo casi como una conversación o una carta”. La idea de reimprimirla al lado de revistas serias como *Contemporáneos* o *El Hijo Pródigo* me parecía extravagante; José Luis tomaba demasiado en serio a *Pan*. Yo no: “A mí me consta que *Pan* fue mero juego, diversión pura. Arreola y yo, cuando la hicimos, andábamos en las nubes. Soñábamos, y era placentera la ilusión de que nuestros sueños iban cuajando en algo concreto. Cada hoja que imprimíamos —que casi personalmente imprimíamos— no era sino eso: ilusión de sueño realizado”. (Y resisto heroicamente a la tentación de seguir citándome.)

Pero es fuerza retroceder al verano de 1944, que fue cuando conocí a Arreola, y explicar quién era *yo* para que se vea mejor quién era *él*. En 1944 hacía dos años que yo había salido al mundo tras un largo encierro en cierto instituto religioso. (Soy un *dé-froqué*, como me llamó Octavio Paz.) Me gustaba la lectura, me gustaba el estudio, y acababa de terminar, con aplauso de los profesores, el primer año de Derecho; pero no había en mi vida nada parecido a una “meta” (lo único cierto es que jamás me vi como “señor licenciado”). Arreola, en cambio, estaba plenamente seguro de su vocación. Había publicado dos cuentos y llevaba quince años de nutrirse de literatura. Yo salí de aquel instituto religioso con la idea de que el poeta número uno de México era Alfonso Junco, y de que los grandes novelistas eran José María de Pereda

y Francisco Navarro Villoslada en el siglo XIX, y Hugo Wast en el XX. Cuando se lo dije en una de nuestras primeras conversaciones, Arreola pelaba tamaños ojos. Él había leído a Rilke, a Kafka, a Marcel Schwob...; él se sabía de memoria poemas de Verlaine, de Neruda, de López Velarde..., y aquí me paro. Estos seis autores representan otras tantas gotas en la vasta laguna de mi ignorancia. (Por supuesto, me eché a leer, ¡y qué gozosamente!, a esos seis y a muchísimos otros.)

En 1944 ese Arreola me tomó de la mano, y de la manera más natural del mundo se hizo mi maestro. Aunque la experiencia literaria sea, por definición, cosa exclusivamente personal, yo puedo decir que aquí ocurrió una auténtica transfusión: Arreola me contagió *su* experiencia, y yo conseguí hacerla *mía*. Yo era un gran vacío en espera de ser llenado, y él era un gran lleno dispuesto a todos los desbordamientos. Los años de 1944 y 1945 fueron para mí *the banquet years*. Y no era sólo la revelación de la gran literatura. El magisterio de Arreola abarcaba todo. Si yo no sabía quién era Proust, tampoco sabía quién era Freud. No sabía, en verdad, ni siquiera lo que estaba pasando en el mundo. Era incapaz de pensar por mi cuenta. En 1944 no se me había ocurrido someter a algún tipo de examen las “ideas” que se inculcaban en el instituto religioso: Hitler, Mussolini y Franco estaban muy bien; eran los exterminadores providenciales de una Bestia de tres cabezas: masones, judíos y comunistas. Lo que hizo Arreola en este caso fue bien simple: de la manera más clara, sin jergas ni fórmulas, me transmitió eficazmente su visión de la pasada Guerra Civil Española y de la aún presente Guerra Mundial. Arreola, en una palabra, me abrió los ojos. Él me sacó de Egipto.

(Y, así como Dios, después de seis días de Creación, vio que estaba bien lo que había hecho, así Arreola, después de unos diez

meses de magisterio, me juzgó suficientemente *déniasé* para acompañarlo en la aventura de *Pan*. Podíamos dar ante el mundo la impresión de estar a la misma altura.)

Arreola me enseñó a percibir la belleza de las palabras. Me decía, por ejemplo: “Fíjate en esto: *la luna azul, descalza, entre la nieve*”; “Fíjate en esto otro: *y manzanas de olor y simetría*”. Sin ser narratólogo, él me enseñó la función de la estructura. Una vez le dije que me había hecho gracia algo que leí en un cuento de Efrén Hernández: “Tú no sabes bañarte —le dijo un chofer a otro—, todito te mojas”. Sí, buen chiste, me contestó Arreola, pero fíjate en lo fuera de lugar que está. También me enseñó, muy suavemente, lo que va de la belleza fácil a la difícil. Un compañero de la Facultad de Derecho me había regalado *Campanas de la tarde*, de Francisco González de León, y cuando le dije Arreola que esos versos eran preciosos, su comentario fue: “Lee ahora a López Velarde, a ver qué pasa”.

A veces se cambiaban los papeles: podía revelarle a Arreola algo que él desconocía —y que él, con gran regocijo, se apresuraba a incluir en su tesoro—, por ejemplo una letra de Alonso de Bonilla en que dice el devoto: “Virgen, ¿si querrá conmigo / ese Niño? Dadle acá”, y contesta la Virgen: “Anda, llévatelo ya, / que llora por ir contigo”, o la “Cena jocosa” de Baltasar del Alcázar (“En Jaén, donde resido...”). Pero lo que más recuerdo es lo mucho que leímos simultáneamente: poemas y más poemas de *Laurel* (que yo me robé en una librería, porque era libro muy caro), números y más números de la *Revista de Occidente*, los *Entremeses* de Cervantes, el gran libro de Amado Alonso sobre *Residencia en la tierra*, los volúmenes que iban llegando del *roman-fleuve* de Georges Duhamel, la amenísima biografía del cardenal Cisneros por un tal Luys Santa Marina, y tantas otras cosas.

Si en este momento me pregunta alguien qué adjetivo, según yo, define mejor a Arreola, le contestaré: *entusiasta*. Ese Arreola que me cayó del cielo chorreaba entusiasmo. Ganaba un sueldo miserable en *El Occidental*, y jamás lo vi alicaído. Alguna vez, sí, preocupado, como cuando nació su primer retoño. Mucho tiempo después contó él, ante varios oyentes, una cosa que yo había olvidado. Ya era hora de que Sara y la bebita (Claudia) regresaran a casa —una casa modestísima—, y faltaba cierta cantidad para cubrir los gastos médicos; y entonces yo (según Arreola) llegué con mi puerco de Tlaquepaque, lo quebré con alguna solemnidad, nos pusimos a contar el dinero, ¡y resultó exactamente la cantidad que faltaba! Tal vez sea cuento de Arreola. Pero, suponiendo que no lo sea, mi gesto no tiene nada de sublime: yo ganaba menos que él, pero no sostenía una familia y una casa, pues vivía “arrimado” a unas tías mías. Lo que importa subrayar, por si no ha quedado claro, es el tono “entusiasta” del cuento: no hay ni sombra de *self-pity*, sino un *gusto* de contar que se convierte sobre la marcha en *arte* de contar. El final feliz cae en su lugar: la cantidad *exactita*.

En 1944/45 me hablaba Arreola de una experiencia completamente ajena para mí: el teatro. Él y yo fuimos “niños recitadores” (esos que en las fiestas escolares declamaban “Madre, la selva canta...” o “Como renuevos cuyos aliños...”), pero él recitó más y mejores cosas; y, sobre todo, él siguió recitando toda su vida. ¿Qué vino a hacer a México en enero de 1937, con una mano delante y otra detrás, ese provinciano de 18 años? Vino a estudiar *teatro*. Estaba gritando: “Quiero ser actor, quiero dedicar mi vida a las tablas”. Y sucedió lo que tenía que suceder (lo que en 1944 iba a suceder conmigo): Arreola sedujo a medio mundo; sedujo a Villaurrutia, a Usigli, y sobre todo a Fernando Wagner, el único “profesor de teatro” que había en 1937. Nadie podía cerrarse a

su entusiasmo tan vibrante. ¿Y cómo se sostuvo Arreola en esos tiempos en que no existía Conaculta ni nada parecido? Muy simple: agarró una chamba de “abonero”; por las mañanas recorría de puerta en puerta las vecindades vendiendo zapatos “en abonos fáciles”. (En 1937, o tal vez 1938, Fernando Wagner mandó a no sé qué revista alemana una noticia sobre su escuela de teatro. Entre las ilustraciones hay una foto de Arreola con su racimo de zapatos al hombro. Esa foto debiera titularse “El entusiasta”.)

En 1944 hacía tiempo que Arreola estaba ya de regreso en Guadalajara, pero ¡cómo añoraba esa aventura! —la cual, a lo que entiendo, se interrumpió porque fracasó el apenas iniciado Teatro de Media Noche, empresa no comercial (¡era tan poquita la vida cultural!). Lo que puedo contar con todo detalle es la aventura que vino después: el viaje a París, a fines de 1945, para “estudiar teatro” con Louis Jouvet y Jean-Louis Barrault. (El Arreola de 1945, por cierto, se parecía bastante al Barrault de entonces: rasgos afilados, mirada alerta, movilidad de ardilla.) Entre tantas cosas, Arreola me enseñó a ver cine. Concretamente, cine francés. En 1944/45 el Teatro Colón de Guadalajara vivía de películas francesas anteriores a la Guerra. Arreola se las sabía de memoria (fue así, *mirabile dictu*, como aprendió a hablar francés, incluidas la expresión facial y la mímica), pero las veía una vez más conmigo, encantado de la vida. En ciertos momentos me daba un codazo: “Fíjate en la escenita que viene ahora”. (Recuerdo una de esas escenitas: Jouvet, anarquista buscado por la policía, tiene con Barrault un encuentro que dura tal vez un minuto, pero un minuto cargado de *suspense*.)

En la “Presentación” de *Pan* cuento de qué manera hechizó Arreola a Jouvet, en el momento mismo en que el astro bajaba del tren que lo había llevado, con su *troupe*, a Guadalajara. Arreola

leyó eso, y me dijo: “bueno, no sucedió así exactamente; veo que tú también inventas”; pero yo sigo aferrado a mi cuento. La aventura de París duró unos meses apenas (el porqué de la interrupción sería largo de explicar), pero Arreola nunca la ha olvidado. He aquí dos instantáneas: Arreola en el taller de declamación de Barrault, descubriendo los ritmos del *alexandrin*, y Arreola haciendo un papel en la puesta en escena de *Antonio y Cleopatra* de Shakespeare, creo que en traducción de André Gide. Es un papel humilde: Arreola, temblando de frío, sin más que un taparrabos egipcio, es uno de los remeros de la galera de Cleopatra; pero el escenario es todo lo contrario de humilde: ¡es la Comédie Française! Y por algo se empieza, ¿no?

Arreola ha sido durante toda su vida un “recitador”, un cultivador de la *commedia dell'arte*. Vaya a ese propósito una anécdota. La escena tiene lugar en casa de don Octaviano Valdés, donde cada domingo hay una curiosa tertulia: se chupa mate argentino y se habla de literatura & Co. Están los Méndez Plancarte, Agustín Yáñez, mi tocayo Gómez Robledo, Alí Chumacero, Henrique González Casanova y otros más (yo por ejemplo). El año es 1952. Agustín Yáñez es ya, dizque por voluntad popular, gobernador electo del estado de Jalisco. Y he aquí que Arreola, inspirado por Talía, se pone a improvisar, y fabrica una pieza parecida a aquellos pasatiempos de tertulia que a comienzos del siglo XIX se llamaban “unipersonales”. Él, Arreola, es el *valet* del señor gobernador Yáñez (y aquí Arreola se describe cariñosamente a sí mismo: peluquín blanco, chaleco de brocado, calzón corto de seda, medias inmaculadas, zapatos con hebilla de plata). El *valet* se encarga de cosas que el gobernador, por decoro, no puede hacer: está al tanto de todas las intrigas palaciegas; es él quien conoce los hilos del tinglado político. Tiene un salario considerable, porque le es impres-

cindible al gobernador. Éste, por ejemplo va a dar audiencia a alguien, y dice: “Arreola, recuérdeme qué negocio trae este fulano”; el *valet* se lo recuerda en pocas palabras; entonces el gobernador le pregunta: “¿Qué será bueno hacer?”, y el *valet* contesta: “Salvo que Su Excelencia opine otra cosa, yo diría que...”; y, en vez de terminar la frase, hace Arreola el gesto de apagar lentamente una vela. El público, que ha estado embobado (y no es un público de bobos), prorrumpe aquí en risas y aplausos.

Un punto brillante de mi *curriculum vitae* es el programa semanal de tv que durante ocho meses (1978/79) tuvimos Arreola y yo. Era media hora de improvisación pura (sobre todo de mi parte; él, como veterano, tenía sus trucos): sin ningún acuerdo previo, nos poníamos a divagar en torno a sonetos de todos los tiempos y lugares, a soneto por sesión. Llegué a ser famoso. Había personas que me reconocían en la calle o en un restaurant, y me saludaban, y me decían: “¡Por fin el desbordante Arreola se nos presenta con un verdadero interlocutor! A los anteriores los tenía siempre aplastados bajo el torrente de sus palabras”.

Sobre la larga carrera de Arreola como astro de tv no diré ni malo ni bueno. Varias veces oí decir a personas del gremio intelectual: “¡Qué pena! ¡Como ha degenerado Arreola!”; pero yo creo que esas personas no le concedían a la *vox populi* el respeto que merece; además, a propósito de uno de los mayores escándalos, el de Arreola metido a comentarista de deportes en un Mundial de Fútbol (cosa que yo no vi), contaré lo que me dijo Ruy Pérez Tamayo: “¡Ese Arreola! A diferencia de los comentaristas de cajón, que todo el tiempo se desgañitan exhibiendo su profesionalismo, él nos descubre serenamente, ¡pero con qué entusiasmo!, el sentido profundo de la competencia entre dos grupos humanos; nos da una cátedra de filosofía del deporte”.

Se me acaba el espacio que me asignaron. Releo lo escrito y veo que no he trazado un “Perfil”; solamente, si acaso, algunos rasgos. No he mencionado los muchos entusiasmos de Arreola que a mí me son ajenos. Es impresionante la catolicidad de sus intereses, y enorme, desmedida, la alegría con que todo lo vive: el ajedrez (incluyendo una pasmosa erudición sobre campeonatos mundiales), el ping-pong, las cosas de lujo: prendas de vestir, encuadernaciones, muebles, cristales *art-nouveau*, buenos vinos (sobre todo franceses)... Pienso, por cierto, que así como el autodidacto es quien mejor sabe apreciar los bienes de la cultura, así el que ha nacido pobre disfruta de los bienes de la fortuna más plenamente que el que ha nacido rico.

Si Arreola fue mi maestro, también lo fue, en épocas posteriores, de José Emilio Pacheco, de Vicente Leñero, de Alejandro Aura, de José Agustín, de Federico Campbell y de tantos otros. Él ha sido el maestro perfecto, el que vive enriqueciéndose con las más variadas experiencias y al mismo tiempo comparte generosamente sus riquezas con los demás. Sus actuaciones en la TV caerán en el olvido, pero dos frutos de su entusiasmo y su optimismo radicales durarán por mucho tiempo: uno es ese ya histórico magisterio —pues Pacheco y los demás son un grupo nutrido y de importancia capital en la república literaria—, y el otro es, por supuesto, su obra escrita, su “varia invención”, su prosa trabajada y pulida con manos de artesano (comparación muy de él), su gozosa exhibición de *la cosa bien hecha*.

OCTAVIO PAZ Y “POESÍA EN VOZ ALTA”

No es ésta la primera vez que escribo algo dedicado a Octavio Paz. En 1984, mientras trabajaba en mi artículo sobre un soneto desconocido de sor Juana, traía en la cabeza el poema-dedicatoria de Catulo, “Cui dono lepidum...”: “¿A quién dedicaré estos versos...? ¿A ti, Cornelio...!”, traducido así: “¿A quién mejor que a Octavio podía yo dedicarle mi pequeño hallazgo?” El resto del poemita catuliano no tenía aplicación: no se trataba de un gran poeta dedicando sus versos a un prosista de tantos, sino de un prosista de tantos dedicando su artículo a un gran poeta. Además, la razón de Catulo era que Cornelio le había “chuleado” sus versos; la mía era que en 1984 cumplía Octavio 70 años y acababa de publicar un libro destinado a perdurar, *Las trampas de la fe*.

Ahora el “tema” de mi artículo es el propio Octavio Paz. Los jóvenes organizadores del presente homenaje, comprendiendo tal vez que hay plumas más autorizadas que la mía para comentar la obra de Octavio, o tal vez deseando dar variedad a las colaboraciones, me pidieron muy expresamente que hablara de la participación de Octavio Paz en “Poesía en Voz Alta”, puesto que yo mismo había tomado parte en esa ya legendaria aventura teatral. Mi homenaje, pues, está hecho de recuerdos de ese año 1956 en que se mostraron al público, en el ya destruido Teatro del Caballito, los dos primeros programas de “Poesía en Voz Alta”.

A Octavio Paz lo conocí en París en 1950. Estaba él en nuestra embajada, y yo tenía una beca del Colegio de México. Recuerdo que nos vimos varias veces, pero no de qué hablamos. (Yo había leído con enorme admiración *Libertad bajo palabra*, publicado el año anterior por el Colegio de México, y me estaba metiendo a

fondo en la poesía de los Siglos de Oro, pero seguramente hubiera sido incapaz de hablar con él de esas cosas.) Aunque siempre fue cordial y afable conmigo, recuerdo que me intimidaba. Tal vez por eso me impresionó el que una vez me consultara una minucia “filológica”: si podía emplearse de cierta manera el verbo *manar*, si no era demasiado violento decir algo como “manarse a sí mismo” (y creo que esto se relacionaba con la traducción al francés de un poema suyo). No sé qué le dije, pero la consulta no dejaba de ser honrosa: él, poeta ya muy seguro de su palabra, se “aconsejaba” con un aprendiz de filólogo. El hecho es que éste es el *único* recuerdo concreto que tengo del Octavio de entonces (1950-1951).

Del Octavio de 1956 guardo, en cambio, muchos recuerdos: lo vi mucho, hablé mucho con él, no sólo en el Teatro del Caballito, sino sobre todo en mi casa (colonia Hipódromo-Condessa), donde varias veces estuvo él de “visita”. En una de esas veces le mostré una conferencia que di en la Universidad de Texas (¡y en inglés!) sobre él, Arreola y Rulfo, seguramente en ese mismo año de 1956. La parte dedicada a Octavio era un comentario sobre “El cántaro roto” (poema recién publicado, y que me fascinaba), con largas porciones traducidas al inglés. (Recuerdo que Octavio me dijo que esta traducción, obra de Joseph Matluck, le gustaba más que otra que alguien había hecho, o estaba haciendo.) En otra ocasión me animé a darle a leer los dos poemas de “adolescencia” que publiqué en la revista *Pan* en 1945, y él me dijo algo equivalente a “Pues mira, no son malos”, o sea un auténtico elogio. (En 1985, en el prólogo a la reimpresión facsimilar de *Pan*, digo que tampoco a mí me parecen malos, pero es porque Octavio me dio confianza para decirlo. Y, ahora que lo pienso, en ese momento, mudando brevísimamente de papel, fue Octavio quien “chuleó” *mis* versos.) En otra ocasión le di a leer las poesías de uno de esos

estudiantes de Letras que hacen versos y andan perdidos y buscan consejo; después de leer unos cuantos poemas, Octavio cerró violentamente la libreta y dijo más o menos: “¡No puede ser! Este muchacho no tiene ni idea de lo que es la poesía moderna. Aconsejale que se ponga a leer a...”, y me dijo varios nombres, de los cuales recuerdo el de Juan Ramón Jiménez: creo que el “modo” de ese muchacho era juanramoniano de manera vaga y “en bruto”. (Muchas veces, desde entonces, hablando con poetas incipientes, les he aconsejado leer las *Cartas a un joven poeta* de Rilke y les he transmitido ese comentario de Octavio, convertido en parte de mi “magisterio”.) También recuerdo con mucha nitidez esta confidencia: “¡Qué envidia le tengo a Yevtushenko! ¡Un poeta leyendo sus versos en un estadio, ante 60,000 oyentes!...”

Se me ocurre que todo esto —incluyendo la consulta sobre el verbo *manar*— lo tendrá Octavio perfectamente olvidado. En tal caso, el Octavio que estoy evocando es una especie de fantasma sin más vida que la que tiene en mi cabeza. En cambio, el Octavio de “Poesía en Voz Alta” no tiene nada de fantasmal. Su presencia, su actuación, sus ideas, ocupan un amplio lugar —el lugar justo— en el libro de una notable estudiosa norteamericana, Roni Unger, *Poesía en Voz Alta in the Theater of Mexico*, publicado hace nueve años por la University of Missouri Press (Columbia y Londres, 1981), fruto de una investigación que no puede calificarse sino de exhaustiva y magistral. Ahora, para escribir estas paginitas, he releído la historia de los dos primeros programas, el “programa de Juan José Arreola” y el “programa de Octavio Paz”. Los jóvenes que me invitaron a escribir esto saben bien, aunque jóvenes, que el Grupo Alatorre, conjunto de madrigalistas dirigido por mí (y cuyos integrantes éramos yo mismo, Margit Frenk, un hermano mío y su mujer) fue aplaudidísimo por su participación en el programa

de Arreola. (Margit y mi cuñada tuvieron también una partecita en el programa de Octavio: ellas cantaban la cancioncita de las maletas en *El canario* de Georges Neveux, traducido por Octavio. Siguen en mi cabeza los graciosos hexasílabos de la canción, y la adecuadísima música que les puso Joaquín Gutiérrez Heras, con ritmo como de ruedas de tren.) Puedo decir, con absoluta objetividad, que la parte encomendada al Grupo Alatorre, o sea la parte central del programa de Arreola, fue tan aplaudida como las otras dos, dedicadas al teatro arcaico y al teatro supermoderno (estreno mundial de varias cosas de García Lorca). En el intermedio del espectáculo, los camerinos del teatro se llenaban de visitantes del mundo intelectual y artístico, desde Alfonso Reyes y Dolores del Río hasta perfectos desconocidos, y en verdad que los cantantes éramos tan festejados como los actores (recuerdo el beso que me dio Dolores del Río). Estoy, pues, en posición de garantizar que los párrafos que dedica Roni al Grupo Alatorre son irreprochables desde el punto de vista histórico. Ella me entrevistó varias veces, pero entrevistó asimismo a otros sesenta colaboradores o testigos de “Poesía en Voz Alta”, de manera que en su presentación de los hechos está también lo que otros le dijeron.¹ Todo el libro está hecho así. Hasta donde es humanamente posible “reducir” a

¹ En el libro de Roni Unger (pág. 155, nota 4 del capítulo tercero) encontré algo que yo ignoraba. Los trajes del Grupo Alatorre, diseñados por Héctor Xavier —demasiado “arqueológicos” en comparación del imaginativo y moderno vestuario que Juan Soriano diseñó para los actores—, fueron criticados por algunos. Yo llevaba unas mallas azules, muy ajustadas, y a León Felipe (según testimonio de Leonora Carrington) le parecían impropias de un profesor “serio” como yo. Soriano, que pensaba lo mismo, le contó a Roni Unger que él y Octavio me pusieron de apodo Monsieur Pitoëff (y Roni Unger les explica el chiste a los lectores de habla inglesa). Fue curioso toparme con esta noticia en mi lectura. (La lista de los colaboradores de “Poesía en Voz Alta” está en las pp. 176-177 del libro.)

historia objetiva una aventura artística en que hubo tantos y tan diversos participantes, el libro de Roni Unger es historia objetiva.

(Joaquín Gutiérrez Heras, después de leerlo, hizo un comentario que se me grabó en la memoria. "Es curioso —me dijo— vernos a nosotros mismos en una historia tan formal, tan académica". Para él, como para mí, aquello fue un juego; un juego gratisimo, pero juego; nos divertía igual que a Arreola, a José Luis Ibáñez, a Tara Parra y a todos los demás, pues todos éramos iguales, todos jugábamos a lo mismo y con el mismo entusiasmo. Lo curioso es que los incidentes de un juego así se cuenten con tantos pelos y señales y con tamaño aparato crítico, como si se tratara —decía Gutiérrez Heras— del grandioso momento histórico de los "Ballets Russes" de París, con nuestros nombres en vez de los de Diaghilev, Satie, Stravinsky, Cocteau y los demás. Y así es, en efecto. Pero la desproporción no le quita ningún mérito al libro de Roni Unger. Por cierto, en este año de 1990 he oído comentarios radiofónicos y he leído artículos sobre "Poesía en Voz Alta", particularmente en el número de junio de la *Revista de la Universidad*, y creo que nadie lo menciona, lo cual es muy explicable, pues la historia que cuenta un Héctor Mendoza o un José Luis Ibáñez no necesita estar fundamentada en citas ajenas; pero el libro de Roni Unger merece una traducción al español; tiene mucho más que decir a los lectores mexicanos que a los norteamericanos.)

En esa historia objetiva brilla muy especialmente Octavio Paz, no porque en el ánimo de la autora pesara, en 1981, toda la fama acumulada por él desde 1956 (y esto la llevara a atenuar el brillo de quienes fueron sus entusiastas compañeros), sino por la simple fuerza de los hechos. Ese Octavio del segundo programa —pienso después de leer a Roni Unger— tuvo una experiencia indudablemente feliz, no muy distinta de la de Yevtushenko: se reveló, se

descubrió al pequeño “gran público” del México de entonces, o sea a muchos que de otra manera no hubieran tenido contacto con su poesía, o que no lo habían tenido hasta entonces. Por ejemplo, Cosío Villegas: don Daniel fue un atentísimo espectador de *La hija de Rappaccini*.

Roni Unger, que reproduce íntegramente las presentaciones de los dos programas (la del primero por Arreola, la del segundo por Octavio), reproduce también, del segundo programa, un breve párrafo sobre Octavio Paz, escrito seguramente por el propio Octavio, autor de las notitas acerca de los demás “Autores” del programa (Georges Neveux, Jean Tardieu y Eugène Ionesco). Dice así: “La obra de Octavio Paz ha sido un gran monólogo. Pero un monólogo que tendía a desembocar en diálogo. Por eso no es de extrañar que se interese ahora en el teatro. *La hija de Rappaccini* es su primera aventura teatral. Basada en un cuento de Nathaniel Hawthorne (que utilizó a su vez un relato antiguo, procedimiento común a todos los escritores de todas las épocas), la pieza del poeta mexicano retoma algunas de las preocupaciones de su poesía: amor y realidad, el conflicto entre el instinto de supervivencia y el impulso amoroso completamente desatado. El teatro es disfraz, pero disfraz cristalino; su misión no es ocultar la condición humana, sino hacerla más transparente” (traduzco del inglés, que es como están todos estos documentos en el libro). Yo estoy seguro de que el recuerdo que Octavio conserva de esta aventura es —*toute proportion gardée*— tan positivo y tan sonriente como el mío. Octavio derramaba cordialidad y afabilidad. Estaba entusiasmado, y su entusiasmo, juvenil como el de Arreola, se fundía con el de los demás, le daba cuerpo, lo elevaba. Y otra cosa: todos los textos representados en el segundo programa fueron obra de él: no sólo *La hija de Rappaccini*, sino también

las tres preciosas miniaturas traídas por él de París, como regalo novedoso, pues fue él quien tradujo las tres: *El canario* (de Neveux), *Oswaldo y Zenaida, o Los apartes* (de Tardieu) y *El salón del automóvil* (de Ionesco).

He aquí, para terminar, algunas intantáneas que he encontrado en mi archivo neuronal al escribir estas líneas: 1) El momento de *La hija de Rappaccini* en que se descorre una gran cortina y penetra la luz, mostrando la fantástica decoración de Leonora Carrington, y a medida que la luz crece, se difunde en el aire un largo, pausado arpegio, obra maestra, en miniatura, de Gutiérrez Heras. 2) Cosío Villegas, después de ver *La hija de Rappaccini*, diciéndome a propósito de la escena culminante: "¡Y vi cómo le brillaba a Manola Saavedra una auténtica lagrimita que se le salió!" 3) Zenaida, o sea Tara Parra, con su traje muy 1840, coqueteando deliciosamente con Oswaldo (Carlos Fernández). 4) El formidable duelo verbal de Arreola y Eduardo MacGregor, entre chistosísimos "automóviles" (hechura de Soriano), y allí, en una butaca, José Gaos, llorando de risa.

OCTAVIO PAZ Y YO

El 1º de julio del año pasado tuvo lugar en el Colegio de México un acto en conmemoración de Octavio Paz. Tomamos la palabra cuatro profesores-investigadores: Anthony Stanton, Soledad Loaeza, Rafael Segovia y yo (en ese orden). He aquí lo que yo dije:

Cuando Andrés Lira me invitó a hablar hoy sobre mi relación con Octavio Paz, le advertí que yo no creía en el viejo precepto *De mortuis nil nisi bonum*, y que, si había de decir lo que siento, introduciría una cacofonía en este acto concebido al parecer como homenaje *in memoriam*, pues no todo lo que siento de Octavio Paz es *bonum*. Y Andrés me contestó: “Antonio, a ti te consta que en el Colegio de México siempre ha habido libertad de expresión”.

Me vinieron al recuerdo dos charlas que di sobre Alfonso Reyes en este Colegio, en 1970 y 1973,* las cuales me fueron elogiadas porque en ellas, por así decir, bajaba a don Alfonso del alto pedestal en que la fama lo estaba colocando (a tal grado que se perdía en las nubes), y, habiéndolo yo tratado asiduamente durante años, no me costó ningún trabajo presentarlo en sus dimensiones humanas. Quienes no me elogiaron fueron, naturalmente, los miembros de la Capilla Alfonsina, dedicados a mantener siempre encendida una especie de lámpara sagrada al pie del pedestal. Para ellos fui un irrespetuoso, un deslenguado, un enemigo, y mis charlas, como memorablemente sentenció Ernesto Mejía Sánchez, brotaron del “negro diente de la envidia”.

* [“Alfonso Reyes y El Colegio de México”, publicada en *Diálogos*, marzo-abril de 1970; y “Alfonso Reyes: pequeña crónica desmitificante”, también publicada en *Diálogos*, julio-agosto de 1974 (para esta segunda, cf. en este mismo volumen, pp. 31-40)].

(De hecho, mi relación con don Alfonso fue muy tranquila, muy cordial. Nunca hubo en ella el menor percance. En cambio, la relación que ahora voy a relatar brevemente y en orden cronológico, sí que tuvo percances. O digamos altibajos.)

Conocí a Octavio Paz en París, a fines de 1950. Él estaba en nuestra embajada y yo me dedicaba a la investigación con una beca del Colegio de México. Había leído con enorme alborozo *Libertad bajo palabra*, publicado por el propio Colegio el año anterior, con el sello editorial “Tezontle”. Octavio se portó muy amable conmigo, pero no recuerdo que hayamos tenido sino conversaciones cortas e intrascendentes. Así, pues, el Octavio de 1950-51 me ha quedado bastante borroso.

En cambio, del Octavio de 1956 guardo muchos recuerdos. Lo vi mucho, hablé mucho con él, no sólo en el desaparecido Teatro del Caballito, donde se representaron los dos primeros programas de “Poesía en Voz Alta”, en los cuales fuimos copartícipes, sino también en mi casa, donde varias veces estuvo él de visita. Una vez le mostré una conferencia que di en la Universidad de Texas, donde había un comentario sobre “El cántaro roto”, poema recién publicado y que me fascinaba —y me sigue fascinando—, con largos pasajes traducidos al inglés por mi amigo Joseph Matluck. (Me dijo Octavio, por cierto, que esa traducción le satisfacía más que otra que alguien había hecho.) Otra vez me animé a enseñarle dos poemas míos publicados en 1945 en la revista *Pan*, y él me dijo algo equivalente a “Pues mira, no están mal”, lo cual fue un auténtico elogio. Otro recuerdo, muy nítido, de esa época: la vez que me dijo: “¿Te imaginas a Yevgueni Yevtushenko leyendo sus versos ante 60 000 almas, en un estadio? ¡Qué envidia!”

La presencia, la actuación, las ideas de Octavio Paz ocupan el lugar justo (o sea un lugar muy amplio) en el libro de una norte-

americana, Roni Unger, llamado *Poesía en Voz Alta in the Theater of Mexico*, publicado en 1981. Fuimos muchos los que convivimos con Octavio durante los dos primeros programas, el “programa Arreola” y el “programa Paz”. Para todos, desde el director hasta el electricista, aquello fue un juego hermosísimo. Todos éramos iguales. Todos jugábamos a lo mismo, con el mismo entusiasmo y el mismo desinterés (quiero decir, sin otro interés que el de hacer bien las cosas).

En la presentación del segundo programa hay una nota sobre Octavio, anónima, pero escrita inequívocamente por él mismo, cuyas palabras iniciales dicen: “La obra de Octavio Paz ha sido un largo monólogo, pero un monólogo que tendía a desembocar en diálogo; por eso no es de extrañar que se interese ahora en el teatro”. (Palabras que tienen que ver con lo que me dijo sobre Yevtushenko: el teatro, en efecto, se dirige al “gran público”.) En resumen, mi relación con Octavio en 1956 fue muy sonriente. Él chorreaba cordialidad y afabilidad. Estaba entusiasmado, y su entusiasmo, juvenil como el de Arreola, se fundía con el de todos nosotros, le daba cuerpo, lo elevaba. Y todo lo representado en ese segundo programa fue obra suya: no sólo *La hija de Rappaccini*, sino también las tres preciosas miniaturas escénicas (Ionesco, Georges Neveu y Jean Tardieu) traídas por él de París como regalo para sus paisanos.

Mi siguiente encuentro con él fue en Nueva Delhi, a fines de 1964. Los encargados de la propaganda cultural en Relaciones Exteriores me enviaron a varias ciudades asiáticas con la no fácil misión de hablar sobre literatura mexicana moderna. Llevaba escritas, en inglés, dos conferencias en que hacía lo posible por decirles *algo* a tan exóticos auditorios. “¿Qué traes?”, me preguntó Octavio. “Traigo esto y esto otro”, le contesté: y él meneó la cabe-

za: “Demasiado elemental para la clase de público que yo quiero reunir para ti en la embajada: necesitas escribir otra cosa”. Y tuve que hacerlo, durante dos días de encierro en el hotel. Creo que no lo hice mal. Los asistentes (artistas e intelectuales) dieron muestras de interés y hasta me hicieron preguntas. Así, pues, dicho sea con toda modestia, hice quedar bien a las letras mexicanas modernas, y Octavio me hizo quedar bien a mí.

Catorce años después ocurrió el primer percance. Jorge Aguilar, ex-alumno de este Colegio de México, publicó en 1978 una crítica fuerte de ciertos aspectos del pensamiento de Paz, intitulada *La divina pareja*. Confieso que me costó trabajo leer este libro y que me hubiera sido imposible hacer de él una crítica precisa, pero había jóvenes exigentes e “inquietos” que no sólo lo leían sino que lo estudiaban, y una vez, varios meses después de su publicación, les oí decir que *La divina pareja* no había tenido reseñas en revistas ni suplementos culturales porque éste era un mundo “controlado por la mafia Octavio Paz” y había consigna de aplicarle la ley del silencio. La cosa me pareció cuento, fantasía de muchachos muy amigos de Jorge, pero me quedé con ganas de saber qué había. Justamente, por entonces (noviembre de 1978), me topé en *El Ágora* con Huberto Batis, que a la sazón hacía en *Sábado* una especie de crónica literaria de la semana, y le dije: “Tú, que te mueves en el mundo de hoy —porque yo me muevo en el de ayer—, tendrás que saber si existe tal mafia; sería triste que a Octavio le sucediera lo que a don Alfonso, a quien durante mucho tiempo le estuvo negado el beneficio de la crítica”. Batis, tras un breve silencio, me contestó lo que yo me esperaba: “No creo que haya tal cosa: José de la Colina, por ejemplo, me pidió que reseñara el libro de Aguilar; lo que pasa es que cuesta trabajo leerlo”. Y en su crónica del *Sábado* siguiente incluyó un resumen de nuestra charla. Inme-

diatamente me llegó una carta de Octavio que dice, en esencia: “Yo te había tenido por amigo (de segunda clase, pero amigo), y ahora veo que te has pasado al bando de mis enemigos”. Al final de esta carta violenta me arroja como insulto supremo la palabra *défroqué*, o sea “seminarista destripado” (porque, en efecto, yo fui seminarista). Mi carta de respuesta dice, en esencia: “Eso que cuenta Batis sucedió en efecto, pero te ruego que leas de nuevo su crónica, porque tu lectura es torcida. Yo no le hice saber a Batis que existía una mafia Octavio Paz; lo que le dije fue: «Sería triste que la hubiera (y me alegra saber que un buen conocedor como tú no cree que la haya)»”. La respuesta de Octavio tardó unas semanas. No me llegó por carta, sino por teléfono, y fue muy breve (pues, según me explicó, estaba en esos justos momentos a punto de irse a Cuernavaca). Lo que me dijo fue un “Olvidemos el enojoso asunto y sigamos tan amigos como antes”.

Recuerdo bien la impresión que me dejó el incidente. Yo, la verdad, nunca supe bien a bien quiénes eran los enemigos de Paz, qué tan temibles o alevosos fueran, ni qué cosas, exactamente, decían o hacían contra él. Pero era claro que Octavio veía enemigos por todas partes, y esto le amargaba la vida. La carga de su fama, enorme ya en 1978, tenía resultados no siempre amenos. ¡Qué vida tan complicada!

En 1982, cuando apareció *Las trampas de la fe*, yo ya venía estudiando a sor Juana, así es que leí el libro con mucha atención y muy despacio. Mi ejemplar, que tiene una dedicatoria sumamente amable, está todo marcado a lápiz. Y, como desde el principio me llamaron la atención ciertos errores muy concretos, les fui poniendo las iniciales O. P., que significaban: “Tengo que mandar a Octavio una lista de estas cosas”. Y en efecto, hice una lista de más de cien errores y se la mandé con un recadito que decía más o menos:

“Un libro tan importante debería estar limpio de estas manchas” (nombres mal transcritos, latines equivocados, etc., y también, cosa curiosa, varias vulgares faltas de sintaxis). Tuve buen cuidado de no incluir nada que fuera crítica del contenido. La respuesta de Octavio, que fue inmediata, comienza así: “Querido Antonio, muchísimas gracias. Eres muy generoso. Además, eres un lince y ves lo que no vemos los demás. ¡Cuántas cosas encontraste!” En la segunda edición se corrige casi todo lo de mi lista, y en prólogo se añade esta frase: “[Le doy las gracias] a Antonio Alatorre, que con rigor generoso *revisó* las páginas de este libro”, lo cual es ambiguo: algunos han entendido que yo revisé el libro antes de que fuera a la imprenta (!). Hubiera sido más claro decir: “En esta segunda edición he corregido algunas cosillas que se me escaparon en la primera, y que me fueron señaladas por Antonio Alatorre”.

Dos años después, cuando Octavio cumplió los 70, le ofrecí como regalo, en *Vuelta*, un largo artículo donde, entre otras cosas, publico un soneto desconocido de sor Juana. En mi opinión, ese artículo tiene más chiste que el haber hallado un centenar de gaza-pos, pero, cosa notable, ni por carta ni por teléfono ni de viva voz recibí de Octavio una muestra de agradecimiento, por convencional que fuera. La explicación que me doy es: en ese año de 1984 Octavio habría andado ocupadísimo.

El segundo percance ocurrió en 1990. Hubo un pleito que fue muy público: tuvo lugar en la revista *Proceso*, y las réplicas y contrarréplicas se extendieron a lo largo de meses. En el pleito no me metí para nada con Octavio, pero sí, y mucho, con un señor Schmidhuber de quien Octavio se había constituido padrino. La editorial *Vuelta* le publicó a ese señor una edición de *La segunda Celestina*, comedia que Salazar y Torres dejó inconclusa a su muerte y que fue terminada, según Schmidhuber, por sor Juana. El

libro todo (la introducción, los argumentos, la edición del texto) es un hervidero de disparates. Decidí entonces reseñarlo a fondo y publicar mi reseña no en *Proceso*, sino precisamente en *Vuelta*. Se publicó allí en efecto, con este título: “*La segunda Celestina* de Agustín de Salazar y Torres”, y un subtítulo: “Ejercicio de crítica”, puesto muy intencionadamente porque llevaba un mensaje: “Estoy ejerciendo la crítica y no creo que en *Vuelta* le tengan miedo a esa actividad”. Además, no quería que se repitiera algo sucedido años antes: *Vuelta* había publicado un artículo de Isaiah Berlin en una traducción pésima, verdaderamente vergonzosa, y yo, saliendo por el decoro de la revista, protesté y armé una buena lista de disparates. Pero Octavio me la mutiló. Empleando el conocido recurso de “Lamentamos que por falta de espacio...”, etc., publicó sólo una parte y dejó en silencio, naturalmente, los disparates más gordos, los mejores, los más cómicos. Mi reseña de *La segunda Celestina* tenía que imprimirse entera. Enrique Krauze fue el intermediario entre Octavio y yo. La reseña se publicó entera, sí, pero precedida de un prologuito de Octavio que dice algo equivalente a esto: “Alatorre, con su estrecha mentalidad de filólogo y profesorcito, hace aquí una serie de observaciones que para los lectores de *Vuelta*, gente de horizontes amplios, no tendrán mayor importancia”. El prologuito me pareció destemplado, y ofensivo no sólo para mí, sino también para los lectores de *Vuelta*. Pero me callé la boca.

En ese mismo diciembre de 1990 hay un artículo mío sobre Octavio en la revista *Textual*, número dedicado todo a él con ocasión del premio Nobel. Los de *Textual* me pidieron expresamente un artículo sobre el Octavio Paz de “Poesía en Voz Alta”,** y lo

** [Véanse las pp. 109-115 en este mismo volumen.]

escribí con júbilo, pues era una oportunidad inmejorable para “quedar bien” con Octavio, no porque me sintiera en culpa por lo de *La segunda Celestina*, sino simplemente porque quería que Octavio oyera una voz que le decía: “¿Te acuerdas de cuando éramos amigos?”

Donde sí me meto con Octavio es en mi “Lectura del *Primero Sueño*”, artículo publicado en 1993, donde critico desfavorablemente el capítulo de *Las trampas* dedicado al *Sueño*. Según yo, Octavio da señales de no haber *entendido* la obra maestra de sor Juana. Pero tuve la precaución de mandarle copia del original, para que cuando apareciera en letra de molde no le tomara por sorpresa. Su larga contestación es una autodefensa no muy afortunada, y buena parte de ella no tiene que ver con la lectura del *Primero Sueño*, sino que consiste en reproches porque nunca salí en defensa suya contra sus muchos enemigos, y hasta me acusa de haber sido uno de los propaladores del mito de la mafia, olvidando que él mismo había dado por olvidado el incidente que antes conté.

En verdad, Octavio nunca me perdonó la crítica que hice de su lectura del *Primero Sueño*, de manera que nuestra amistad (de segunda clase, pero amistad, como él dijo) quedó muy agrietada. Y aquí viene el tercer percance, el definitivo.

El 17 de abril de 1995 se conmemoró el tercer centenario de la muerte de sor Juana, y siempre se supo que el orador oficial en la ceremonia del Claustro de Sor Juana, con asistencia del presidente de la República, iba a ser Octavio Paz. Unos días antes apareció en *Proceso* una entrevista en la cual, a la pregunta de si yo iba a tomar parte en alguna de las anunciadas celebraciones, contesté que ni sobre sor Juana ni sobre ninguna otra cosa me gusta hablar en esos actos de lucimiento en que hay personalidades del mun-

do político y abundancia de fotógrafos, esos actos a los que les queda muy bien la designación de “eventos”. Los “eventos” son cosa puramente decorativa; nadie espera de ellos algo sustancioso. Eso es lo que yo pienso. El que Octavio no sólo pensara de otra manera, sino que sintiera, como número uno de hoy, la obligación de pronunciar el encomio de la número uno de ayer, era cosa que yo daba por descontada. Pero lo que Octavio leyó en mis palabras fue un desacato, un insulto personal, como pude comprobar más tarde.

En 1995 ya no asistía él a las juntas mensuales del Colegio Nacional, pero un día de 1996 se presentó inesperadamente y, por casualidad, llegamos los dos al mismo tiempo. Yo, ingenuo, fui hacia él diciéndole: “¡Qué milagro!” y tendiéndole la mano. La mirada que me echó Octavio fue de enorme indignación. En ella, y en la expresión toda del rostro, se leía un “¡Qué desvergonzado, qué caradura!”, y se apartó de mí como quien huye de la peste. Así, entre rayos y centellas, Octavio declaró definitivamente rota nuestra amistad.

Vuelvo a lo que dije al comienzo sobre el precepto de no decir sino cosas buenas acerca de los muertos: *De mortuis nil nisi bonum*. Hace poco leí una frase de Voltaire que es una sensata, humana y luminosa refutación del viejo precepto. Es bueno, dice, tratar con cortesía, con miramientos, a quienes viven entre nosotros, pero los muertos son otra cosa: a ellos se les debe la verdad. Voltaire lo dice lapidariamente: “On doit des égards aux vivants; on ne doit, aux morts, que la vérité”.

LA ALEGRÍA Y LA LUZ¹

“Es un gran honor para mí [...]” estas seis palabras habrán sido, seguramente, el comienzo de centenares de miles, millones quizá, de alocuciones y discursos, sinceros algunos, otros insinceros. En todo caso, “es un gran honor para mí” ha degenerado en fórmula retórica, frase de cajón, cosa hueca. Y, sin embargo ¡lo que es la tenacidad de los lugares comunes, su enorme fuerza de inercia!, debo confesar que fueron esas seis palabritas las que me vinieron a la cabeza en el momento de ponerme a escribir esto que estoy leyendo. Y es que en verdad, así es: me siento honrado, privilegiado, feliz por haber sido escogido para hablar aquí sobre Tomás Segovia, sobre todo porque no fui escogido por ningún comité organizador, sino por el propio Tomás Segovia. Me hizo la invitación por teléfono, desde Madrid. Tal vez debí preguntarle por qué me invitaba a mí y no a otro de los muchos amigos y lectores que tiene, pero no lo hice, sino que acepté rápidamente, como temeroso de que otro se me adelantara. Mientras le decía que sí, me bailaba en la cabeza este pensamiento: “¡Qué oportunidad perfecta para decir en público lo mucho que quiero y admiro a Tomás!” Y, para explicar el qué y el porqué del “gran honor”, necesito decir, aunque sea con medias palabras, quién es ese Tomás que quiso otorgármelo. Claro que al hablar de él no tengo más remedio que hablar también de mí, puesto que el cariño y la admiración que quiero expresar son sentimientos *míos*.

Conocí a Tomás hace más de medio siglo y desde la primera vez que hablamos me dejó deslumbrado. Además, como él co-

¹ Texto leído en la entrega del Premio Juan Rulfo a Tomás Segovia, en 2005.

menzó a escribir desde la adolescencia, muy pronto comencé a leerlo, con lo cual fue mayor mi deslumbramiento. Siempre lo vi muy por encima de mí, Por eso, en 1958, quedé tan sorprendido el día en que me invitó a ser codirector, con él, de la *Revista Mexicana de Literatura*. A mi modo de ver, yo estaba pisando un terreno árido y austero, el de la filología; mientras que él pisaba el verde y florido de la poesía, el cuento y la novela; ser codirector de una revista literaria era muy ajeno a mis quehaceres, me quedaba muy ancho, y así se lo dije a Tomás. Pero él me contestó con unas palabras que se me quedaron hondamente grabadas: “Nada, nada. Tú eres de los nuestros, yo te conozco”. Así me lo dijo, y puedo afirmar que estas palabras tuvieron la virtud de hacerme más seguro de mí mismo. Si recuerdo el desdén con que cierto poeta se refirió una vez a mi oficio de filólogo, puedo apreciar mucho mejor la de su amplitud de criterio. Por eso, a mi vez, como miembro de la tribu filológica, puedo decirle: “Tomás, tú eres de los nuestros”, cosa que él admitirá sin mover una pestaña. En efecto, cuando Tomás lee a los grandes de la lingüística moderna, como Hjelmslev o Chomsky, o cuando platica con lingüistas profesionales como Klaus Heger o Luis Fernando Lara, se entiende con ellos a las mil maravillas. Además, durante algunos años fue profesor-investigador del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios del Colegio de México, ¡y hay que ver lo bien que cumplió como profesor y como investigador! Sus clases aún se recuerdan, y su estudio sobre *La vida es sueño* de Calderón y *El villano en su rincón* de Lope de Vega, obras a las cuales añadió, sorprendentemente, *El príncipe de Homburgo* de Heinrich von Kleist, cuajó en su libro impreso en 1985 con un título que sugiere muy bien el contenido: *Poética y profética*. Es impresionante la manera como la exegesis cuasi académica

de pasajes de esas tres obras, alterna aquí con un continuo vuelo especulativo sobre la entraña del fenómeno literario o sobre la naturaleza del lenguaje. (Bien visto, la filosofía del lenguaje no es sino una forma de filología: la más depurada.)

Volviendo a la *Revista Mexicana de Literatura*, añadiré que los dos tomamos la tarea muy en serio. Nos reuníamos en su casa con el grupito algo cambiante de los colaboradores, revisábamos los originales que teníamos en las manos, organizábamos el número siguiente; y el aire que allí se respiraba era de gozo y de entusiasmo. Recuerdo especialmente la lectura de las colaboraciones destinadas a la sección final de cada número, llamada “La pajarera”: esas colaboraciones se publicaban anónimas, situación conveniente y cómoda era soltar la lengua y dar palos a escritores chirles o pedantes. Hay “pajareras” de Tomás, las hay mías (hechas con gran regocijo de mi ánimo), y las hay de otros colaboradores.

Yo dejé de ser codirector de la revista en 1960, porque salí de México. El recuerdo que viene en seguida es de 1962. Estaba en la sala de la Casa del Lago; se estrenaba una pieza teatral de Tomás, *Zamora bajo los astros*. Yo la conocía ya, pues se había impreso pocos años antes; había leído además (por supuesto) los fragmentos que nos quedan del viejo cantar épico del Cerco de Zamora, esos sobrecogedores romances viejos que nos hablan de hombres y mujeres de hace mil años, el rey don Sancho, doña Urraca, Vellido Dolfos y los demás. Sé de qué manera ha estilizado Tomás una parte de la historia, qué jugo le ha sacado. En una palabra, estoy prevenido. Pero lo que estaba ocurriendo en la sala me cogió desprevenido. La pieza no fue representada, sino dicha por un grupo de buenos actores dirigidos por José Luis Ibáñez. En el silencio de la sala sonaron unos versos tan bien pronunciados, tan finamente modulados, que yo me hundí en su música, y me

perdí, hasta que, de pronto, las lágrimas me hicieron consciente de lo emocionado que estaba.

Siguiente episodio, agosto de 1967. He asistido, en Bucarest, a uno de esos congresos en que no creo y que me tienen hartado, y de vuelta me detengo en París, donde vive Tomás, solito él y su alma; es ahora un des-terrado, un Juan sin Tierra. En cuanto nos ponemos a platicar veo cuánta falta le hace un interlocutor. Y en una de las noches, en su diminuta buhardilla del barrio de St. Germain, me leyó de cabo a rabo, despacio, durante varias horas, un poema suyo recién terminado. *Anagnórisis*. ¡Cómo pervive en mí el recuerdo de esa “noche transfigurada”! ¡Qué milagrosos chorros de poesía! Para mí, *Anagnórisis* está, desde entonces, a la altura de *Muerte sin fin*. La voz poética de Tomás Segovia es tan límpida y melodiosa como la de José Gorostiza

Aquí me es fuerza intercalar algo. Siempre ha habido escritores que escriben cosas para sí solos: un diario, o, si no, apuntes sueltos, exámenes de conciencia, reflexiones, frases, reminiscencias, pensamientos, y llenar esas libretas que suelen descubrirse después de su muerte, y que luego se publican y son un banquete para los lectores, y, contribuyen de un modo u otro a la comprensión de la obra. Tomás es uno de esos escritores. Pero, cosa insólita, él ha decidido no esperar, sino imprimir personalmente el contenido de las libretas, no se ha avergonzado en desnudar su corazón en público. Gracias a eso, casi treinta años después de aquella noche de París, pude ver en los “cuadernos de notas” de Tomás, publicados con el título de *El tiempo en los brazos*, lo que fueron para él los años en que estuvo gestándose *Anagnórisis*. Escribió en mayo de 1964: “Puedo imaginar un suicida cobarde que se dedicase a irse cerrando, poco a poco, sistemáticamente, todas las salidas, hasta el momento en que le resultaría absolutamente inevitable

suicidarse y entonces no tendría que tomar ninguna decisión”. En seguida, en párrafo aparte: “Mañana cumpla 37 años. Y me sospecho que será uno de los días más horribles de mi vida”. Otro apunte, de junio de 1965: “Soledad, cruel y amadísima”. Otro, de 1966, 7 de abril: “La soledad es mala compañía”, y luego, 16 del mismo abril: “La soledad es pésima compañía”. No es que hagan falta estas confidencias para entender *Anagnórisis*, no es que den la clave del poema ni nada de eso: todo está, y de manera mucho más punzante, en el poema mismo; pero esas confidencias brotadas en días crueles arrojan una como luz lateral y sesgada sobre el poema mismo, acentuando sus relieves; o, dicho de otra manera, nos hacen ver la distancia que hay entre el abismo existencial y el canto sublimado e intemporal que de allí ha salido. *Anagnórisis*, me dijo Jorge Guillén, el poeta de *Cántico*, un día en que hablábamos sobre Tomás, “es un poema hecho para permanecer” o “hecho para quedarse”, no recuerdo exactamente sus palabras.

Tomás ha escrito poesía durante toda su vida. Ahora [2005] tiene 78 años, y en la recopilación llamada simplemente *Poesía*, publicada por el Fondo de Cultura Económica, pueden leerse poemas que compuso a los 17 años. La fuente ha manado durante 52 años y sigue manando. Uno de sus últimos libros de poemas se llama, intencionada y atinadamente *Misma juventud*. Pero tengo la impresión de que fue *Anagnórisis* el libro que puso a Tomás en el rumbo que los dioses le tenían señalado, el rumbo de él y de nadie más que él, lo cual tiene su reflejo, su correlato más bien, en la hechura de los versos. Esta hechura se inserta, desde luego, en la tradición del verso español, la de Garcilaso y Góngora, la de Rubén y Juan Ramón, de López Velarde y Gorostiza y Octavio Paz, pero Tomás da un paso adelante. Dice: “Yo he ido elaborando, a partir de esa tradición, una variante que es mi

métrica propia”. Lo dice con toda claridad y con toda seguridad: *mi métrica propia*.

En esta métrica suya, el ritmo del verso se ajusta al ritmo de la palabra hablada con tal naturalidad, que los signos de puntuación usados en la palabra escrita salen sobrando. Casi ni se nota que no los hay. Tal es la métrica que preponderantemente ha practicado Tomás a partir de *Anagnórisis*: versos de 7, 9 y 11 sílabas, con muchos alejandrinos; sin puntuación, sin rima, sin esquemas estróficos, o sea en *silva* que quiere decir “selva”, lo contrario del jardín de parterres geoméricamente trazados; versos sueltos e irregulares, sí, pero siempre exquisitamente *escandidos*, sujetos a su propia ley. Es la métrica de *Terceto*, de *Cuadernos del nómada* (donde la belleza de los poemas está como realzada, misteriosamente, por la belleza material del libro), de *Cantata a solas* (especie de prolongación de *Anagnórisis*), y de los libros de poemas que dejo sin mencionar para no alargarme, hasta el último, *Día tras día*, publicado en 2005. Pero hay excepciones. Por lo menos en dos de esos libros pueden leerse poesías compuestas con todo el rigor del arte versificatorio. Uno de ellos es *Figura y secuencias*, donde se contiene una espléndida serie de sonetos eróticos de hechura impecable, aunque, eso sí, extremadamente pecaminosos desde el punto de vista de la moral burguesa. La otra excepción es *Bisutería*, delicioso librito que no contiene sino versos ligeros, casi todos de rima consonante, hechos al parecer de un tirón: juegos, bromas, felicitaciones de año nuevo, de cumpleaños; en fin, sonrisas para los amigos. Quienes lean esta *Bisutería* tendrán la grata sorpresa de ver que Tomás, el poeta profundo de *Anagnórisis* y de *Cantata a solas*, es un bicho humano muy social, muy ocurrente, muy risueño.

Añadiré, rápidamente, que Tomás sigue siendo poeta cuando escribe prosa. Y en prosa ha escrito no poco, comenzando con *Pri-*

mavera muda, novelita de amores adolescentes, muy primaveral en efecto. En años posteriores ha publicado varios libros de relatos o cuasi relatos, o más bien meta-relatos, que todo el tiempo le están picando la curiosidad al lector con sus repliegues y sus paradojas, y que se llaman *Trizadero*, *personajes mirando una nube* y *Otro invierno*, este último de 1999. Y, sobre todo, gran número de ensayos. Ya mencioné su gran *Poética y profética*. En 1998 publicó un volumen intitulado precisamente *Ensayos*, que reúne dos anteriores: *Actitudes y Contra-corrientes* (con un guión enfático entre *contra* y *corrientes*). Después han venido más, por ejemplo *Alegatorio*, donde la voz que nos habla es la de una especie de Antonio Machado que fuera contemporáneo nuestro y hubiera leído lo muchísimo que Tomás ha leído.

Pero ya es hora de hablar del premio Juan Rulfo. (Al decir Juan Rulfo no puedo menos de recordar que en 1959, cuando Tomás y yo hacíamos la *Revista Mexicana de Literatura*, Rulfo nos dio un fragmento de su novela primeriza, *El hijo del desconsuelo*, escrita aquí en Guadalajara, hacia 1940, y de la cual no se conoce, que yo sepa, sino ese pedacito.) Bien. El premio Juan Rulfo es cosa solemne. Y solemne tenía que ser la ceremonia de entrega. Su marco es esta gran Feria Internacional del Libro, famosa ya en el mundo, multitudinaria muestra de la industria editorial de muchos países, amplísimo supermercado atestado de productos que le están diciendo al consumidor: “¡Cómprame, cómprame, llévame contigo!” Pues bien, oigan ustedes. Tomás ha escrito y publicado una crítica muy severa de la industria editorial, diciendo de ella que ha venido a ser tan funesta para el escritor como para el lector, dice que hay escritores (y cada vez más) que ya “no escriben para la lectura, sino para la edición, ni para el lector sino para el editor”; ocurre cada vez más que el “productor” (o sea el

editor) “no produce para el adquiridor, sino para el distribuidor”, de manera que, cada vez más, los lectores “no leen lo que desean, como tampoco el comprador compra lo que desea, sino lo que le adoctrinan que desee”. Y continúa: “Creo que es el deber no sólo de un escritor, sino también de un amante de la lectura, resistir esa *barbarie*. Si un día la lectura se vuelve de veras y del todo consumo de libros, si un día todo el deseo del hombre se confunde con el deseo de consumo, habrá desaparecido lo que hace que valga la pena vivir”. Así las cosas, añade, “lo mejor que el escritor *por lo menos* puede hacer (en cursivas: *el por lo menos*) es intentar restituir el contacto entre el lector y el escritor mismo por debajo o al margen de la gran industria editorial y de los ecos que ramifican su poder, desde la política cultural hasta la crítica periodística, pasando por las instituciones académicas”. Hasta aquí sus palabras.

Pero ¡qué utopía se dirá, qué ingenuidad, qué cosas tan ajenas a la realidad, qué visión tan idealista! En efecto, Tomás es un idealista, pero no es un bobalicón. Sabe lo que dice. Es un idealista porque tiene ideas. Sobre todo, no se limita a exclamar: “¡Ah, qué bonito sería prescindir de intermediarios y restablecer el contacto directo del escritor con el lector!”; ni se limita a sugerir que los escritores lo intenten. Expresa su idea en el acto mismo de hacerla realidad; lanza la teoría y a la vez la convierte en práctica. He aquí lo que se lee en el colofón de *El tiempo en los brazos*: “Este libro, enteramente diseñado, tipografiado, impreso y encuadernado a mano por el autor, se empezó a imprimir en su casa de Madrid en septiembre de 1995”. Repito: “enteramente diseñado, tipografiado, impreso y encuadernado a mano por el autor”. Y, en vez del *Laus Deo* de otros tiempos, lo que se lee al final del colofón es esto: “Alabada sea la artesanía”. Son varios los libros que Tomás ha hecho

así, solo, “por debajo o al margen de la industria editorial”. (El colofón de la segunda parte de *El tiempo en los brazos* dice lo mismo, pero aquí, en vez de “en su casa de Madrid”, se lee: “en casa de su hija Inés, en México, en agosto de 2001”).

Son una maravilla estas ediciones artesanales. Lo malo es que su tirada es minúscula: apenas una veintena de ejemplares. Para una tirada de siquiera 100 ejemplares, y no digamos de 1000 a 3000, Tomás necesitaría ayudantes, artesanos como él, y esto nos retrollevaría a los tiempos de Gutenberg; estaríamos asistiendo al nacimiento de una industria. Por otra parte, la Gran Industria Editorial podría aparecérselo a Tomás en figura de una gigante imponente y furibunda, diciéndole: “¡Ingrato! ¡Miserable! Dime, ¿a quién sino a mí debes tu fama? ¿Quién sino yo he congregado esa muchedumbre de lectores que tienes?”, no será ocioso explicar que en esta gran industria entran el Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, Siglo Veintiuno Editores, Premià, Joaquín Mortiz y otras editoriales de la ciudad de México, así como de Guadalajara, Jalapa y San Luis Potosí, y también de Madrid y de Valencia. Todas ellas le han publicado libros a Tomás. Su bibliografía, para hablar con jerga editorial, consta de unos cincuenta títulos, y lo que sucede es que casi todos están agotados. Me gustaría saber cuántos de ellos se le ofrecen al lector en esta magna Feria del Libro.

En realidad, creo que la hazaña artesanal de Tomás es más bien un juego. Un juego significativo, muy simbólico, pero un juego. Ha hecho a mano esos libros por el gusto de hacerlos. Para mí, el rasgo más sobresaliente de su carácter, lo que sobresale en su estructura mental y moral, es el entusiasmo, las ganas que le mete a todo cuanto hace; las ganas que ha metido en la *Revista Mexicana de Literatura*, en *Plural* y en *Vuelta*, en sus innumerables actividades

académicas, en la dirección de la Casa del Lago, en la creación del Seminario de Traductores del Colegio de México, en su trabazón con la literatura de todo el mundo hispanohablante durante más de cinco decenios y, finalmente, en sus traducciones, que también son escrituras, y que suman no sé cuántos miles de páginas impresas. La bondad de una traducción hecha por Tomás Segovia está siempre garantizada. Pero, más que las versiones de poetas (de Cesare Pavese, por ejemplo), en las que se diría que Tomás, por estar en su elemento, no ha tenido que sudar, habría que fijarse en las traducciones heroicas, no elegidas por él, sino forzadas, porque no sólo de aire vive el poeta. Fuera de serie están dos grandes hazañas: la traducción de los endiabladísimos *Escritos* de Jacques Lacan, y la muy reciente de las obras completas de Gérard de Nerval. Y rápidamente, antes de decir *etcétera*, menciono otros gustos de Tomás: le gusta la música, y se enseñó él mismo a tocar la flauta dulce; le gusta tener un lugar de refugio, alejado del “mundanal rüido”, y con sus propias manos, sin más ayuda que la de un sólo albañil, se hizo en Tepoztlán una casita en toda forma (¡hasta con alberca!); le gusta dibujar, y sus dibujos no desmerecen mucho junto a los de Ramón Gaya o Elvira Gascón; le gusta jugar en verso, y reúne estos juegos en su chispeante *Bisutería*.

Por encima de todo, o abarcándolo todo, está, desde luego, la actividad creadora de Tomás Segovia, su lucha constante con el Ángel, o, como él dice, la inacabable “búsqueda del origen y de una pureza original”, a lo cual añade: “En eso sigo buscando. Tal vez he encontrado algunas cosas, pero sigo buscando”. Su propósito declarado es éste: “Buscar exclusivamente y sin el menor desmayo la alegría y la luz”.

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

“Una imagen de don Daniel Cosío Villegas”: *Extremos de México: homenaje a don Daniel Cosío Villegas*, El Colegio de México, México, 1971, pp. 1-4.

“Daniel Cosío Villegas”: inédito.

“El humanismo de María Rosa Lida”: inédito.

“Alfonso Reyes: pequeña crónica desmitificante”: *Diálogos*, jul.-ago., 1974, núm. 58, pp. 20-22.

“Sobre Raimundo Lida”: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 33 (1984), pp. x-xiii.

“Mis fortunas y adversidades en el Colegio de México, de 1947 a 1962”: *El Colegio de México: una hazaña cultural*, eds. C. E. Lida y J. A. Matezans, El Colegio de México, México, 1990, pp. 242-268.

“Emma Susana Speratti Piñero (1919-1990)”: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 39 (1991), pp. 657-664.

“La *persona* de Juan Rulfo”: *Literatura Mexicana*, 10 (1998), pp. 227-247.

“Juan José Arreola”: *Letras Libres*, vol. 10, octubre 1999, pp. 84-87.

“Octavio Paz y «Poesía en Voz Alta»”: *Textual*, dic. 1990, núm. 20, pp. 17-19.

“Octavio Paz y yo”: *Equis*, marzo 1999, pp. 27-31.

“La alegría y la luz”: *Boletín Editorial*, El Colegio de México, enero-febrero 2006, núm. 119, pp. 9-14.

Estampas

se terminó de imprimir en julio de 2012
en los talleres de Tipográfica, S.A. de C.V., Imagen 26,
Col. Lomas de San Ángel Inn, 01790 México, D.F.
Tipografía y formación: El Atril Tipográfico, S.A. de C.V.
Portada: Pablo Reyna. Cuidó la edición la
Dirección de 14 Publicaciones de
El Colegio de México.

TESTIMONIOS

A pesar de él mismo, ese payo, provinciano y encogido (que —dice Antonio Alatorre—era él cuando llegó a la ciudad de México a comienzos de 1946) se codeó con la “crema y nata” del mundo intelectual y artístico de entonces. Testigo privilegiado, por su aguda percepción y por la generosidad de ver a las “grandes” figuras abajo del pedestal (sin callar las razones de su grandeza), el autor nos presenta en estas *Estampas* sabrosas y entrañables semblanzas de algunos distinguidos miembros de la república letrada del México de los cincuentas y los sesentas. A través de estas páginas apreciamos, más allá de las fórmulas retóricas, el magisterio ejercido por don Daniel Cosío Villegas, que con un *carajo* firme y oportuno cambió el rumbo vital y profesional del joven e inexperto Alatorre. Vemos al venerable Alfonso Reyes, todo gordito, bailar a saltitos al ritmo de unos versos de Manuel Carpio. Admiramos el rigor intelectual y ético de María Rosa Lida, a pesar de que el autor señala con toda honestidad que ese rigor le impidió a ella misma la comprensión de algunas realidades. Escuchamos al gran mentor, al Maestro con mayúscula, Raimundo Lida, decirle al joven discípulo: “Doctórese pronto y mal”. Nos enteramos de la vocación brujeril de Emma Susana Speratti; de la diferencias con Octavio Paz, pero también de cómo en un tiempo pudieron, Paz y Alatorre, no tomarse tan en serio. Entendemos un poco mejor los lados oscuros de Rulfo. Gozamos con las vitales y profundas lecciones de Arreola. Entramos al Centro de Estudios Filológicos de 1947: saboreamos el excelente café de olla, con su canelita, que sabe preparar don Luis Martínez, el conserje; vemos a los muchachos, “los de Lida”, trabajar afanosa e incansablemente en sus investigaciones y en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, entonces recién transplantada; nos enteramos de la “franciscana pobreza” de aquel Centro, compensada con creces por la alegría del trabajo hecho a conciencia, con el rigor y la pasión aprendidos de Raimundo Lida.

ISBN: 978-607-462-396-3

